

BIBLIOTECA DE "LA NACION"

ARTURO CONAN DOYLE

Nuevas hazañas

DE

SHERLOCK HOLMES



VOLU 344 MEN

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

ARTURO CONAN DOYLE

NUEVAS HAZAÑAS
DE
SERLOCK HOLMES



BUENOS AIRES
1908

SILVER BLAZE

Cierto día, en el instante en que nos sentábamos á la mesa, me dijo Sherlock Holmes :

—Mucho siento, querido Watson, tener que ausentarme por unas cuantas horas.

—¿A dónde vais?

—A King's Pyland.

No me sorprendió la contestación. Lo verdaderamente extraño era que Sherlock Holmes no hubiera intervenido ya en aquel acontecimiento que había conmovido toda Inglaterra y que era objeto de todas las conversaciones.

Hacía ya algunos días que le veía preocupado, dando interminables paseos á lo largo del salón, con las cejas fruncidas, la cabeza inclinada, la pipa continuamente llena de tabaco, el más negro y más fuerte que pudo encontrar y

sordo á los ruidos y á las palabras. A pesar de su silencio, yo sabía á qué atenerme respecto de la causa de sus meditaciones. Unicamente un sólo problema era capaz de absorberle de tal manera durante aquellos días: la misteriosa desaparición de Silver Blaze—el caballo célebre, favorito del Wenex Cup,—y la trágica muerte de su picador. Así es que al anunciarme de improviso que pensaba ir al terreno donde tuvo lugar el suceso, no hizo más que contestar á mis secretas esperanzas y confirmar mis juicios.

—Si no os molestara, tendría sumo agrado en acompañaros.

—Al contrario, querido Watson, me alegraré muchísimo; creo que no perderéis el tiempo, porque hay en este asunto circunstancias tan extraordinarias que lo hacen sumamente curioso. Tenemos el tiempo justo para llegar á la estación de Paddington y tomar el tren inmediatamente. Durante el viaje os pondré al corriente de cuanto sé. ¡Ah! Os agradecería infinito que llevaseis los gemelos de campo.

Una hora después, instalados en un departamento de primera clase, rodábamos á todo vapor camino de Exeter. Mi compañero había comprado en la estación multitud de periódicos, y en cuanto entramos en el vagón se puso á

leer, no dejándolo hasta Reading. Al salir de esta estación, sacó la pitillera, me ofreció un cigarro, encendió el otro y se puso á mirar por la ventanilla. Luego, y después de mirar el reloj, me dijo:

—Marchamos bien. A noventa y tres kilómetros por hora.

—No me he fijado en los guardacantones—respondí.

—Ni yo tampoco. Pero en esta línea los postes del telégrafo están colocados á cincuenta y cinco metros de distancia uno de otro; como véis es facilísimo hacer el cálculo. Supongo que conoceréis ya la historia del asesinato de John Skaker y de la desesperación de Silver Blaze.

—Sólo sé lo que han dicho el *Telegraphe* y *La Crónica*.

—Nos hallamos en presencia de un asunto de esos en los cuales el observador debe proceder con muchísima atención, pesando, aquilando los hechos, *cribándolos*, si es necesario. Teniendo en cuenta lo extraordinario de este drama y la importancia capital que tiene para mucha gente, lo molesto, lo embarazoso, es precisamente la enorme cantidad de indicios y de pruebas y de conjeturas que le rodean. La dificultad está, pues, en despojar al hecho—brutal é innegable,—de toda la hojarasca con que lo

han cubierto y embellecido los periodistas y los soñadores. Luego, apoyándonos en la base fija de este hecho, podemos hacer todas las deducciones posibles y estudiar los puntos principales sobre los cuales parece reposar el misterio. El martes por la noche recibí dos telegramas: el uno del coronel Ross, propietario del caballo y el otro del inspector Gregory, encargado de dilucidar este asunto. Los dos me suplicaban lo mismo: que fuera inmediatamente en su ayuda.

—¡ El martes por la noche y hoy es jueves! ¿Cómo no habéis acudido antes?

—Pues simplemente, querido Watson, porque he cometido *una pifia*, lo cual me sucede bastante más frecuentemente de lo que se puedan imaginar los que lean vuestras memorias. Me parecía imposible que el caballo más notable de Inglaterra pudiera estar oculto tanto tiempo y mucho menos en un sitio donde la población es tan reducida, como ocurre en el Norte de Dartmoor. Durante todo el día de ayer estuve esperando de un momento á otro la noticia de que lo habían hallado y que el ladrón era el asesino de John Skaker. Sin embargo, cuando vi que pasaba tiempo y que, aparte de la detención de Frizroy Simpson, todo estaba igual que el martes, comprendí que había llegado el

instante de tomar el tren. Pero no vayáis á creer que perdí enteramente el día de ayer.

—Qué, ¿habéis puesto ya los primeros jalones?

—He ordenado los hechos principales, y voy á enumerarlos detalladamente, pues nada aclarará tanto las cosas como el decírselas á otra persona. Por otra parte, no podríais ayudarme ignorando lo acontecido.

Tomé una postura más cómoda y me dispuse á oír el relato de Holmes que, con el cuerpo inclinado hacia adelante y pasando y repasando el índice largo y fino de la mano derecha sobre la palma izquierda, como si dibujase lo que iba diciendo, principió á hablar.

—Silver Blaze es hijo de Jsonomy, y tiene, como su padre, una carrera brillantísima. Desde hace cinco años ha triunfado continuamente, y el coronel Ross, su afortunado propietario, se ha enriquecido á costa suya. El día de la catástrofe cotizábase á 3/1 en el registro de Wessex Cup. Además, era el favorito del público de las carreras, y, como siempre justificó en absoluto esta predilección, había apostadas sobre él grandes cantidades. Se comprende, pues, que haya bastantes personas que tengan interés en que no se presente Silver Blaze el martes próximo en el hipódromo. Comprendiendo el co-

ronel todas estas cosas, había duplicado la vigilancia en King's Pyland—así se denomina el picadero de su propiedad.—El picador era John Skaker, que fué jockey durante cinco años y que llevaba siete como encargado del picadero portándose en todas ocasiones como un hombre probo y servicial. Tenía tres mozos de cuadra á sus órdenes, suficientes para el cuidado de los cuatro caballos del coronel. Cada noche quedábase en vela uno de los tres, y los otros dos dormían en el granero. Los tres están considerados como modelo de honradez y de laboriosidad. John Skaker vivía con su mujer y una criada en un pabelloncito distante doscientos metros de las cuadras. Al Norte, á un kilómetro de distancia, agrúpanse varios hoteles de alquiler para los enfermos y las personas que gustan de respirar el aire puro del Dartmoor. La pequeña ciudad de Tasitock se halla situada á tres kilómetros al Oeste, y en la dirección contraria, é igualmente á dos kilómetros, está Capleton, donde lord Backirater posee unas cuadras, también importantísimas, regentadas por un tal Silas Broun. En las otras direcciones, la llanura ofrece el aspecto de un verdadero desierto, esmaltado aquí y allá por algunas agrupaciones de bohemios y vagabundos. Ahora que ya co-

nocéis la topografía del país, vamos á la catástrofe del lunes último.

Aquella tarde, como todas, los palafreneros pasearon los caballos y les dieron su acostumbrada ración de pienso. A las nueve de la noche cerraron con llave la cuadra y dos de los mozos penetraron en el pabellón del picador para cenar, mientras el tercero, llamado Hunter, quedaba de guardia. Un instante después la criada Edith Baxter salió del pabellón, con la comida de Hunter, compuesta de un guisado de carnero. No llevaba bebida alguna, porque está terminantemente prohibido que el vigilante bebiera otro líquido que agua. Edith llevaba consigo una linterna, pues era una noche obscurísima y el camino es á través de matorrales. Cuando ya estaba próxima á la cuadra, oyó una voz de hombre que le rogaba se detuviera. Edith se paró, á la luz de la linterna vió á un hombre de aspecto distinguido, con un traje gris, gorrilla escocesa y con altas polainas de cuero. Apoyábase en un bastón grueso con puño en forma de bola.

—¿Podéis decirme dónde estoy?—interrogó el desconocido.—Ya me había resignado á pasar la noche en medio del campo cuando percibí la luz de una linterna y he corrido hacia vos.

—Estáis cerca de Kin's Pyland—respondió la criada.

—¿De veras? Verdaderamente soy muy afortunado. Me han dicho que durante la noche se queda un palafrenero de guardia é indudablemente es para él esa comida, ¿no?

La criada asintió con la cabeza.

—Muy bien... Y ahora, aquí entre nosotros, ¿no os gustaría compraros un traje nuevo? Yo os lo pago con tal de que me hagáis un pequeño favor.

La criada asintió con la cabeza.

Luego, sacando de uno de los bolsillos del chaleco un papel doblado en varios dobleces, prosiguió:

—Procurad que llegue á manos del vigilante este papel y os prometo un traje como...

Edith no quiso escuchar más y echó á correr asustada hacia la ventana, por la cual entregaba la cena al mozo de guardia. La ventana se hallaba abierta y se veía en el interior de la habitación á Hunter, sentado delante de una mesa. Edith comenzó á contar su aventura, cuando de pronto se vió interrumpida por la llegada del forastero que, dirigiéndose á Hunter, dijo:

—Buenas noches. Quisiera deciros una palabra.

Mientras hablaba tenía entre las manos el papel doblado que ofreció á Edith.

—¿Para qué queréis hablarme?—preguntó el mozo de cuadra.

—Para llenaros los bolsillos—contestó el otro.—Escuchad. Yo sé que tenéis aquí dos caballos ajustados para las carreras de Wessex Cup: Silver Blaze y Bayardo. Si respondéis á todas las preguntas que os voy á hacer respecto de estos dos caballos, no os pesará. ¿Es cierto que Bayardo puede?...

—Esperad, esperad—interrumpió Hunter,—ahora veréis cómo respondemos en King's Pyland á los preguntones.

Y dando un salto salió de la habitación en busca del perro, encerrado en la cuadra.

Edith echó á correr en dirección del pabellón, y una de las veces que volvió la cabeza, vió al forastero inclinado sobre la ventana. Cuando Hunter regresó con el perro no vió á nadie. Entonces dió una vuelta por los alrededores, pero tampoco consiguió encontrar al desconocido.

—¡Un momento!—exclamé.—Hunter, al salir con el perro, dejó abierta la puerta de la cuadra, ¿no es eso?

—¡Bravo, Watson, bravo!—contestó Sherlock.—Se os ha ocurrido lo mismo que á mí. Ese detalle me pareció tan importante, que en

seguida telegrafié á Dartmoor preguntándolo. La contestación ha sido negativa. Hunter cerró la puerta tras de sí ; en cuanto á la ventana, es muy estrecha para dejar paso á un hombre.

Hunter esperó la vuelta de sus camaradas, é inmediatamente corrió uno de ellos á poner en conocimiento de Skaker lo ocurrido. La noticia afectó bastante al picador, y desde que la conoció estuvo inquieto y preocupado. A la una de la mañana se despertó su mujer, y llena de asombro vió que Skaker se vestía apresuradamente. A las preguntas de ella, el picador contestó que no podía dormir tranquilo después de lo que había sucedido y que iba á ver si todo estaba en orden. Su mujer le rogó que no saliera, que la lluvia azotaba los cristales, que aquello del forastero no tenía importancia alguna ; pero no consiguió nada. John Skaker se puso un impermeable y salió al campo.

La señora Skaker volvió á dormirse, y cuando se despertó, á las siete de la mañana, vió que su marido no había vuelto aún. Se vistió precipitadamente, llamó á la criada y corrieron hacia las cuadras. La puerta estaba de par en par. Hunter yacía sin conocimiento sobre una silla. La cuadra de Silver Blaze se hallaba vacía. El picador había desaparecido.

Se despertó inmediatamente á los otros dos mozos que descansaban en el desván, los cuales dijeron que habían dormido toda la noche sin interrupción. En cuanto á Hunter se le dejó por imposible, comprendiendo que estaba bajo la influencia de un narcótico fortísimo y los dos hombres y las dos mujeres salieron en busca de John Skaker y del caballo, creyendo que quiza el picador hubiera sacado á Silver Blaze para pasearlo. Pero bien pronto perdieron esta última esperanza al llegar á un montecillo, desde el cual se domina bastante extensión de terreno.

A cinco metros de la cuadra, sobre un matorral de anegas, veíase el abrigo del picador. Detrás de este matorral, una depresión del terreno forma una especie de cuneta y allí se hallaba el cadáver del desgraciado Skaker con la cabeza enteramente destrozada. Debía de haber sufrido unos golpes terribles, porque el cráneo estaba deshecho de tal manera que era imposible adivinar con qué arma fué golpeado. Además, la cadera presentaba una profunda herida, causada, sin duda, con un instrumento muy afilado. John Skaker debió de defenderse furiosamente, porque su mano derecha empuñaba un cuchillo lleno de sangre hasta el mango, y los dedos rígidos de la izquierda oprimían una corbata de

seda roja y negra, que la criada reconoció ser la que llevaba la noche anterior el forastero.

Esta declaración fué corroborada por la de Hunter en cuanto recobró el conocimiento, quien dijo, además, que el desconocido debió aprovecharse de su ausencia para echar en la comida un narcótico, con objeto de impedir la vigilancia de las cuadras.

En cuanto al caballo perdido se comprendía, por las muchas huellas que había en torno del cadáver, que estuvo presente al atentado. No se ha vuelto á saber más de él, no obstante todas las pesquisas y todos los registros practicados con ese objeto.

Finalmente, al analizar los restos de la comida de Hunter, se ha comprobado que habían echado en ella una considerable cantidad de polvos de opio, á pesar de lo cual la demás gente de la casa no ha sufrido percance alguno.

Tales han sido los hechos, que he procurado narrar concisamente, prescindiendo de conjeturas y suposiciones que á nada conducían. Ahora voy á resumir los trabajos ejecutados por la policía.

El encargado de este asunto es el inspector Gregory, al cual considero como uno de los más hábiles en su oficio. Si tuviera algo más de imaginación, le aguardaría un brillante porve-

nir. En cuanto llegó consiguió detener al hombre sobre el cual recaían todas las sospechas, aunque esta detención nada tiene de particular, pues el presunto asesino es conocidísimo en los alrededores. Se llama Fitzroy Simpson y es hijo de buena familia; recibió una educación excelente, pero ha despilfarrado toda su fortuna en las carreras de caballos, y en la actualidad es una especie de *bookmaker* (1) elegante y vive de lo que causó su ruina. Hojeando su libro de apuestas se ha visto que tenía apostados más de cien mil francos contra el favorito del Wessex Cup.

Cuando se le detuvo confesó que, en efecto, había ido al Datmoor, con la esperanza de obtener algunos datos respecto de los caballos de King's Pyland, y que pensaba ir también á Capleton, para enterarse acerca de Desboroug, el segundo favorito que está bajo la custodia de Silas Brown.

No negó que intentó seducir primero á la criada y luego á Hunter, pero sin ningún deseo criminal de ninguna clase. No obstante, cuando se le presentó su corbata, palideció intensamen-

(1) *Bookmaker*: Encargado de anotar las apuestas en las carreras de caballos.

te y no supo explicar el por qué se halló en manos de la víctima.

Sus vestidos estaban mojados aún, lo cual indicaba que había pasado la noche en el campo, sufriendo la inclemencia de la tormenta; y, en fin, su bastón, una gruesa caña de Indias—con una bola de plomo como puño,—parecía ser el arma empleada para machacar el cráneo del desgraciado picador.

Por otra parte, la sangre que manchaba el cuchillo empuñado por el Skaker, demostraba que uno de los agresores debía haber sido herido. Simpson no presenta la menor rozadura.

Ya os he dicho todo lo que sé, querido Watson, y os agradeceré con toda mi alma que si sospecháis ó habéis entrevisto algo, me lo digáis en seguida.

Yo había escuchado atentamente la narración de Holmes, pareciéndome nuevos en boca de mi amigo aquellos mismos sucesos que había leído distintas veces.

—¿No sería admisible—insinué,—que la herida que tenía Skaker en la cadera se la hubiera hecho él mismo en medio de las convulsiones en que se agitan siempre los que padecen un trastorno cerebral?

—Es más que admisible, es seguro—contes-

tó Holmes,—y esta seguridad aumenta las pruebas desfavorables al acusado.

—Además, confieso que no veo muy clara la versión que puede dar la policía de este crimen.

—En un caso como este todas las versiones tienen que resultar algo vagas. Ahora bien, la de la policía debe ser la siguiente: Fitzroy Simpson se proporcionó, no se sabe cómo, una llave que abriese la puerta de las cuadras, y después de echar un narcótico en la comida del vigilante, abrió la cuadra, y sin preocuparse de cerrarla se llevó el caballo, con la intención de hacerlo desaparecer; debió ponerle el freno y las bridas, porque no se han hallado.—Al atravesar la llanura se vió sorprendido por el picador. Disputaron, y Simpson golpeó con el puño del bastón el cráneo de Skaker, sin que éste pudiese herir á su adversario con el cuchillo que sacó para defenderse. Después, una de dos: ó el ladrón llevó el caballo á un lugar seguro, donde está oculto desde entonces, ó el animal se escapó durante la lucha, y á estas horas debe andar errante Dios sabe por dónde.

He aquí cómo debe explicarse la policía este crimen, y debemos confesar que todo parece corroborar y justificar esta creencia. Yo me reservo hasta ver el sitio del crimen y las cer-

canías, y espero encontrar alguna cosa que haya pasado inadvertida en la confusión de los primeros momentos.

Concluía el día cuando llegamos á la pequeña ciudad de Tasistock, que se halla situada en el centro del Dartmoor, como una abolladura en un escudo. En la estación nos aguardaban dos personas. Era la una un hombre alto, rubio, con ojos azules, y escrutadores; la otra, pequeña, vivaracha, vistiendo levita oscura, la parte inferior de los pantalones encerrada en unas polainas; tenía largas y cuidadas patillas y usaba monóculo. El primero era el inspector Gregory, el policía de cuya habilidad se esperaba tanto en Scotland Yard. El segundo era el coronel Ross, el conocido *sportman*.

—Celebro mucho veros aquí, señor Holmes—dijo el coronel.—El señor inspector ha hecho todo lo que podía hacerse; pero yo quiero agotar todos los recursos de vengar al pobre Skaker y hallar á Silver Blaze.

—¿Habéis descubierto algo nuevo?—interrogó Sherlock á Gregory.

—Nada. Hemos adelantado muy poco. Pero vamos al carruaje, que nos está esperando, pues creo que desearéis estudiar el terreno antes de que sea enteramente de noche. Por el camino hablaremos.

Un instante después estábamos instalados en un cómodo landó y rodábamos por esas viejas calles del Devonshire, histórico y pintoresco. El inspector Gregory se puso á relatar una larga serie de observaciones y deducciones, y Sherlock le interrumpía de vez en cuando con alguna pregunta ó con alguna exclamación. El coronel Ross iba cruzado de brazos y con el sombrero caído sobre los ojos. Yo escuchaba con atención la conversación de los dos policías, y observé que Holmes había acertado cuando me predijo en el tren la opinión de Gregory.

—Todas las mallas de la red, amigo Holmes, se cierran sobre Fitzroy Simpson, y, según mi modo de ver, creo que tenemos al verdadero culpable. Sin embargo, comprendo que nos basamos únicamente sobre conjeturas y que quizá un nuevo indicio cambie en absoluto el aspecto de la cosa.

—¿A qué atribuíis la herida que tenía en la cadera Skaker?

—Estoy plenamente convencido de que se la causó él mismo al caer al suelo.

—Mi amigo el doctor Watson y yo somos de igual opinión. Y de ser cierto me parece que empeora la situación del acusado.

—Claro. No le hemos hallado herida ni arma alguna. Además todas las apariencias le

condenan. Es indudable que tenía mucho interés en la desaparición del caballo; es muy posible que fuese él quien narcotizó al mozo de cuadra; es seguro que estaba en el campo cuando la tormenta y armado con el bastón con puño de plomo; y, por último, es innegable que la corbata encontrada en la mano izquierda del cadáver era suya. Me parece que son pruebas más que suficientes para llevar el asunto á la Audiencia.

Holmes movió la cabeza.

—Un abogado hábil reduciría todas esas pruebas á la nada. ¿Para qué necesitaba sacar el caballo de la cuadra? ¿No podía matarlo ó estropearlo allí mismo? ¿Se le ha hallado la llave falsa de la cuadra? ¿Qué boticario le ha vendido el opio? Y sobre todo, siendo forastero, ¿cómo ha podido esconder tan plenamente un caballo, y un caballo como Silver Blaze?... Pero en fin, ya se aclarará todo esto. ¿No ha dicho el detenido qué clase de papel intentaba dar al mozo de cuadra?

—Dice que era un billete de diez libras, y realmente se le ha hallado uno en el portamonedas. En cuanto á vuestras objeciones no son ni mucho menos, incontestables. Simpson no es desconocido en el país, pues ha pasado dos veranos en Tasistock. El opio lo ha debido traer

de Londres. La llave la pudo hacer desaparecer después de utilizarla. Y, finalmente, el caballo puede haber sido arrojado á uno de esos antiguos pozos de mina que existen aún en los alrededores.

—¿Y cómo explica lo de la corbata?

—Confiesa que es suya y pretende que la perdió no sabe cuándo. Además, hemos descubierto un nuevo indicio que tal vez nos revele el paradero ó al menos cómo desapareció Silver Blaze.

Holmes redobló su atención.

—Hemos descubierto señales de un campamento de bohemios, á dos kilómetros del sitio donde se perpetró el crimen. ¿No es posible que existiera entre esos bohemios—que todavía estaban acampados el lunes por la tarde,—y Simpson un convenio, que ellos han sido los que se llevaron el caballo y los que lo tienen actualmente?

—Sí; es probable.

—Hemos recorrido todas las cercanías buscándoles. Por mi parte, yo he visitado todos los edificios que hay en un radio de quince kilómetros.

—Creo haber oído que hay otras cuadras cerca de estas.

—Sí; es un detalle que no se me pasó inad-

vertido. El caballo principal de ellas, Desborough, ocupaba el segundo lugar en el Wessex Cup, y por consiguiente, se comprende que tuvieran gran interés en la desaparición del favorito. Además, se sabe que el encargado del picadero, Silas Bronn, había apostado grandes cantidades y que no estaba en muy buenas relaciones con el pobre Skaker. Sin embargo, hemos registrado con sumo cuidado las cuadras y no hemos hallado el menor rastro de Silver Blaze.

—¿Y no hay nada que demuestre si existen ó no relaciones de interés entre Simpson y Silas Bronn?

—Nada absolutamente.

Holmes no contestó, y Gregory cesó de hablar. Al cabo de un rato de silencio llegamos á un hotelito de ladrillos rojos edificado á orilla de la carretera. Un poco más lejos se alzaba un edificio amplio, cubierto con tejas grises. Aquí y allá extendíase la llanura ligeramente ondulada, sombría y adusta por las plantas espinosas y oscuras. A un lado se elevaban los campanarios de Tasistock, y al Oeste un grupo de casas señalaba Capleton. Todos bajamos inmediatamente del carruaje, excepto Holmes, que parecía ensimismado, inmóvil y con los ojos extáticos.

Tuve que zarandearlo fuertemente para que volviera á la realidad.

—Dispensadme—dijo al coronel que le miraba asombrado.—Estaba soñando despierto.

Habituado á vivir con él y á conocerlo bajo la impresión de distintas sensaciones, comprendí en el fulgor de sus ojos y en la reprimida animación de sus ademanes que estaba cerca de la resolución del asunto, aunque no me explicaba cómo y por qué confiaba tanto.

—¿Qué, señor Holmes, deseáis que vayamos inmediatamente al teatro del crimen?—preguntó Gregory.

—No; vamos á detenernos aquí un momento. ¿Está aquí el cuerpo de Skaker?

—Sí; está en el piso alto. Mañana le harán la autopsia.

—Estaba hace mucho tiempo á vuestro servicio, ¿no es cierto, coronel?

—Sí; hará unos once años, y durante todo ese tiempo no he tenido ningún motivo de queja.

—Creo, señor inspector, que habréis hecho un inventario de lo que tenía el cadáver en los bolsillos, ¿eh?

—Sí; todo se halla aquí en el salón, y si queréis verlo...

—No deseo otra cosa.

Entramos en la primera habitación y nos sentamos frente á una mesa que había en el centro de ella. El inspector cogió una cajita de hierro, y, abriéndola, extrajo algunos objetos que fué poniendo delante de nosotros. Había muchas cerillas, un cabo de vela, una pipa de madera, una bolsa con una pequeña cantidad de tabaco Cavendish, un reloj de plata con cadena de oro, cinco monedas de oro, un lapicero de aluminio, algunos papeles y un cuchillo con mango de marfil, cuya hoja afiladísima por los dos lados tenía la marca *Veiss and C. London*.

—¡Vaya un arma más rara!—dijo Holmes cogiéndolo y examinándolo con atención.—A juzgar por estas manchas de sangre, debe ser el que tenía el cadáver en la mano derecha ¿no? Mirad, Watson, mirad; me parece que entra de lleno en vuestra especialidad.

—Sí—respondí,—es un cuchillo de cataratas.

—Me lo figuraba. Esta hoja sólo debe emplearse en operaciones muy delicadas y peligrosas. Por eso me parece bastante extraño que Skaker no usara otra arma, sobre todo siendo tan incómodo de llevar en el bolsillo.

—Debió estar protegida la punta con un corcho que hemos hallado junto al cadáver—interrumpió el inspector.—La señora Skaker ha

dicho que hacía varios días que rodaba ese cuchillo sobre el tocador y que su marido le debió coger al salir, no encontrando otra cosa mejor.

—Es posible. ¿Y qué son esos papeles?

—Tres de ellos son facturas del proveedor de forraje; otro es una carta con instrucciones del coronel Ross, y este último es una factura de madame Lesurier, modista de Bon Street, á nombre de mister William Darbyshire, cuyo importe asciende 984 chelines y 60 peniques. La señora Skaker ha dicho que este Darbyshire era un amigo de su marido que se hacía dirigir las cartas aquí algunas veces.

—La señora Darbyshire está habituada á gastar bastante—dijo Holmes dirigiendo una mirada á la factura.—590 chelines por un solo vestido me parece algo caro.

Después, levantándose, añadió:

—Bueno creo que aquí no hacemos nada ya. ¿Tendréis la bondad de guiarme al lugar del suceso?

Al salir nos encontramos con una mujer que detuvo á Gregory, poniéndole una mano sobre el hombro. Su semblante pálido, con los ojos hundidos y la boca dolorosa, sus ademanes nerviosos revelaban que estaba bajo el imperio de una fuerte conmoción.

—¿Los habéis descubierto? ¿Se sabe algo más?—interrogó anhelante.

—No, mistress Skaker. Pero estad tranquila que este señor, que ha venido exprofeso de Londres, y yo, haremos todo lo posible por aclarar este asunto.

—Perdonad, mistress Skaker—dijo Holmes.—¿No nos hemos visto hace poco en Plymouth en una *Garden-party*?

—No. Indudablemente me confundís con otra.

—No sé, no sé... Sin embargo, juraría que... ¿No llevabais un vestido de seda gris adornado con unas plumas de avestruz?

—No he usado nunca un vestido así.

—¡Ah! Entonces, seguramente, me he confundido.

Y después de excusarse salimos todos guiados por el inspector.

Al poco rato llegamos á la hondonada donde se halló el cadáver. En la parte alta se veía el matorral que sostuvo el impermeable del picador.

—¿Hacía viento aquella noche?—interrogó Sherlock Holmes.

—No. Llovía únicamente.

—En tal caso no pudo ser que el viento llevase

el impermeable hasta el matorral, si no que debió ser puesto allí por alguien.

—Sí, estaba extendido.

—Esto es importantísimo. Observo que el suelo está muy pisoteado. Sin duda habrá aquí algunas huellas posteriores á las del lunes.

—No. Hemos procurado pisar siempre en esta estera que ordené colocar desde el primer momento.

—¡Ah! Muy bien.

—Aquí tenéis un saco con una de las botas que usaba Skaker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson y una herradura de Silver Blaze.

—¡Bravo, querido inspector! Veo que sois un hombre de talento.

Holmes cogió el saco, y bajando del coche colocó la estera lo más cerca posible del centro. Luego, echándose boca abajo, apoyando los codos en tierra y hundiendo el montón entre las manos, comenzó á analizar minuciosamente el barro pisoteado que tenía delante de él.

—¡Calla!—exclamó de repente.—¿Qué es esto?

Y nos enseñó una cerilla medio consumida, pero tan llena de barro, que á primera vista parecía una brizna de madera.

—No sé cómo se me ha podido escapar eso—murmuró Gregory algo molesto.

—No tiene nada de particular, estando como estaba hundida en el barro. Si yo no la hubiera buscado, tampoco la hubiese visto?

—¿Cómo? ¿Esperábais hallar eso?

—No estaba muy seguro de ello, pero...

Y sin decir más, Holmes sacó el calzado y comparó las suelas de la bota y del zapato con las huellas que había en el suelo. Después se levantó y empezó á mirar por los matorrales próximos.

—Temo que no descubráis nada más—dijo el inspector secamente.—He examinado cuidadosamente más de doscientos metros.

—Muy bien—dijo Holmes.—En ese caso sería demasiado prematuro hacer lo que ya habéis hecho vos. Unicamente desearía, antes que se hiciera de noche, dar un paseo por los alrededores, y voy á guardar esta herradura, porque dicen que trae buena suerte.

El coronel Ross, que ya había demostrado algunos síntomas de impaciencia al ver el modo tranquilo y flemático con que trabajaba mi amigo, sacó el reloj y mirando la hora, dijo:

—Os agradeceré, señor inspector, que volváis lo antes posible, porque desearía consultaros acerca de muchas cosas, y particularmente de ésta: ¿creéis que, dadas mi dignidad y la consideración pública, debo retirar de las carreras

que han de celebrarse el martes el nombre de Silver Blaze?

—¡Eso jamás! ¡De ningún modo!—exclamó enérgicamente Holmes.—Hay que sostener el compromiso hasta el último instante.

El coronel se inclinó.

—Celebro mucho oiros hablar de ese modo. Cuando hayáis terminado vuestro paseo, nos hallaréis en casa del pobre Skaker.

Y en unión del inspector se alejó de nosotros, mientras Holmes y yo emprendíamos nuestro paseo á través de la llanura. El sol se ocultaba detrás de las casas de Capleton. La llanura se perdía á lo lejos de una pendiente suave que simulaba el matón del oro, cuando los últimos rayos de luz se posaban sobre los helechos, y que era de sangre cuando acariciaban las coscojas bravías y los matorrales indómitos.

—Vamos á recapitular, querido Watson—dijo Holmes saliendo de repente de su abstracción, bien ajena á la grandiosa belleza del crepúsculo.

—Prescindamos del asesino y preocupémonos de lo que habrá sido de Silver Blaze. Suponiendo que éste se escapara durante la lucha ó después de ella, ¿dónde está? El caballo es un animal esencialmente sociable, y éste, del cual nos ocupamos ahora, al verse libre seguiría por instinto la dirección de King's Pyland ó la de

Capleton. Si estuviese errante por la llanura ya se le hubiera visto. En cuanto á la desaparición de los bohemios no indica nada. Esta clase de gente huye tan pronto huele que la policía está cerca de ella; y como quiera que Silver Blaze les originaría más estorbo que ganancia en su fuga, ¿por qué hemos de suponer que sean ellos los ladrones?

—Entonces, ¿dónde se halla ese animal?

—Ya he dicho que una de dos: ó siguió la dirección de King's Pyland ó la de Capleton. En King's Pyland ya sabemos que no está; luego debe hallarse en Capleton. Tomemos esta hipótesis como punto de partida y veamos adónde nos conduce. Esta parte del terreno es muy dura, según observó lógicamente el inspector Gregory; pero hacia Capleton se inicia un ligero declive, y, por lo tanto, las aguas se estacionan más fácilmente y la tierra se hace barro bien pronto. De ser cierta la hipótesis ahí es donde hallaremos las huellas de Silver Blaze. Mirad, allí, en aquella hondonada, debe haber algo que nos interese.

Aligeramos el paso, y á los pocos minutos estábamos en el sitio señalado. Holmes me encargó que observara la parte de la izquierda, encargándose él de la derecha. No había dado yo cincuenta pasos cuando oí que me llamaba,

y levantando la vista vi que me hacía seña con la mano para que me aproximase. En aquella parte el terreno estaba muy húmedo y se distinguía perfectamente las pisadas de un caballo. Holmes sacó del bolsillo la herradura y vimos que se adhería perfectamente á las huellas que teníamos delante.

—Ya véis de lo que sirve tener un poco de imaginación. Es la única cualidad que le falta á Gregory. En cambio, nosotros hemos partido de una sencilla hipótesis, hemos *imaginado* y ya veis cómo las conjeturas se transforman en certezas. Continuemos andando.

Atravesamos un terreno lleno de fango y luego otro seco y duro, para volver á hallar otro húmedo y en él las huellas del caballo. Después desaparecían durante 700 ú 800 metros y aparecían de nuevo ya cerca de Capleton. Holmes fué el primero que las vió, y sujetándome por el brazo me las señaló con una mirada. Al lado de los pasos del caballo se distinguían claramente los de un hombre.

—¡Ya no iba solo!—exclamé.

—Justo—dijo Holmes.—Hasta aquí vino todo. Y luego... ¿pero qué es esto?

La doble pista daba la vuelta bruscamente y parecía seguir la dirección de King's Pyland.

La seguimos volviendo hacia atrás, cuando de repente, mirando por casualidad á un lado, vi algo que me causó asombro y detuve á Sherlock que andaba con la vista clavada en el suelo y silbando entre dientes; las mismas huellas volvían hacia Capleton.

—¡Bravo, Watson! Esta observación vuestra nos evita una caminata inútil. Sigamos esta nueva pista.

No tuvimos que andar mucho. Las huellas concluían en la acera de asfalto que se extendía delante de la verja de las cuadras de Capleton. Inmediatamente nos salió un mozo de cuadra al encuentro.

—¡Eh! ¿Dónde vais? No queremos curiosos aquí—gritó.

—Dos palabras, amigo—dijo Holmes llevándose la mano al bolsillo del chaleco.—Si yo viniese mañana á las cinco de la mañana, ¿sería buena hora para hablar con vuestro amo Silas Bronn.

—¡A las cinco! ...Verdaderamente á esa hora no hay nadie levantado más que él, pero no creo que... Mirad, allí viene, entendeos con él. No, no, gracias, señor. Si mi amo me viera admitir una propina ya me podía contar fuera de la casa. Si queréis más tarde...

Cuando Holmes se llevaba la mano al bolsillo

para guardar la moneda, se presentó un hombre de aspecto brutal y vino hacia nosotros, agitando un látigo de caza...

—¿Qué es eso, Danson? ¡Basta de conversación!

Luego, dirigiéndose á nosotros, continuó en el mismo tono de cólera:

—¿Qué demonios queréis?

—Hablar diez minutos con vos—contestó Holmes suavemente.

—No me agrada perder el tiempo con desconocidos. Marchaos inmediatamente ó suelto el perro y lo vais á pasar mal.

Holmes se inclinó sobre la oreja del picador y le dijo algunas palabras en voz queda.

Bronn se estremeció y sus mejillas se colorearon súbitamente.

—¡Mentira!—exclamó.—¡Eso es una mentira infame!

Holmes encogióse de hombros.

—Como queráis. A mí lo mismo me da enterar á todo el mundo ó arreglar la cosa con toda tranquilidad entre los dos.

—Después de todo... no tengo inconveniente en que entréis.

Holmes sonrió, y dirigiéndose á mí, exclamó:

—Procuraré no haceros esperar, Watson. Es

cuestión de unos minutos. ¿Vamos, señor Bronn?

Habían transcurrido veinte minutos, y el cielo, que fué rojo, era negro cuando salieron Holmes y Silas Bronn. Jamás he visto un cambio tan rápido como el que se había verificado en este último. Estaba lívido, la frente llena de sudor, las manos temblorosas de tal modo, que el látigo recordaba una rama agitada por el viento. Su actitud insolente y brutal había desaparecido para dejar lugar á la de un perro que sigue á su amo después del castigo.

—Serán ejecutadas vuestras órdenes —decía con humildad á Sherlock,—os lo prometo.

—No habrá una mala interpretación, ¿eh?—contestó Holmes mirándole con fijeza.

El otro se estremeció, leyendo una amenaza en los ojos de mi amigo.

—No, no. Estad tranquilo. Se hará todo como deseáis. ¿Queréis que lo limpie para...?

Holmes dudó un instante antes de contestar; luego se echó á reír:

—No; dejadle tal como está. Además, ya os escribiré dándoos instrucciones. ¡Y cuidado con engañarme!

—Estad tranquilo.

—No lo perdáis de vista ni un instante. Tratadlo como si fuera vuestro.

—Sí, sí. Confíad en mí.

—Confío. Mañana recibiréis noticias mías.

Y girando sobre los talones, aparentó no ver la mano temblorosa que le tendía Silas Bronn, y seguimos el camino de King's Pyland.

—Pocas veces he visto una mezcla semejante de arrogancia y de cobardía, de insolencia y de bajeza, como en ese Silas Bronn—dijo Holmes cuando ya estábamos bastante lejos del pica-dero.

—¿Y el caballo?

—Al principio—prosiguió Holmes como si no hubiera oído mi pregunta,—intentó echárselas de altivo y de caballero conmigo; pero en cuanto le relaté todo lo que habíamos hecho, comprendió que era inútil negar. Ya notaríais, Watson, que las huellas compañeras de las del caballo correspondían á las botas anchas y de punta cuadrada que usaba Bronn. Además, es lo bastante listo para no encargarse á nadie de una comisión semejante. Le dije que habiendo madrugado el martes, según costumbre suya, salió á dar un paseo y halló un caballo en libertad; que se dirigió hacia él y vió con asombro que era el célebre Silver Blaze, reconociéndole por la estrella blanca que tiene en la frente y á la cual debe su nombre. La casualidad ponía en sus manos al único caballo capaz de

vencer á Desboroug. Su primera idea fué conducir á Silver Blaze á King's Pyland; pero se metió el diablo por medio; le sugirió la idea de que tuviese escondido el caballo hasta después de las carreras, y en vez de devolverlo á su dueño se lo llevó á Capleton. Cuando le di todos estos detalles, no le quedó otro recurso que corroborarlos, diciendo que su única intención fué la de no perder las grandes cantidades que tenía apostadas en contra de Silver Blaze.

—¿Pero no registraron el picadero de Capleton?

—¿Pero no veis que es un chalán ya viejo y nada simple?

—¿Y no teméis que le ocurra algo al caballo dejándolo en poder de ese hombre?

—Estad tranquilo, querido Watson. Tengo la evidencia de que lo cuidará como á las niñas de sus ojos. Sabe de sobra que su única salvación está en entregar el caballo tal como lo halló.

—Me parece que el coronel Ross no tiene cara de perdonar tan fácilmente.

—El coronel no tiene nada que perdonar. Yo soy el único que lo sabe y contaré lo que me plazca. Estas son las ventajas de hacer las cosas por gusto y no por obligación. Ya habréis observado, querido Watson, que el coronel me

trata demasiado ceremoniosamente, y en pago de ello voy á divertirme con poco á costa suya. No le digáis una palabra de lo que hemos descubierto.

—Está bien. Seré mudo todo el tiempo que deseéis.

—Después de todo, esto no tiene importancia comparado con la muerte del picador y el descubrimiento del asesino.

—¿Qué, os vais á consagrar ahora á eso?

—Al contrario. Esta noche misma regresaremos á Londres.

Quedé estupefacto. ¿De modo que habíamos pasado unas horas en el Devonshire, habíamos debutado brillantemente, y nos íbamos á ir sin concluir lo que empezaba tan bien?

Por más esfuerzos que hice no pude arrancarle una palabra más á mi compañero hasta que llegamos á la casa del picador. En la sala nos aguardaban el coronel y Gregory.

—Mi amigo y yo regresamos á Londres en el primer tren—dijo Holmes al entrar.—Hemos dado un paseo delicioso respirando tranquilamente estos aires tan puros y tan sanos.

Gregory le miró estupefacto. Por los labios del coronel vagó una sutil é irónica sonrisa.

—Entonces ¿os confesáis incapaz de descubrir el asesino del pobre Skaker?

Holmes se encogió de hombros y respondió :
—Verdaderamente hemos tropezado con algunas dificultades. Sin embargo, espero ver triunfar el martes á Silver Blaze, y aconsejoos que tengáis preparado al jockey... ¿Podríais darme un retrato de John Skaker?

El inspector sacó un envoltorio del bolsillo y se lo dió á Holmes.

—Gracias, querido Gregory. Veo que os adelantáis á todos mis deseos. ¿Tendréis la bondad de esperarme un instante, señores? Tengo que preguntar una cosa á la criada.

—Me parece, señor Gregory—dijo el coronel, en cuanto salió Holmes de la sala,—que el *amateur* de Londres no sabe lo que se hace. No hemos adelantado nada con su venida.

—De todos modos—dije yo,—tenéis la seguridad de que vuestro caballo figurará en las carreras.

—Sí; tengo *su* seguridad—respondió el coronel encogiéndose de hombros;—pero me agradaría más tener el caballo.

Iba á tomar la defensa de mi compañero cuando éste entró en la sala.

—Vaya, señores. Ya estoy dispuesto para ir á Tasistock.

Salimos al campo. Uno de los mozos de cuadra abrió la puerta del carruaje. De improviso

Holmes pareció recordar alguna cosa y cogiendo al palafrenero por el brazo, le dijo :

—Me parece haber visto allí, en aquella pradera, algunos carneros. ¿Quién es el encargado de ellos?

—Servidor.

—¿No habéis notado hace algunos días una cosa muy rara?

—No... A no ser que tres de ellos cojean...

Comprendí que esta respuesta satisfizo completamente á Holmes porque se echó á reir frotándose las manos.

—¡*Touché*, amigo Watson!—susurró, inclinandose sobre mi oído.

Subimos al coche, y Holmes, dando la mano al inspector, exclamó :

—Permitidme, querido Gregory, que os aconseje meditéis acerca de esa extraña epidemia carneril... ¡Vamos, cochero!

En la boca del coronel permanecía la misma sonrisa irónica y algo despreciativa. Pero noté que la última observación de Holmes había afectado mucho al inspector, quien, abalanzándose hacia el coche preguntó :

—¿Suponéis que esa especie de epidemia tenga mucha importancia?

—Muchísima.

—¿Y hay algún otro punto sobre el cual creáis conveniente llamarme la atención?

—Sí; respecto del comportamiento raro del perro la noche del crimen.

—Pero si el perro no ha hecho nada.

—Justamente por eso.

El coche empezó á andar.

Cuatro días después Sherlock Holmes y yo volvimos á tomar pasaje para ir á Winchester, á la gran carrera de Wessex Cup. El coronel Ross nos aguardaba en la estación, y subiendo los tres en su coche, nos dirigimos al hipódromo. El *sportman* estaba muy serio y nos saludó con frialdad.

—No tengo el menor indicio de mi caballo—dijo cuando el coche comenzó á rodar por las calles de Winchester.

—¿Lo reconoceríais si lo viérais?

El coronel se puso furioso.

—Hace veinte años que intervengo en carreras de caballos y es la primera vez que me preguntan una cosa semejante... Un niño reconocería á Silver Blaze en la estrella blanca de la cabeza y en la mancha de una de las patas anteriores.

—¿Qué tal la cotización?

—¡ Hombre! Eso es lo verdaderamente extraño. Ayer aún pudisteis tenerlo á quince, pero hoy ha bajado de tal modo que apenas si llega á tres.

—¡ Hum!—murmuró Holmes.— Ya veo que hay alguien que...

En aquel instante el coche entraba en el hipódromo y se colocaba frente de las tribunas. Yo miré el programa y en el cuarto lugar leí lo que sigue:

Propietario, Coronel Ross.

Nombre del caballo, Silver Blaze.

Colores, blusa roja y gorra negra.

—Confiado en vuestra promesa—dijo el coronel,—he retirado á Bayardo. Pero ¿qué es esto? ¿Es verdad lo que oigo?

Sonaban claros y distintos los gritos:

—¡ Cuatro contra cinco, Silver Blaze! ¡ Tres contra uno Desgorough!

—¡ Va á comenzar la carrera!—exclamó.— Ya están ahí los seis caballos.

—¿Los seis? Entonces, ¿sale también el mío?—dijo el coronel convulso y agitado.—No lo veo; no veo mis colores.

—No, sólo hay cinco caballos... ¡ Ah! Allí viene el otro; ese debe ser.

Un magnífico caballo bayo penetraba en la

pista y ensayaba antes de emprender la carrera. El jockey llevaba los colores del coronel Ross.

—¡Pero ese no es mi caballo!—gritó desesperadamente el coronel.—No tiene un sólo pelo blanco. ¿Qué habéis hecho, señor Holmes?

—Vaya, dejémonos de discusiones y atendámonos únicamente á su comportamiento—respondió mi amigo con la mayor sangre fría.

Y se puso á mirar con los gemelos de campo.

—¡Muy bien!—exclamó de repente.—¡Han salido maravillosamente!...

El coche estaba perfectamente situado para ver la carrera hasta en sus menores detalles. Al principio la blusa blanca y amarilla de la cuadra Capleton, iba á la cabeza. No obstante, un poco antes de llegar, Desborough perdió terreno, y Silver Blaze atravesó el pelotón y venció por seis cuerpos de caballo.

—¡Sea quien sea ha ganado!—murmuró el coronel, pasándose la mano por la frente;—pero confieso que no comprendo una palabra. Señor Holmes, ¿no os parece que ya ha durado bastante el misterio?

—Indudablemente, coronel. Estoy dispuesto á explicarlo todo; pero atravesemos antes la pista y vamos á ver el caballo.

A fuerza de codos conseguimos abrírnos paso

entre el gentío y llegar al recinto, donde únicamente entraban los propietarios y sus amigos.

—Helo aquí—exclamó Holmes poniendo la mano sobre el lomo del caballo.—No tenéis más que lavarle la frente y la pata con espíritu de vino y reconoceréis á vuestro Silver Blaze.

—¡Cómo no se me había ocurrido antes!

—Lo encontré en manos de un chalán y me he tomado la libertad de dejarlo correr tal como estaba.

—¡Pero es peligroso todo esto! ...Y el animal se halla en un estado excelente. Parece que no ha corrido en su vida... Os debo un millón de excusas por haber dudado de vuestro talento... Me habéis hecho un gran servicio devolviéndome el caballo. Ahora espero que lo completéis diciéndome quien es el asesino de John Skaker.

—Estoy dispuesto—respondió Holmes flemáticamente.

El coronel y yo nos miramos asombrados.

—¿Quién es? ¿Dónde se halla?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—A mi lado.

El coronel enrojeció de cólera.

—Mucho es mi agradecimiento por lo que habéis hecho, señor Holmes, pero no tanto que

me impida no ver en esas palabras vuestras, ó una broma de mal género ó un insulto.

Sherlock Holmes prorrumpió en carcajadas.

—Espero, coronel, que no me supongáis capaz de creeros cómplice ó autor de ese crimen. El verdadero asesino está aquí, detrás de vos.

Y puso la mano sobre el lomo de Silver Blaze.

—¿Cómo? ¡El caballo!—exclamamos á un tiempo el coronel y yo.

—Sí; el caballo. Sin embargo, debo aducir como circunstancia atenuante que obró en legítima defensa contra John Skaker, un miserable indigno de vuestra confianza... Pero ha sonado la campana, y como tengo apostado algún dinero en esta carrera permitidme que aguardemos una ocasión más propicia para las explicaciones.

Por la noche regresamos á Londres, y tanto á mí como al coronel nos pareció el viaje demasiado breve oyendo hablar á Sherlock Holmes.

—Confieso—nos dijo con su acostumbrada voz pausada y serena,—que leyendo los periódicos me confundí y me equivoqué por completo. Y, sin embargo, en los periódicos se hubieran

podido hallar datos importantísimos á no ser por el cúmulo de detalles superfluos que los ahogaban y destruían. Marché, pues, para Devonshire con la convicción de que Fitzroy Simpson era el verdadero culpable, aunque no dejaba de notar que las pruebas de su culpabilidad no eran, ni mucho menos, decisivas.

Ya en el coche, cerca de la casa del picador, me fijé en la coincidencia de ser guisado de cordero precisamente la comida que le sirvieron al mozo de cuadra. Recordaréis mi completa abstracción, que me hizo enmudecer y apartarme de todo lo que no fuera dar vueltas á esta idea.

—Pues yo, aún ahora—interrumpió el coronel,—no comprendo la importancia que pueda tener ese detalle.

—Era el primer anillo para formar después la cadena de los hechos. Los polvos de opio tienen un sabor muy desagradable y sólo en determinados platos pueden echarse sin peligro de que las personas que los coman se enteren de ello. Precisamente el cordero, y guisado con una salsa muy picante—tal como se le sirvió al mozo de cuadra,—constituye uno de esos platos exclusivos. ¿Y cómo hemos de suponer que Fitzroy Simpson, enteramente desconocido en King's Pyland, consiguiera que precisamente ese día fuese la cena un plato de cordero en sal.

sa? ¿Cómo suponer que diera la coincidencia de que Simpson eligiera para robar el caballo y narcotizar á Hunter precisamente el día en que servirían esa clase de cena? Esto resulta increíble. Por consiguiente, Simpson se encontró allí casualmente y su atención debía concentrarse sobre Skaker y su mujer, únicas personas que podían hacer figurar en el menú de aquel día el plato de cordero. El opio fué echado después de apartar de la cena general la del mozo de cuadra, puesto que todos comieron lo mismo y ninguno sufrió alteración alguna. ¿Quién podía ser esta persona que echó los polvos sin que se enterara la criada Edith?

Después me fijé en el silencio del perro. Cuando en el incidente de Simpson nos enteramos de que había un perro encerrado en la cuadra, y, no obstante, más tarde, cuando alguien debió entrar y apoderarse del caballo, este perro no ladró nada, puesto que los dos palafreneros, que dormían en el desván, no se despertaron ni una sola vez. Sin duda alguna el visitante nocturno debía ser alguien á quien el animal conoce mucho.

Todo se iba aclarando poco á poco. John Skaker penetró á media noche en la cuadra y sacó á Silver Blaze. ¿Con qué objeto? Con alguno, nada bueno, puesto que creyó preciso adorme-

cer al mozo de guardia. Todos sabemos que muchas veces los picadores han ganado grandes cantidades apostando en contra de sus propios caballos, valiéndose de testaferros y empleando cualquier estratagema para hacerlos perder á aquéllos. Bien sobornando al jockey ó bien empleando otros recursos más sutiles y seguros. ¿Cuál de estos medios habrá elegido Skaker? Entonces pensé que quizá examinando los bolsillos del muerto hallaría algún indicio.

Así ha sucedido. Todos observásteis el extraño cuchillito que tenía el cadáver en la mano derecha, y que nadie puede utilizar como arma de defensa. Según nos dijo el doctor Watson, ese cuchillo no se emplea más que para una operación quirúrgica delicadísima, y en efecto, para una operación de ese género había de servir aquella noche. Ya sabréis, coronel, dada vuestra larga experiencia en cuestión de caballos, que se puede herir el tendón que hay debajo de la piel del jarrete, haciendo una pequeña incisión, sin dejar señal alguna. Después de esto, el caballo padecería una leve cojera que bien podría atribuirse á cualquier esfuerzo ó á un ligero ataque de reumatismo.

—¡Qué canalla!—exclamó el coronel.

—Y para hacer esa operación sacó de la cua-

dra John Skaker el caballo. Efectivamente, hubiera sido imposible hacerla dentro sin que un animal tan fogoso como Silver Blaze causara, al sentirse herido, un pequeño escándalo.

—¡Qué ciego he sido!—dijo el coronel.—Entonces para eso debió llevar el cabo de vela y encendió la cerilla que hallásteis en el barro.

—Naturalmente. Faltaba saber el motivo del crimen y ese lo encontré en los papeles del criminal. Ya sabéis, coronel, que nadie guarda las facturas de otra persona y muchas veces ni siquiera las propias. Inmediatamente pensé en que tal vez Skaker tuviera un segundo hogar. La factura de la modista demostraba que había otra mujer, y mujer habituada á gastar mucho. Además, por muy generosos que seáis con vuestros servidores, no creo que sea hasta el extremo de permitirles pagar vestidos de seiscientos chelines. Por eso, y afectando indiferencia, interrogué á mistress Skaker, y después de asegurarme que el vestido no fué para ella, tomé nota de la dirección de la modista, seguro de que enseñándole el retrato de Skaker sabría quien era Darbyshire.

Lo demás era sencillísimo. Skaker condujo al caballo á una hondonada para que no se viera la luz que necesariamente había de encender. Casualmente encontró la corbata perdida por

Simpson en su fuga y la cogió para servirse de ella como venda en la operación. Una vez llegado á sitio propicio, encendió la cerilla, y asustado el caballo de la claridad—ó tal vez por ese temor instintivo que sienten los animales ante un peligro,—dió un bote y de una coz rompió el cráneo de Skaker. Este al caer se hirió con el cuchillo en una cadera, porque, á pesar de la lluvia, se había quitado el abrigo para obrar más fácilmente.

—¡Es maravilloso!—exclamó el coronel.—¡Maravilloso! Diríase que os hallabais delante.

—Mi golpe final fué un golpe maestro, dicho sea sin modestia de ningún género. Se me ocurrió que un hombre tan ladino como Skaker no se arriesgaría en una operación semejante sin haber hecho algún ensayo. En seguida pensé en los carneros que pastaban cerca de la casa é hice al mozo aquella pregunta que, según visteis, me satisfizo tanto.

—Está muy bien, señor Holmes. Habéis explicado todo perfectísimamente.

—Tan pronto llegué á Londres fui á casa de la modista, quien reconoció en seguida al señor Darbyshire en el retrato de Skaker y me dijo que la señora Darbyshire era una de sus más asiduas y espléndidas clientes. Indudablemen-

te esta mujer arruinó de tal modo á Skaker, que éste se vió obligado á cometer la infamia que hemos descubierto y que le ha costado la vida.

—Ahora únicamente falta que expliquéis una sola cosa—dijo el coronel.—¿Dónde estaba el caballo?

—¡ Ah !... Se escapó y lo tenía un vecino nuestro. Pero me parece, querido coronel, que no debemos preocuparnos de este asunto y olvidar todo... ; Ah ! Creo que ya estamos cerca de Blafam y dentro de unos minutos podremos estar en mi casa, donde os ofreceré, con sumo placer, una taza de té y un cigarro.

EL AGENTE DE CAMBIO

Poco tiempo después de mi casamiento, mi colega, Mr. Fargular, me cedió su consulta en el barrio Paddington. Hubo un tiempo en que mi antecesor ganó mucho; pero después, su edad avanzada y una especie de baile de San Vito que padecía constantemente, le disminuyeron las ganancias. La clientela menguaba poco á poco, pues el público opina—y tal vez muy acertadamente,—que mal puede curar á los demás un hombre que no puede curarse á sí mismo. En estas condiciones adquirí la consulta, esperando que mi juventud, mi energía y mi voluntad la haría fructificar y renacer como en los días lejanos y felices.

Durante los tres primeros meses estuve tan ocupado, que no pude ver con la frecuencia de costumbre á mi amigo Sherlock Holmes. Me

faltaba tiempo para ir á Baker Street, y en cuanto á Sherlock, no iba nunca más que á donde le llamaba su profesión. Por eso me sorprendió muchísimo oír una mañana, cuando empezaba á hojear el *British Medical Journal*, después del desayuno, un timbrazo y la voz simpática é inolvidable de mi antiguo compañero.

— ¡Hola, querido Watson! — dijo entrando con gran alborozo en el comedor. — No sabéis cuánto me alegro veros. ¿Y la señora Watson? ¿Se ha repuesto ya de las emociones que le originó nuestra aventura de *La marca de los cuatro*?

— Muchas gracias, Holmes. Los dos estamos perfectamente — respondí estrechándole la mano.

— Espero — continuó dejándose caer en un sillón, — que la medicina no habrá extinguido en vos aquel entusiasmo y aquel interés que teníais por nuestros pequeños problemas, ¿eh?

— De ningún modo. Justamente ayer estuve hojeando mis notas y clasificando la larga serie de nuestras antiguas aventuras.

— ¿Qué? ¿Dais ya por concluida esa serie?

— ¡Quiá! Estoy deseando empezar de nuevo.

— ¿Queréis que comencemos hoy mismo?

— No tengo inconveniente.

— ¿Iríais conmigo hasta Birmingham?

— ¿Por qué no?

— ¿Y vuestra consulta y vuestros enfermos?

— ¡Bah! Frecuentemente atiendo á las obligaciones de mi vecino durante sus ausencias y bien puede pagarme alguna vez ese pequeño favor.

— Muy bien — dijo Holmes repantigándose en el sillón y mirándose con fijeza por entre sus párpados medio cerrados. — ¿Habéis estado enfermo hace poco? Los catarros en verano son siempre muy fatigosos.

— Sí. He tenido que estarme en casa por un gran resfriado durante tres días. Pero ya estoy muy bien. ¿Pero cómo lo sabíais?

— Ya conocéis mi método: siempre la deducción.

— ¿Y qué os ha facilitado ahora vuestras deducciones?

— Esas zapatillas.

Yo dirigí una mirada á mis pies.

— ¿Cómo demonios?... — empecé á preguntar; pero Holmes se me anticipó.

— Esas zapatillas están enteramente nuevas; de modo que hace poco que las gastais. Me he fijado en las suelas y he visto que están ligeramente encogidas. Primero pensé que se habían mojado y que las secasteis al fuego; pero cerca de la punta he visto una pequeña etiqueta con

los geroglíficos del zapatero, de suerte que no se podía creer que se habían mojado, pues el agua hubiera despegado la etiqueta. Seguramente es que debisteis arrimar los pies al fuego, lo cual no deja de ser muy extraño en el mes de junio por mucha humedad que haga.

Como siempre, el razonamiento de Holmes parecía de una simplicidad infantil. Advirtió esta reflexión en mi frente y por su boca pasó una leve sonrisa.

—Me parece que mis observaciones pierden su valor explicándolas. Los efectos sin las causas tienen mucha más importancia. ¡Vamos! ¿Estáis dispuesto á seguirme á Birmingham?

—Lo estoy. ¿De qué se trata?

—En el tren os lo diré. Mi cliente nos aguarda abajo en un coche.

—Bueno, pues ir bajando que en seguida voy.

Escribí apresuradamente cuatro letras para mi vecino, subí al segundo piso á prevenir á mi mujer, y cinco minutos después me encontraba en la calle junto á Holmes.

—¿De modo que también es médico vuestro vecino?—me interrogó señalando la placa de cobre que había en la puerta.

—Sí; vivimos desde hace el mismo tiempo en esta calle.

—¡ Ah ! Entonces vos sois el mejor de los dos.

—Tal creo. ¿Por qué lo decís?

—Por los escalones. Los vuestros están más usados que los suyos. Vaya, vamos al coche. Mi amigo el doctor Watson ; el señor Hall Pycroft. ¡ Algo más de prisa, cochero, no vayamos á perder el tren !

El señor Hall Pycroft era un hombre joven y simpático, con ojos azules y un bigote rubio. Su cara, ancha y sonrosada, parecía hecha para la risa ; pero en aquella ocasión, las comisuras de los labios ofrecieron un gesto de amargura que tenía algo de cómico. Vestía irreprochablemente, y en su cabeza centelleaba una chistera de última moda. Ya en el tren, camino de Birmingham, conocí la razón de aquel viaje.

—Tenemos setenta minutos de camino—dijo Holmes,—por lo tanto, os suplico, señor Pycroft, que le contéis á mi amigo vuestro interesantísimo asunto tal como me lo habéis relatado y con más detalles, si es posible. No me desagradará escucharlo una vez más. Es un suceso de tal género, amigo Watson, que, una de dos : ó es una cosa terrible, ó es una simpleza, pero que, sin embargo, ofrece algunas particularidades de esas que os interesan tanto como á mí,

Ahora, señor Pycroft, tened la bondad de principiar vuestro relato.

El joven no se hizo repetir la súplica y empezó en los siguientes términos :

—Lo peor de la historia es el papel tan desairado que juego en ella. Quizá esto no acabe bien ; pero cuando conozcais los hechos, veréis que no podía obrar de otro modo, so pena de pasar por idiota. Es el caso que... ¡ Ah ! Os advierto que no tengo facilidad de palabra, y, por lo tanto, os suplico, señor Watson, que me dispenséis si no me explico con bastante claridad.

Yo era empleado de la casa Coxon y Wood, de Draper's Garden, y estaba en ella cuando aquel famoso empréstito de Venezuela que la derrumbó en absoluto. Como yo llevaba cinco meses en la casa, el señor Coxon me entregó un certificado muy laudatorio ; pero eso no impidió que me viera en el arroyo con otros veintisiete compañeros. Inmediatamente empecé á hacer gestiones para colocarme, pero no lograba nada. Bien pronto se me acabaron mis economías, y llegó ocasión en que no pude comprar ni sobre ni sellos para enviar mis documentos á las casas que se anunciaban en los periódicos.

Finalmente un día leí un anuncio de la casa Nawson y Williams, la célebre casa de banca

de Lombard Street, una de las mejores de Londres. Las solicitudes debían mandarse por el correo acompañadas de las certificaciones. Así lo hice, pero sin esperanza alguna. ¡ Estaba tan desencantado ! No obstante, á vuelta de correo me contestaron que si quería ir al lunes siguiente, podía comenzar aquel mismo día mi trabajo.

Dice la gente que los banqueros, cuando reciben varias solicitudes, hacen un montón con ellas, y cogen cualquiera, y á ese eligen. Sea ó no cierto ese procedimiento, yo dí gracias á Dios, y confieso que nunca fui tan feliz como aquel día. Ganaría una libra más que en casa Coxon, y sería el mismo trabajo.

Ahora viene la parte extraordinaria de mi aventura. Yo habitaba en una casa de huéspedes de Potter's Terrace, y la tarde misma en que recibí la noticia de mi colocación, me hallaba fumando tranquilamente en mi cuarto cuando la patrona me entró una tarjeta de mister Arturo Pinner, banquero. Yo no conocía este nombre, y no pude comprender á qué sería debida aquella visita ; pero, no obstante, rogué á la patrona que dejara pasar al visitante. Era un hombre de mediana estatura, el cabello, los ojos y la barba enteramente negros y la nariz

encendida. Hablaba con rapidez, como hombre que conoce el valor del tiempo.

—¿El señor Hall Pycroft?

—Yo soy—contesté.—Tened la amabilidad de sentaros.

—¿Habéis estado en la casa Coxon y Wood?

—Sí, señor.

—¿Y ahora en la casa Nawson?

—Sí, señor.

—Muy bien, muy bien... Yo he oído decir cosas ciertamente extraordinarias respecto de vuestra capacidad financiera y de vuestra probidad. ¿Os acordáis de Parker, el cajero de la casa Coxon? Pues se deshace en elogios de vos.

Tales palabras me halagaron. Yo fui considerado siempre en la casa como uno de los mejores empleados; pero no creía que mi nombre hubiera llegado á ser célebre en la *Cité*.

—¿Tenéis buena memoria?—prosiguió mi visitante.

—Bonísima—contesté.

—¿Continuásteis al corriente de las cotizaciones y los cambios después de salir de la casa de banca?

—Sí.

—Perfectamente. Eso demuestra verdadera vocación. Así se llega muy lejos. ¿Tendréis la

bondad de responderme á algunas preguntas?

Vamos á ver, ¿á cómo están los Ayrshires?

—A ciento cinco.

—¿Y los Consolidados de Nueva Zelanda?

—A ciento cuatro.

—¿Y los British Broken Hills?

—A siete.

—¡Admirable! Esto corrobora todas las noticias que me habían dado. Cada vez me afirmo más en mi idea de que merecéis ser otra cosa que un simple empleado de la casa Nawson.

Estas palabras me asombraron, como podréis suponer.

—Sin embargo, no todos son de igual opinión, señor Pinner. Y prueba de ello es que me ha costado mucho trabajo hallar esta colocación, de la cual, por otra parte, estoy muy satisfecho.

—¡Bah! Vos estais cien codos más arriba de ese empleo. Debéis entrar en vuestra propia esfera. Y para eso he venido. Por ahora únicamente puedo ofreceros muy poco en comparación de lo que merecéis, pero del cargo que tendréis en nuestra casa al que tenéis en la de Nawson, hay tanta diferencia como de la noche al día. ¿Cuándo pensáis ir á la casa Nawson?

—El lunes.

Arturo Pinner echóse á reír.

—¿Cuánto apostamos á que no vais?

—¿Cómo que no?

—Como que no. El lunes seréis ya director de la Franco-Midlandesa, Compañía anónima que tiene ciento treinta y cuatro sucursales en todas las capitales y pueblos de Francia, esto sin incluir una en Bruselas.

Yo le miré estupefacto, con la boca abierta.

—Es la primera vez que oigo hablar de esa casa.

—Es probable. No le hemos dado publicidad porque es una sociedad constituida tan sólo por amigos y, además, porque es demasiado buen negocio para hacerlo público. Mi hermano, Harry Pinner, figura en el comité como director general. Y como sabe que yo tengo bastantes conocimientos en la Cité, me dió el encargo de que buscara un hombre joven, enérgico y hábil en asuntos financieros. Parker me habló de vos y él ha sido el que aconsejó que os hablara. Al principio sólo podemos ofreceros la módica suma de quinientas libras.

—¡Quinientas libras anuales!—exclamé.

—Esto únicamente al principio, más adelante ya veremos. Además, tendréis el 1 por 100 de comisión en los negocios de la casa, lo cual triplicará vuestro sueldo.

—Pero no sé si sabré...

—¡No habéis de saber!...

La cabeza me ardía; experimentaba una agitación anormal en todo el cuerpo. De pronto me asaltó una duda, que fué como ducha de agua fría, en medio de un sueño.

—Francamente, señor Pinner—exclamé,—Nawson no me da más que doscientas libras, pero Nawson es seguro. Mientras que vuestra sociedad, la verdad...

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Muy bien!—exclamó como entusiasmado.—Veo que sois un hombre muy listo y que no os dejáis alucinar con facilidad. Tened, ahí va un billete de cien libras como garantía y anticipo de vuestro sueldo.

—Muy bien. ¿Cuándo empiezo mi servicio?

—Mañana, á la una, procurad estar en Birmingham. Vais al número 126, letra B, de Corporation Street, donde hallaréis las oficinas provisionales; allí veréis á mi hermano y le entregais esta carta. Aunque vuestra colocación es ya un hecho, necesitamos la aprobación del director general.

—Verdaderamente no sé cómo expresaros mi gratitud, señor Pinner.

—No hablemos de eso, querido. Todo os lo debéis á vos mismo. Sólo quedan por ultimar algunos detalles de pura fórmula. ¿Tenéis ahí un poco de papel? Muy bien. Ahora tened la bondad de escribir lo siguiente: «Yo, el abajo

«firmante, acepto el cargo de director de la Franco-Midlandesa, Sociedad Anónima, con el sueldo mínimo de 500 libras anuales.»

Hice lo que me pedía, y él, tomando el documento, se lo guardó en el bolsillo diciéndome:

—Bien, ¿y qué pensáis hacer respecto de la casa Nawson?

Mi alborozo me había hecho olvidar el compromiso anterior.

—Voy á mandar mi dimisión ahora mismo.

—Precisamente es lo que no debéis hacer. Ayer tuve una discusión respecto de vos con el director de la casa Nawson. Fuí á pedirle informes vuestros y me respondió muy groseramente, diciendo que obraba muy mal sonsacando á la gente de su casa... que yo tenía la culpa de... ¡Qué sé yo! Una infinidad de simplezas. Cansado de oírle, contesté bastante incomodado: «Si os agrada tener buenos empleados debéis pagarlos mejor.»—«El señor Pycroft preferirá nuestro modesto, pero seguro salario, á ese fastuoso é imaginario que le ofrecéis vos»—replicó.—«Os apuesto cinco libras—dije,—á que tan pronto le haga yo mi oferta no volvéis á saber más de él.»—¡Aceptado!—repuso.—«Nosotros le hemos sacado del arroyo, y sin duda alguna no se arriesgará á perder tan buena ocasión.» Estas fueron sus palabras.

—¡Qué grosero! ¿Qué sabe él de mi vida si nunca nos hemos visto? Perded cuidado, no le escribiré para nada en absoluto.

—Bueno. No hablemos más de ello.

Y se levantó alargándome la mano.

—Conste, amigo Pycroft, que marchó contentísimo de mi adquisición y espero que á mi hermano le sucederá lo mismo. Aquí tenéis vuestro anticipo de cien libras y la carta para mi hermano. No olvidéis que os aguarda mañana á la una en punto.

Esto fué todo lo que aconteció durante nuestra entrevista. Ya os podéis imaginar, señor Watson, lo encantado que quedaría del señor Pinner y lo dichoso que era viendo mi buena estrella. Aquella noche no pude dormir, y al día siguiente salí en el tren que llega á Birmingham poco antes de la una é inmediatamente me dirigí al lugar de la cita. El número 123 estaba situado entre dos grandes tiendas. No hallé á nadie en el portal y seguí un largo pasillo, y al final encontré una escalera de caracol que me condujo al piso primero. Allí había distintos cuartos ocupados por sociedades y particulares. En la puerta de cada uno de ellos había letreros con la profesión de los inquilinos correspondientes; pero en ninguna ví el título de La

Franco Midlandesa, Compañía Anónima. Estaba perplejo, pensando si habría sido víctima de alguna broma de mal género, cuando se me aproximó un hombre y me dirigió la palabra. Se parecía muchísimo al individuo con quien estuve la tarde anterior, y á no ser porque estaba enteramente afeitado y eran menos oscuros los cabellos, hubiera creído que era el mismo.

—Dispensad. ¿Tengo el honor de hablar con el señor Hall Pycroft?—me dijo.

—Sí.

—Os esperaba ; pero os habéis anticipado un poco—continuó mirando el reloj.—Esta mañana he recibido una carta de mi hermano, llena de elogios.

—Estaba buscando el nombre de...

—¡ Ah, sí ! No lo hemos puesto aún porque no hace una semana que alquilamos este local. Tened la bondad de subir conmigo.

Le seguí, y al final de aquella escalera, que me pareció inacabable, entramos en un cuarto compuesto de dos habitaciones aguardilladas, sin alfombras ni colgaduras y muy empolvadas. Yo me había imaginado una gran oficina con grandes mesas llenas de empleados, con puertas de cristales, con ordenanzas de librea, con sonar de timbres y ajeteo de papeles y de libros, en una palabra : algo parecido á las casas donde

estuve anteriormente. No había nada de esto, y me quedé estupefacto mirando una miserable mesa de pino y dos sillas rotas de paja, que, con un libro y un cesto de papeles, componían el único mueblaje de la oficina.

—Veo que os extraña el aspecto de la habitación—dijo mi nuevo jefe, observando la cara que ponía al ver aquello.—Pero no se hizo Roma en un día. Aunque tengamos mucho capital, no deseamos hacer gastos superfluos por ahora. Sentaos y tened la amabilidad de darme la carta de presentación.

Se la dí, y después de leerla atentamente, dijo :

—Parece que habéis causado una gran impresión en mi hermano Arturo, y aunque él no puede ver á Birmingham y á mí no me agrada Londres, por esta vez estaremos conformes. Podéis consideraros ya como de la casa.

—¿Cuál será mi obligación?

—Dirigireis el gran depósito de París, el cual surtirá de porcelanas inglesas y de Sajonia los almacenes de nuestros ciento treinta y cuatro corresponsales en Francia. Las compras llegarán aquí, dentro de una semana, y entretanto permaneceréis en Birmingham entregado á una ocupación muy sencilla.

—¿Cuál?

El señor Pinner abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo un grueso libro rojo.

—Aquí tenéis—dijo,—el Anuario Bottin, de París, donde figuran todas las profesiones y las casas de comercio de más importancia. Lleváoslo y hacedme una lista de todos los comerciantes de objetos de fantasía, con sus direcciones correspondientes. Esto nos ha de ser utilísimo el día de mañana.

—¿Pero no están clasificados ya por categorías?

—Sí; pero están en un orden diferente del que pensamos llevar nosotros. Traedme esa lista el lunes al mediodía. Adiós, señor Pycroft, y ya veréis cómo la Sociedad sabrá recompensaros á medida que vaya conociendo vuestras excepcionales condiciones.

Alquilé un cuarto en un hotel de la calle Nueva y me dispuse á trabajar. En mi cabeza batallaban diversas y opuestas ideas. Por un lado podía considerarme definitivamente colocado y con cien libras en el bolsillo; pero por otro, no dejaba de causarme extrañeza lo raro del trabajo y de la oficina y todo aquel misterio que parecía envolver á la Sociedad. Trabajé todo el domingo sin descansar, y, no obstante, el lunes no había llegado más que á la H. Fui á ver á mi jefe y le hallé en la misma habitación polvorien-

ta y desamueblada. Me dijo que podía continuar y que volviera el miércoles. Dicho día no había concluido aún, y tuve que volver ayer con la lista ya completa.

—Muy bien, señor Pycroft—me dijo el señor Pinner.—Resulta un trabajo de gran utilidad.

—Y de mucho tiempo—respondí.

—Naturalmente. Bueno; ahora vais á hacer otra lista de las tiendas de muebles, porque también suelen vender porcelanas.

—Perfectamente.

—Volved mañana á las siete de la tarde y decidme qué tal va el asunto. Pero no os matéis trabajando. ¿Por qué no vais esta noche al Music-Hall de Day para distraeros un rato?

Al decir estas palabras echóse á reir y entonces advertí que el segundo diente de la izquierda estaba bastante mal orificado. Esto me impresionó.

Sherlock Holmes se frotó las manos satisfecho y yo miré asombrado á Pycroft.

—Voy á explicaros la razón de ello, señor Watson. Hablando en Londres con el otro individuo observé que al reirse mostraba los dientes de igual modo que mi jefe y que también tenía orificado el segundo de la izquierda. Después de ver en los dos hermanos igual detalle, me fijé en el asombroso parecido de la voz y de

los ademanes, y pensando que las pequeñas diferencias existentes entre ellos podían ser originadas por la navaja y una peluca, comprendí que los dos eran uno solo. Me despidió, y yo salí á la calle no sabiendo lo que me sucedía. Entré en el hotel, me lavé la cabeza con agua fría y procuré coordinar las ideas. ¿Por qué me había obligado á salir de Londres? ¿Cuál era la razón de haberse escrito una carta á sí mismo? Y reconociéndome incapaz de descubrir las causas de estos hechos, me acordé del señor Holmes y corrí en busca suya. He aquí todo lo que ha pasado.

Hubo un largo silencio. Luego Sherlock Holmes, tomando postura más cómoda y saboreando las palabras, dijo:

—No está mal, ¿verdad Watson? Creo que una entrevista con míster Harry Pinner, director general de La Franco Midlandesa, Compañía Anónima, será muy curiosa...

—¿Y cómo hemos de arreglarnos para ir?

—Muy sencillo—contestó Hall Pycroft.—Ustedes son dos amigos míos que deseáis una colocación; por lo tanto, no tiene nada de particular que yo os presente al señor Pinner para ver si puede hacer algo en vuestro obsequio.

—¡Eso es! Perfectamente—contestó Holmes.

—Tendré mucho gusto en conocer á ese caba-

llero. Y ahora, ¿qué cualidades tenéis para que se hayan fijado en vos y no en otros para...?

Interrumpiéndose de improviso se puso á mirar el paisaje por la ventanilla del vagón, royéndose las uñas, y ya no pudimos lograr una sola palabra de él hasta que llegamos al hotel de la calle Nueva.

Daban las siete de la tarde cuando emprendimos el camino de Corporation Street.

—No adelantáramos nada yendo antes de la hora—dijo Pycroft.—Evidentemente mi jefe no viene á la *oficina* más que por mí y el resto del tiempo no hay nadie en el cuarto.

—No está mal pensado—dijo Holmes.

—¡Qué os decía yo!—exclamó Pycroft de pronto.—Miradle, ahí va.

Por la acera opuesta iba un hombre bien vestido, rubio, de corta estatura. Mientras le observábamos debió de oír á un chiquillo que voceaba la última edición de uno de los periódicos de la tarde, y cruzando la calle por entre los carruajes, le compró un número y desapareció por una puerta.

—Ya entró—dijo Hall Pycroft.—Esa es la oficina. ¿Vamos adentro?

Subimos cinco pisos detrás de él y nos paramos delante de una puerta, en la cual llamó con los nudillos. Una voz respondió: ¡Adelan-

te! Y en una habitación casi vacía, tal como nos la habían descrito, encontramos al mismo individuo que vimos en la calle. Estaba sentado á la mesa, sobre la cual estaba abierto el periódico. Al entrar nosotros levantó la cabeza, y no recuerdo haber visto nunca un rostro tan de sufrimiento y de terror como el de aquel individuo. El sudor inundaba su frente, sus mejillas estaban lívidas y los ojos, que tenían la inquietud y el miedo de las fieras acosadas, miraron á su dependiente como si no le conociera.

—¿Qué tenéis, señor Pinner? ¿Os sentís mal?—dijo sinceramente asombrado Pycroft.

—Sí; estoy algo malo—respondió haciendo visibles esfuerzos por dominarse y humedeciendo con la lengua los secos labios.—¿Quiénes son estos caballeros?

—Uno es el señor Harris, de Bermonsey, y el otro el señor Price, de esta ciudad. Los dos son amigos míos, y que á pesar de su probidad y de su talento, están sin colocación hace algunos meses. Por consiguiente, tengo el honor de recomendarlos para que veáis si pueden formar parte de la casa.

—Veremos, veremos—murmuró fingiendo una sonrisa que le resultó mueca.—¿Cuál es vuestra especialidad, señor Harris?

—He sido tenedor de libros—respondió Holmes.

—¡Ah! Muy bien. ¿Y vos, señor... señor Price?

—Yo he sido viajante.

—Bueno, tengo la certidumbre de que os encontraré una colocación. Ya os avisaré, señores. Ahora, os suplico que os retiréis. ¡Dejadme solo, por amor de Dios!

Estas últimas palabras se le escaparon á pesar suyo. Holmes y yo nos miramos. Hall Pycroft adelantó un paso hacia la mesa.

—¿Olvidáis señor Pinner, que me dijisteis que viniera hoy para recibir órdenes?

—Sí... sí, señor Pycroft, es cierto—contestó el otro un poco más sereno.—Tened la bondad de esperar un instante. Dentro de tres segundos saldré y podremos hablar.

Y saludándonos muy cortesmente al pasar por delante de nosotros, penetró en la habitación contigua y cerró la puerta tras de sí.

—¡Calla!—exclamó Holmes.—A que se nos escapa ahora.

—Imposible—dijo Pycroft.

—¿Por qué?

—Porque esa puerta da á otra habitación sin salida.

—¿Y muebles?

—Ayer estaba vacía. Hoy no sé.

—¿Para qué habrá entrado entonces? Aquí hay un misterio. Nunca he visto un miedo igual al de este hombre. ¿Por qué temblaría de ese modo?

—Creerá que somos de la policía—advertí.

—Eso debe ser—asintió Pycroft.

Holmes hizo un signo negativo con la cabeza.

—No. Estaba ya pálido y tembloroso cuando entramos. Quizá...

Se interrumpió de pronto al percibir un ruido extraño como si arañasen en la puerta...

—¿Qué demonios hace ese hombre?

Nuevamente y con más fuerza comenzó el ruido. Los tres nos miramos asombrados. Luego Holmes se acercó sigilosamente y apoyó el oído contra la puerta. Después se oyó un murmullo y unos golpes dados en la madera. Holmes empujó la puerta con todas sus fuerzas. Estaba cerrada por dentro. Pycroft y yo ayudamos á Holmes, saltó una de las visagras, luego la otra, y la puerta se derrumbó estrepitosamente. Entramos...

El cuarto se hallaba vacío.

Pero no dudamos mucho tiempo. En el fondo, en el rincón más cercano á la habitación que acabamos de dejar había una puertecilla.

Holmes corrió hacia ella y la abrió. En el suelo había una chaqueta y un chaleco, y de un gancho colocado detrás de la puerta, colgado de sus propios tirantes, pendía el director general de La Franco Midlandesa. Tenía encogidas las piernas. Su cabeza doblábase dolorosamente sobre el pecho, las manos se engarababan, golpes de sus pies contra la madera hacían el ruido que nos había llamado la atención.

Súbitamente le cogí por la cintura y lo levanté mientras Holmes y Pycroft desataban los tirantes que habían penetrado en la lívida carne del cuello. Lo condujimos al despacho, y vimos á nuestros pies, con los ojos fuera de las órbitas, los labios amoratados, el cuerpo convulso, al poco antes flamante director.

Yo me incliné sobre él y lo examiné minuciosamente. El pulso era muy débil, pero su respiración se tranquilizaba poco á poco.

—¿Cómo le encontráis?—preguntó Holmes.

—Ha estado á dos dedos de la muerte—respondí,—pero ya está salvado. Abrid la ventana y alargadme aquella gorra.

Le desabroché el cuello. Le rocié con agua fría la cara y le moví los brazos hasta lograr que la respiración se normalizara.

—Ahora sólo es cuestión de tiempo—dije levantándome.

Holmes, que estaba de pie junto á la mesa, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza gacha, dijo :

—Hay que llamar á la policía. Sin embargo, me hubiera gustado poder darles detalles más completos.

—No lo entiendo—murmuró Pycroft rascándose pensativo la cabeza.—¿Qué necesidad tenían de alejarme de Londres?

—¡Bah! Eso es muy claro—respondió Holmes despreciativamente.—¡Ojalá lo fuera también este desenlace!...

—¿De manera que veis claro lo otro?

—Sí. Hay dos hechos innegables. El primero es el de haceros firmar esa declaración de que aceptabais el puesto de director en la Compañía Franco Midlandesa. Ya sabéis que desde el punto de vista financiero, son inútiles esos documentos. La razón, pues, de exigirlos tal cosa, es que necesitaban tener una muestra de vuestro carácter de letra, y únicamente por ese medio podían obtenerla.

—¿Y para qué?

—Ahí está el quid. ¿Para qué? Cuando lo sepamos ya no faltará nada por averiguar. Evidentemente alguien tenía interés en conocer vuestro carácter de letra y para ello se valieron de esta estratagema. Respecto al segundo he-

cho, consiste en que el señor Pinner os exigió la promesa de que no escribiríais á la casa Nawson para tener la certidumbre de que otro podría presentarse impunemente con vuestro nombre en dicha casa.

—¡Gran Dios! —exclamó Pycroft.—¡Qué tonto he sido!...

—Lo comprendéis ahora. Si uno cualquiera se hubiera presentado diciendo que era Hall Pycroft sin tomar antes esa precaución, le habrían descubierto inmediatamente. ¿Estáis seguro de que no os conoce nadie en la casa Nawson?

Nadie en absoluto.

—Muy bien. Sólo faltaba, pues, alejaros de Londres para evitar cualquier tropiezo ó mala idea vuestra, y para ello os hicieron venir á Birmingham sujetándoos con el cebo de las cien libras.

—Pero ¿por qué ese hombre ha fingido que eran dos hermanos?

—Y lo son, ciertamente. Aquí está uno. El otro ocupa vuestro lugar en la casa Nawson. Este fué el que os ofreció el destino, y luego, comprendiendo que era indispensable fingir un jefe y que era peligroso servirse de una tercera persona, decidió representar él mismo el papel. Cambió lo que pudo su rostro, y sin esa casuali-

dad del diente orificado, á estas horas continuarais creyendo que éste era hermano del que conocisteis en Londres.

Hall Pycroft levantó los brazos al Cielo.

—Entonces... Dios mío, ¿qué hará entretanto el otro? ¿Qué me aconsejáis que haga, señor Holmes?

—Telegrafiar en seguida á Nawson.

—Los sábados cierran al mediodía.

—No importa. Alguien se quedará de guardia.

—Sí; hay siempre un vigilante á causa de los valores que tienen en depósito.

—Perfectamente. Vamos al telégrafo. Pero la verdad, no me explico qué motivo habrá podido tener ese hombre para...

—¡El periódico!—gimió roncamente una voz detrás de nosotros.

Nos volvimos apresuradamente. El suicida se había incorporado. La vida volvía poco á poco á sus miembros, y el cerebro empezaba á pensar de nuevo.

—¡El periódico!—exclamó Holmes en el colmo de la agitación.—¿Cómo no se me había ocurrido antes? Ahí debe estar el secreto.

Cogió ansiosamente el periódico y prorrumpió un grito.

Mirad, Watson, es el *Evening Star*, de Lon-

dres. Esto es lo que buscamos. «Crimen en la »Cité. Una muerte en la casa Nawson y Williams. Tentativa de robo. Detención del culpable.» Tened, Watson, leamos eso en alta voz.

A juzgar por el espacio que consagraban al suceso, debió causar honda sensación en Londres. He aquí lo que decía:

«Una audaz tentativa de robo, acompañada »de asesinato, ha tenido lugar esta tarde en la »Cité. Desde hace algún tiempo, la renombrada casa de banca de Nawson Williams tenía »valores en depósito que ascendían á la enorme »cantidad de un millón de libras esterlinas. Con »este motivo, el director había comprado cajas »de caudales del sistema más perfeccionado, y »junto á ellas había constantemente un vigilante armado hasta los dientes. Parece ser que la »semana última entró en la casa un nuevo dependiente llamado Hall Pycroft, y que no era »otro que el famoso falsificador Beddigton, que »en unión de su hermano, acaba de cumplir una »condena de cinco años. Por medio de una »estratagema no conocida aún, logró obtener, bajo el nombre de Hall Pycroft, un destino en la »casa, y esto le permitió procurarse llaves falsas y conocer perfectamente la posición del »cuarto donde están las cajas de valores.

»Todos los sábados los empleados de la casa
»Nawson salen al mediodía, para no regresar
»hasta el lunes siguiente. Por eso el agente Tu-
»son quedó sorprendido al ver salir á la una y
»veinte un hombre con un saco de viaje en la
»mano. Sospechando de él, lo siguió, y, auxi-
»liado por el agente Pollock, consiguió detener-
»lo después de una desesperada resistencia. In-
»mediatamente vieron que se había evitado un
»robo de una audacia y de una importancia in-
»creíbles. Cerca de cien mil libras en acciones
»de los ferrocarriles americanos, y en valores
»de otras compañías, fueron encontrados en el
»saco.

»El examen de las oficinas hizo descubrir el
»cadáver del infeliz vigilante; doblado sobre sí
»mismo y encerrado en una de las cajas de cau-
»dales. La víctima tenía roto el cráneo, por un
»golpe que debió ser dado con un hierro de gran
»peso. Sin duda, Beddigton debió sorprenderlo
»por detrás, y después de matarle, vació la caja
»y volvió á llenarla con el cadáver. Se cree que
»el hermano del asesino no haya intervenido en
»este crimen, á pesar de lo cual la policía le
»busca activamente.»

—Vaya, de algo hemos de servir—exclamó
Holmes, mirando al miserable, tendido al pie
de la ventana.—Verdaderamente la naturaleza

humana es una curiosa mezcla de buenos y ma-
los sentimientos. Ahí tenéis ese bandido, capaz
de los mayores crímenes, y que, no obstante,
se quiere suicidar al saber la desgracia de su
hermano. Pero no divaguemos, y mientras Wat-
son y yo quedamos aquí vigilándole, tened la
amabilidad de avisar á la policía, señor Pycroft.

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

Sherlock Holmes era uno de los hombres más esmerados y más correctos en el vestir y en su conversación ; pero en cambio, y por un contraste inexplicable, era en la vida íntima tan desordenado, que causaba la desesperación de todos los patrones y patronas de casas de huéspedes. A pesar de que yo, habituado al rudo vivir del Afganistán, tenga hábitos un tanto apartados de la seriedad que debe tener un doctor, no lo son tanto que tenga como Sherlock Holmes los cigarrillos en la cockera, el tabaco picado en una zapatilla turca y sujete las cartas por contestar con un cuchillo sobre la puerta.

Sin embargo, esto no es nada en comparación de otras cosas más graves ; como, por ejemplo, dibujar en la pared á balazos un patriótico V. R., demostrando que también puede ejercitarse

en una habitación, y sentado cómodamente, el *sport* de tirar al blanco.

Nuestro cuarto estaba siempre lleno de chimbolos de química y de otras mil cosas, entre ellas piezas de convicción, que guardaba aquí y allá, lo mismo sobre una sombrerera que en el tarro de la manteca. Pero lo que me molestaba más eran los papeles que se amontonaban por todas partes y lo cubrían todo. Holmes no rompía ningún documento, ninguna carta, ningún periódico, y mucho menos, refiriéndose á algún asunto judicial. Sin embargo, cada año, ó cada dos años—más bien esto último,—hacía un violento esfuerzo y procuraba ordenar aquella papelería, quedándose con lo más importante, dudando mucho antes de romper alguna cosa.

Creo haber dicho en alguna parte de estas mis incoherentes Memorias, que el carácter de Sherlock Holmes era de los más inconsecuentes que he conocido. Tan pronto desplegaba inusitada energía y actividad increíble, como dejábase caer perezosamente sobre un sofá y dejaba correr las horas y los días, con un libro en la mano, adormeciéndose con las suaves y nostálgicas melodías de un violín. Durante estos períodos de agotamiento, de cansancio, costábale trabajo hasta arrastrarse hacia la mesa para comer. Así se comprende que los papeles fueran

poco á poco ganando el cuarto, los muebles y hasta nosotros mismos.

Una tarde de invierno en que estábamos sentados junto á la lumbre y dejábamos vagar la mirada á la zaga del humo de nuestros cigarros, le propuse tímidamente á Holmes que aprovecháramos las horas que teníamos libres para poner un poco de orden en el cuarto.

Como mi petición era muy razonable, Holmes no pudo negarse á ella, y levantándose se dirigió, murmurando, á la alcoba. Al poco rato volvió arrastrando una caja de metal.

La puso en medio de la habitación, y sentándose en un taburete levantó la tapa. Entonces pude ver que estaba llena de papelotes, fuertemente atados.

—Si supiérais, Watson—me dijo maliciosamente,—cuántas historias hay aquí y qué interesantes son algunas de ellas, me parece que en vez de aconsejarme que las rompiera ó las...

—¿Qué?—interrumpí.—¿Se refieren esos papeles al principio de vuestra carrera? Ya sabéis cuántos deseos tengo de conocer todo lo de esa época.

—Efectivamente, querido. Todos estos papeles son anteriores á nuestra amistad. Entonces no os tenía por historiador,

Y mientras hablaba, iba sacando con cuidado un paquete después de otro.

—No todos fueron éxitos, amigo Watson, pero en algunos de ellos hay detalles curiosísimos. Este paquete se refiere al crimen de Tarleton; este otro al de Vamerry el vinatero. Aquí está también la aventura de aquella rusa vieja que... Aquí tengo documentos relativos al caso del cojo Rigoletti y de su *encantadora* esposa... ¡Hombre! Aquí hay una cosa curiosísima.

Y hundiendo el brazo hasta el fondo sacó una cajita de madera con tapa de metal y de ella extrajo un trozo de papel arrugado, una llave antigua de cobre, un pedazo de percha de madera con un ovillo de bramante y tres monedas antiguas.

—¿Qué os parecen estas curiosidades?—dijo Holmes sonriendo ante el asombro que traslucían mis facciones.

—Que es una colección muy extraña.

—Rarísima. Y mucho más la historia que se relaciona con ella.

—¿Entonces tienen un valor?...

—Histórico, querido, histórico.

—¿Cómo histórico?

Sherlock Holmes las fué poniendo una á una sobre la mesa; luego se sentó de nuevo, y mi-

rándolas con aire de satisfacción, contestó con lentitud:

—Esto es lo único que me queda de «El Ritual de los Musgrave.»

Más de una y de dos veces le había oído hablar de este asunto; pero nunca me enteró de él detalladamente.

—Ya sabéis que tengo grandes deseos de conocer esa aventura.

—Y, sin embargo—dijo maliciosamente,—queríais que rompiera estos papeles. Confesad, amigo Watson, que hace falta bien poco para quitaros de la cabeza la manía del orden. Pero no soy rencoroso y tendré sumo gusto en que figure esta narración en vuestros recuerdos, porque es una de las más interesantes.

Otro día os relataré la historia del *Gloria Scott* que fué el punto de partida de mi carrera. Me habéis conocido cuando ya tenía cierta reputación y me empezaban á considerar como una especie de «Extremaunción» que únicamente se llama en los casos desesperados; por lo tanto, no podéis imaginaros mis días tristes y sombríos cuando luchaba por salir de la obscuridad y conquistarme esta posición de la cual estoy tan contento.

Recién venido á Londres, alquilé un cuarto en la calle de la Montaña, próximo al British

Museum, y dediqué mis ocios al estudio de las ciencias, que consideraba útiles el día de mañana. De vez en cuando alguno de mis antiguos compañeros se acordaba de mí y de mi chifladura deductiva ó investigadora, y me confiaba algún asunto de difícil resolución. El tercero de estos asuntos fué justamente «El Ritual de los Musgrave,» y que fué el primer escalón de mis futuras victorias, no tanto por la habilidad que desplegué en él, sino por el interés que causó en el público, dada la posición de las personas comprometidas en él y lo misterioso de sus principios.

Reinaldo Musgrave fué compañero mío de colegio, y sin llegar á la intimidad, nuestra amistad fué bastante afectuosa. Tenía pocas simpatías entre los demás camaradas, por cierta reserva de palabras y de acciones que atribuían á orgullo y que yo juzgaba hija de una gran timidez. Era un mozo esbelto y muy distinguido, de nariz aguileña y ojos grandes y soñadores. Era el último vástago de una de las más nobles y antiguas familias del reino; los Musgrave, que á mediados del siglo xvi establecieron al Oeste del Sunex, en la mansión señorial de Urlestone. Y era tanto el aristocrático aspecto de su figura, que yo no podía mirar sus ojos de ensueño, su boca exquisitamente dibuja-

da y sus manos finas, sin evocar las ojivas bordadas por el musgo y los puentes que sintieron la pesadumbre de los hombres de armas, y las almenas doradas por el sol de la tarde que también hacía centellear los cascos y las puntas de las lanzas. Recuerdo que muchas veces paseábamos juntos y que á él le interesaban bastante mis observaciones y mi espíritu dado á las quimeras imaginativas.

Salimos del colegio, y habían pasado cuatro años sin saber el uno del otro, cuando una mañana vino en busca mía.

No había cambiado nada. Vestía con igual corrección y acatamiento de la moda que antes, y sólo sus ojos eran más tristes y más severo su continente.

—¿Qué ha sido de vos, querido Musgrave?— le dije, después de estrecharnos las manos afectuosamente.

—Supongo os enterarías que mi padre murió hace dos años próximamente—respondió él.— Desde entonces, entre mis deberes de diputado y el atender á mis haciendas, empleo de tal manera el tiempo, que no me sobran muchos minutos para consagrarles á mis antiguas amistades. Sin embargo, he seguido vuestros triunfos, y he visto que habéis progresado maravillosa-

mente, utilizando aquellas cualidades que tanto me admiraban.

—Realmente—respondí,—no puedo quejarme. Lo que empezó siendo una distracción de niño, es ahora lo que da para vivir.

—No sabéis cuanto me alegro de ello, aunque sólo sea por egoísmo. Necesito vuestra ayuda, querido Holmes, para resolver un grave problema, ante el cual se han estrellado los más diestros policías y que considero de lo más extraordinario que dar se puede.

—Hablad—dije lleno de impaciencia,—y no olvidad un solo detalle.

Reinaldo Musgrave se sentó frente á mí y encendiendo un habano, principió su narración.

—Aunque soltero, llevo una vida muy costosa, pues las comodidades á que estoy acostumbrado y la extensión de mis tierras y de mi casa, requieren bastante servidumbre.

En la actualidad se compone ésta de ocho criadas, un mayordomo, dos lacayos, ayuda de cámara y un *groom*, sin contar la gente empleada en las cuadras y en los trabajos agrícolas. El mayordomo, Brunton, entró muy joven en la casa y supo hacerse indispensable á los pocos meses de hallarse en ella. Era un mozo de buena figura, inteligente y dispuesto para el trabajo. Joven todavía, pues no representaba más de

cuarenta años y llevaba más de veinte en Urlestone,—resultaba agradable su compañía; pues, á su varonil belleza, unía, como he dicho antes, un cerebro privilegiado, conocía varios idiomas y era versadísimo en el arte de la música.

No es raro que con estas condiciones, y dada la pequeñez de ambiente que hay en una provincia, Brunton buscara el lado feliz de la vida, y lo lograra, conquistando mujeres.

Sí, nuestro mayordomo era un temible «Don Juan.» Durante los años en que vivió su mujer fué bastante comedido, pero en cuanto enviudó, comenzaron los caprichos y las mujeres amadas hoy y despreciadas mañana. Hace algunos meses, todos creímos que volvería á casarse, pues se puso en relaciones con una de las doncellas, llamada Raquel Howells; pero de improviso riñeron y el seductor se enamoró, ó fingió enamorarse, de Juana Oregelhis, la hija de uno de mis guardas. Raquel era fuerte como las mujeres bíblicas, pero de un temperamento tan impresionable y nervioso, que esta ruptura le causó un ataque cerebral. Hace algunos días aún la he visto por las habitaciones de la vieja casa señorial, pero andaba apoyándose en las paredes y en los muebles, pálida y silenciosa como un espectro. Aquí comenzaba el primer acto

del drama ; el segundo fué mucho más emocionante y misterioso.

Y ahora, antes de estos dos actos, hablemos del prólogo. Ya os he dicho que Brunton era hombre de rara inteligencia, y esta distinción suya ha sido la causa de su ruina. Desde poco tiempo á esta parte nació en él una insaciable ambición de saber cosas que le debían tener sin cuidado, y ya olvidó todas las conveniencias y las consideraciones.

Cierta noche de la semana pasada—el jueves, para precisarlo todo,—no pude conciliar el sueño, sin duda, porque cometí la torpeza de tomar una taza de café muy fuerte, después de la cena. Después de mucho luchar con el insomnio, y á eso de las dos de la madrugada, encendí una luz y me levanté para coger una novela que había empezado aquella tarde. Después de buscarla inútilmente, recordé que había dejado el libro en el salón del billar. Me puse apresuradamente una bata y salí de la alcoba.

Para llegar al billar hay que bajar una escalera y cruzar por un pasillo que conduce á la biblioteca y á la sala de armas. ¡ Imaginaos mi sorpresa al ver una luz encendida en la biblioteca !... Tenía la seguridad de que al salir había apagado la lámpara y cerrado cuidadosamente la puerta. ¿ Quién sería el que se hallaba dentro ?

Cogí al azar un hacha antigua de uno de los trofeos de armas que adornan los pasillos de Urlestone, y apagando mi vela me aproximé á paso de lobo hacia la puerta entreabierta. ¿ A quién diréis que vi ? A Brunton, al mayordomo, que, enteramente vestido y sentado en un sillón, estaba absorto en el estudio de una especie de plano que tenía sobre las rodillas.

Quedé mudo de asombro, y merced á la obscuridad en que me hallaba, pude observarlo todo, sin causar la menor sospecha. La vela, colocada sobre la mesa, iluminaba perfectamente su cara y sus ademanes. De pronto se levantó—y entonces vi que vestía todavía el traje de frac, lo cual probaba que no se había acostado,—y yendo hacia el escritorio colocado en el rincón, metió la mano en uno de los cajones, sacó un papel y volviéndose á sentar cerca de la luz se puso á examinarlo de igual manera que al anterior. Fué tal mi indignación al ver que un extraño se permitía hojear de semejante modo mis papeles de familia, que abandoné todo recato y entré en la habitación. Brunton levantó la cabeza y su cara se puso lívida ; después, levantándose, guardó el plano en uno de los bolsillos interiores.

— ¿ Así es como cumplís con vuestro deber y justificáis mi confianza ? — exclamé con voz co-

lérica.—Mañana mismo saldréis de esta casa.

Bajó la cabeza sin responder, y silencioso, con el semblante contraído y las manos temblorosas, pasó delante de mí y desapareció.

Entonces me aproximé á la mesa y con gran asombro vi que el papel que había sacado del escritorio no tenía importancia alguna. Era una copia de las preguntas y respuestas que desde tiempo inmemorial constituyen «el ritual de los Musgrave,» y que se pronuncian en la ceremonia de tomar posesión los Musgrave de sus derechos de mayor de edad. Es un documento que sólo tiene interés para nuestra familia y alguno que otro arqueólogo, pero que en la vida práctica es enteramente inútil.

—Si no tenéis inconveniente, ya volveremos á hablar de ese documento.

—Bueno ; pero dejadme continuar mi narración. Cerré el escritorio utilizando la llave que había dejado Brunton, y ya me disponía á salir cuando con gran asombro mío vi en el umbral de la puerta al mayordomo.

—Oid, señor Musgrave — exclamó con voz temblorosa, —yo no puedo soportar una desgracia semejante. Yo he sido y soy muy orgulloso, demasiado para mi clase, lo reconozco, y esta humillación me mataría y hasta toda mi sangre subiría al cerebro y... no sé, no sé... Es muy

lógico que no queráis que continúe á vuestro servicio después de lo sucedido ; pero no me echéis, por el amor de Dios ; dejad que transcurra un poco de tiempo y parezca que soy yo el que se despide... Reflexionad que mi reputación...

—No merecéis consideración alguna, Brunton—respondí.—Vuestra conducta ha sido indigna. No obstante, y teniendo en cuenta que lleváis mucho tiempo en mi casa, os concedo ocho días, durante los cuales podréis inventar cualquier pretexto que justifique vuestra salida de Urlestone.

—¿Nada más que una semana, señor?—exclamó.—Dadme siquiera quince días... os lo ruego, quince días.

—No. Una semana. Y es demasiado para lo que merecéis.

Seguro de que no había de lograr más, agachó la cabeza y, girando sobre sus talones, desapareció en la obscuridad. Yo apagué la luz y regresé á mi cuarto.

Los dos días siguientes, Brunton cumplió sus obligaciones como nunca, excediéndose en su acostumbrada laboriosidad. Yo estaba muy intrigado por lo que había resuelto ; pero á pesar de ello, no le hice alusión alguna acerca del incidente. Al tercer día, Brunton no vino, según

costumbre, á recibir órdenes. Al salir yo del comedor, después del desayuno, encontré en el pasillo á Raquel Howells. Me pareció más pálida y más débil que nunca y la regañé suavemente por no cuidarse.

—Debíais guardar cama—dije,—y cuando os encontrarais un poco más fuerte volveríais al trabajo.

Se me quedó mirando con una expresión tan rara que temí hubiera perdido la razón.

—Ya estoy bastante bien, señor.

—Bueno, bueno, ya veremos lo que dice el médico. Por ahora no os ocupéis de nada, y si halláis á Brunton decidle que vaya á mi cuarto.

—El mayordomo no está en casa, señor.

—¡Cómo! ¿Pues dónde está?

—No se sabe. Nadie le ha visto salir... Ha marchado, ha marchado; sí, ha marchado...

Se echó á reir con una risa convulsiva, y su cabeza rebotó sobre la pared al buscar apoyo para no caer al suelo. Me abalancé al cordón de la campanilla, pidiendo auxilio. Vino gente, y sujetándola entre varios, consiguieron llevarla á su cuarto y acostarla. Mucho rato se extendieron por los corredores y los cuartos sus gritos y sus risas. Entretanto, procuré enterarme del paradero de Brunton. Nadie le había visto salir. Su lecho se hallaba intacto. La última vez que

le vieron fué la noche anterior, cuando subía á acostarse. Por la mañana ya no estaba, y no obstante, las puertas y las ventanas permanecían herméticamente cerradas. Las ropas, el reloj y hasta el dinero estaban en el cuarto. Únicamente faltaban el frac negro que llevaba durante el día y las zapatillas.

Registramos toda la casa y los alrededores, sin hallar rastro alguno. Creo haberos dicho que Urlestone es un verdadero laberinto, sobre todo, la parte antigua que no habita nadie; por consiguiente, lo recorrimos cuidadosamente desde los desvanes, hasta las cuevas. Nada. Realmente era muy extraño que hubiese partido, dejando todo lo que poseía. Pero de no ser así, ¿dónde diablos podía estar? Dí parte á la policía y comenzaron de nuevo las pesquisas con idéntico resultado que antes. Y así hubiéramos seguido á no ocurrir un accidente que nos hizo olvidar, en parte, la desaparición del mayordomo.

Durante dos días tuvo Raquel tales ataques de nervios y tales delirios, que hubo que ponerle enfermera. La tercera noche, después de la desaparición de Brunton, viendo la enfermera que Raquel dormía tranquilamente, se sentó en un sillón, y poco á poco el sueño le fué venciendo. A la madrugada despertó, ¡y cuál no sería

su asombro al ver el lecho vacío, la ventana abierta y que Raquel había desaparecido!... Me despertaron en seguida, y acompañado de dos lacayos seguí las huellas de la fugitiva, cosa no muy difícil, porque al pie de la ventana veíanse claros y distintos los pasos de la doncella. Guiados por ellos salimos del jardín, y llenos de dolor nos paramos al borde del lago.

Allí cesaban las huellas. En seguida se nos ocurrió dragar en los ocho pies de profundidad que tiene el lago. Pero no hallamos más que una cosa inesperada. Los garfios sacaron un saco dentro del cual se encontraron varios trozos de roñoso metal y algunos guijarros y cristales rotos.

Desde entonces no hemos vuelto á saber nada de Raquel Howells ni de Ricardo Brunton. La policía está desorientada, y yo, más desorientado todavía, he determinado acudir á vos para que ayudéis á aclarar este misterio.

Comprenderéis, amigo Watson, con qué interés escuché la narración de Musgrave y la serie de conjeturas que hice mientras hablaba. Cuando concluyó ya tenía yo sentados los hechos siguientes: Brunton había desaparecido; Raquel también. Ambos tuvieron relaciones, y en ella el odio debió sustituir al amor. Raquel manifestó una agitación muy grande después

de la desaparición del mayordomo. Raquel arrojó al lago un saco lleno de objetos extraños. Ahora bien: ¿cuáles eran las causas de estos hechos? Y recordando de repente el punto inicial, le dije á Musgrave:

—Necesito ver el documento que estudiaba Brunton en la biblioteca cuando lo sorprendisteis.

—Ese ritual—respondió,—sólo es una serie de tonterías, disculpables únicamente por su antigüedad. Aquí traigo una copia de él.

Y me entregó este papel que veis, querido Watson, y que contiene las preguntas y respuestas á que deben someterse los Musgrave cuando cumplan la mayor edad. Escuchad:

P.—¿A quién pertenece?

R.—Al que marchó.

P.—¿A quién pertenecerá?

R.—Al que venga.

P.—¿En qué mes fué?

R.—En el sexto después del primero.

P.—¿Dónde se hallaba el sol?

R.—Sobre el roble.

P.—¿Dónde estaba la sombra?

R.—Sobre el olmo.

P.—¿Cómo lo mediríais?

R.—Diez y diez hacia el Norte, cinco y cinco

había el Este, dos y dos hacia el Sur, uno y uno hacia el Oeste y por debajo.

P.—¿Qué daríais por ello?

R.—Todo cuanto nos pertenece.

P.—¿Por qué?

R.—Porque nos ha sido confiado.

El original no tiene fecha; pero á juzgar por su ortografía debe ser de mediados del siglo XVII —dijo Musgrave.—Temo que no sirva para resolver el problema.

—De todos modos—respondí,—esto nos presenta otro misterio mucho más interesante que el anterior. Y hasta creo que aquí está la clave de todo.

—No entiendo—murmuró mi amigo,—yo creo que eso no tiene importancia alguna.

—Yo, en cambio, lo considero de una importancia capital y tengo la seguridad de que Brunton opinaba lo mismo que yo. Indudablemente, cuando lo sorprendísteis, no era la primera vez que leía el Ritual.

—Es posible. Nunca lo ocultamos, ni creímos que debiera ser un secreto.

—Creo haberos oído decir que el mayordomo comparaba el manuscrito con un plano que guardó en el bolsillo cuando le sorprendísteis, ¿no es eso?

—Eso es. Pero, ¿para qué le iba á servir esta majadería?

—Creo que lo sabremos muy pronto. Si os parece bien, debemos salir en seguida para Sunnesh y ya sobre el terreno os podré responder con mayor claridad.

Aquel mismo día llegamos á Urlestone. Como ya debéis conocer esta antigua casa por las descripciones y reproducciones que se han hecho de ella, únicamente os diré que forma una especie de L. El ala más larga es la más reciente; la corta forma la parte antigua. Sobre una de las puertas se halla grabada la fecha 1607, pero los peritos aseguran que la construcción del edificio debe ser de una época mucho más antigua. El gran espesor de los muros, la exigüidad de las ventanas obligaron en el siglo anterior á la familia Musgrave á construir un nuevo edificio y utilizar el viejo como guardamuebles y como desván.

Un soberbio jardín de añosos árboles circunda la casa y á doscientos metros de ella está situado el lago.

Yo tenía la evidencia, querido Watson, de que no había en este asunto tres misterios distintos, sino un solo y único problema, y que si acertaba á descifrar el «Ritual de los Musgrave», tendría inmediatamente la clave del enigma, y

sabrían donde estaban Brunton y Raquel Howells. Sin duda alguna, si el mayordomo se entregó con tanto afán al estudio de ese documento, debió ser porque su claro talento le hizo ver algo que pasó inadvertido á varias generaciones de Musgraves, campesinos é ignorantes, y porque pensaría obtener alguna ventaja de aquel descubrimiento.

Releyendo el manuscrito comprendí que aquellas indicaciones de sitios y aquellas medidas debían referirse á un punto determinado, en el cual había—según las últimas preguntas y respuestas,—algo importantísimo, puesto que los Musgrave lo ocultan con tan extraordinarias precauciones.

Teníamos dos puntos de partida : un roble y un olmo. El roble veíase bien claramente á la izquierda de la casa. Era el más viejo de todos los demás árboles y uno de los más magníficos que he visto en mi vida.

—¿Existía este árbol cuando se redactó el ritual?—interrogué á mi amigo.

—Probablemente debía existir ya en la época normanda—contestó.—Tiene veintitrés pies de circunferencia.

—¿Y olmos? ¿Tenéis olmos también?—interrogué lleno de ansiedad.

—Había uno muy viejo allá abajo. Pero haré

unos doce años lo partió un rayo, y mi padre lo hizo derribar.

—¿Podríais indicarme el sitio donde estuvo?

—Ya lo creo.

—¿Y no existen más olmos en la posesión?

—Tan viejos como aquél, ninguno. Lo que más abundan son hayas.

—¿Queréis que vayamos á ver el lugar donde estuvo el olmo?

Reinaldo Musgrave no me contestó, y tirando de las riendas dirigió el *tilbury* hacia el punto indicado. Era sobre poco más ó menos la mitad del espacio que había entre el roble y la casa.

—¿Y ahora ya nos será imposible saber la altura que tenía este olmo, verdad?

—Sesenta y cuatro pies.

—¿Cómo lo sabéis con esa certeza?—interrogué asombrado.

—Cuando mi antiguo preceptor me planteaba algún problema de trigonometría, casi siempre se referían á calcular alguna altura; así es que en poco tiempo conocí las de todos los árboles y las casas de Urlestone.

Esta revelación tuvo incalculable importancia para mí. Los hechos me iban dando poco á poco la razón.

—¿Y vuestro mayordomo, nunca os hizo esta misma pregunta?

Mi amigo me miró sorprendido.

—Ahora que lo decís, recuerdo que, en efecto, Brunton me preguntó hace tres meses la altura de ese árbol, á raíz de una discusión con el *groom*.

Comprenderéis, amigo Watson, que después de esta respuesta desaparecieron todas mis dudas, si alguna me podía quedar; estaba sobre la verdadera pista. Miré hacia el sol y calculé que, pasada una hora se hallaría sobre la copa del roble, y de este modo se llenaría una de las condiciones del ritual. La sombra del olmo debía ser, según mi criterio, el sitio donde la línea de sombra se detenía en el instante en que el sol rasaba la copa del roble. Ahora bien; esta era la parte más difícil, puesto que el olmo no existía. Sin embargo, puesto que Brunton, dió con la solución, yo, que no me creía inferior á él, también sabría hallarla.

Entramos en el despacho de Musgrave y aproveché la hora que faltaba para que el sol estuviera en el sitio marcado, atando á este pedazo de madera esta cuerda, cuyos nudos marcan entre sí la distancia de un metro. Luego cogí dos cañas de pesca y uniéndolas fuertemente por los extremos, obtuve una altura exacta

de seis pies. En seguida le supliqué á mi amigo que volviéramos al sitio donde estaba el olmo.

El sol comenzaba á dorar la copa del roble. Hundí la caña en el suelo y medí la sombra proyectada. Tenía nueve pies.

El resto era sencillísimo. Bastaba establecer una proporción. Si una caña de seis pies proyectaba una sombra de nueve pies, un árbol de 64 proyectaría una sombra de 96. Medí, por lo tanto, 96 pies siguiendo la dirección de la sombra, y al llegar al último, clavé una estaca, notando con mucha alegría que la tierra había sido removida recientemente. Estábamos sobre la pista de Brunton. Hecho esto, y con la brújula de bolsillo en la mano, conté diez pasos hacia el Norte, después cinco pasos hacia el Sur, luego dos menos hacia el Oeste... y me encontré en uno de los soportales.

Jamás me he sentido tan contrariado como en aquel instante. Al principio creí que me había equivocado en los cálculos; pero repitiéndolos, me convencí de lo contrario. Si no mentía el ritual, allí, en aquellas piedras, se hallaba la clave del enigma. Los últimos rayos del sol, que caía de lleno sobre el suelo, no mostraba la menor juntura. Dí una patada y el sonido fué macizo, seco. De improviso, Musgrave, que ha-

bía sacado el documento para comprobar la certeza de mis cálculos, dió un grito.

—¿Y por debajo? Mirad, Holmes, os habéis olvidado de estas tres palabras: «Y por debajo.»

Me dí una palmada en la frente, y con voz temblona, llena de ansiedad, interrogué:

—¿Hay alguna cueva aquí debajo de nosotros?

—Sí, y tan antigua como la casa. Venid; por aquí.

Descendimos una escalera de caracol. Y á la luz de una linterna que sostenía Musgrave con el brazo en alto, vimos que no éramos los primeros que entraban en aquel sitio.

Aquella cueva servía de almacén de leña; pero los maderos que ordinariamente se extendían sin orden ni concierto habían sido amontonados junto á las paredes dejando un espacio libre en el centro. En este espacio había una losa ancha con una argolla orinienta, á la cual estaba arrollada una bufanda de cuadros.

A petición mía vinieron dos policías como testigos y entre los tres conseguimos levantar la piedra, valiéndonos de la bufanda.

Ante nosotros apareció un agujero negro, al cual dirigimos ansiosamente las miradas, mientras Musgrave, arrodillado en el borde, procu-

raba verter la luz de la linterna en aquella especie de pozo.

Al cabo de un rato, habituada ya la vista, distinguimos una habitación no muy grande y una caja arrimada á la pared. Era un cofre de madera, forrado de cobre y con la tapa levantada.—Esa llave tan roñosa es la que había en la cerradura.—Todo ello estaba cubierto de mo-
ho y los gusanos habían roído la madera por varios sitios y unos hongos erguían sus cabezas redondas y carnosas. En el fondo del cofre únicamente se veían unos pedazos de metal que parecían monedas.

Pero lo que atrajo inmediatamente nuestras miradas fué un cuerpo humano, encogido junto al cofre. La cabeza, que una violenta congestión deformó completamente, yacía sobre el borde, y los brazos se levantaban para clavar las manos en la tapa musgosa.

Todos reconocimos al mayordomo Ricardo Brunton. Cuando le sacamos de allí y se le reconoció, vimos que había muerto hacía ya mucho tiempo; pero sin que herida ni contusión alguna nos indicara el género de muerte. Confieso, amigo Watson, que después del descubrimiento quedé más intrigado que nunca. Había descubierto el secreto del ritual; había hallado el cadáver del mayordomo; pero ¿quién era el

asesino y qué papel jugaba en el drama la doncella Howells? Y sentándome en un tonel procuré aislarme de todo y quedar á solas conmigo mismo. Ya conocéis mi sistema. Cuando me encuentro en un caso de éstos, procuro perder mi personalidad y tomar las de las personas que han intervenido directamente en los sucesos, y analizo cómo obraría siendo de igual modo que ellos y encontrándome en idénticas circunstancias. Así hice en aquella ocasión; Brunton había sorprendido el secreto de un tesoro, y siguiendo las indicaciones marcadas en el ritual, llegó hasta la cueva. Ahora bien; la losa aquella era demasiado pesada para que la pudiera levantar un hombre solo. Debió tener un instante de vacilación. ¿A quién pedir ayuda sin peligro de ser descubierto? Entonces pensó en Raquel, la cual estuvo muy enamorada, y como todo hombre, por muchos disgustos que haya causado á una mujer, no cree que ésta deje de quererle, debió hacer las paces con ella. Cuando llegó la noche bajaron á la cueva, y entre los dos levantaron la losa. ¿De qué medios se valieron? Para saberlo examiné con cuidado los leños diseminados alrededor; uno de ellos, de cerca de tres pies de largo, tenía una profunda hendidura en la punta, y algunos otros ofrecían señales de haber soportado un enorme peso. In-

dudablemente fueron introduciéndolos á manera de cuña, conforme levantaban la piedra, hasta dejar un espacio para pasar.

Únicamente me quedaba el drama por reconstituir. Brunton fué el único que bajó y le entregó el contenido del cofre á Raquel, que esperaba junto al orificio.

Algo muy trágico debió ocurrir entonces. En el alma de la joven surgieron los desdenes pasados, la amargura de aquel desamor, y apareció la venganza. Brunton—que sin duda abusó de ella,—estaba en su poder. No tenía más que retirar uno de los leños y la losa volvería á su posición natural, enterrando al mayordomo. También podía suponerse que únicamente la casualidad fuera la causa del crimen. Sin embargo, recordando el semblante espantado de Raquel y los ataques de histerismo que le obligaron á guardar cama, me ratifiqué en la primera de mis hipótesis. Por último, y esto demostraba una vez más la culpabilidad de la doncella, los objetos hallados en el saco del estanque constituían, sin duda, el contenido del cofre.

De improviso, Musgrave me arrancó de mí ensimismamiento.

—Estas monedas tienen la efígie de Carlos I—dijo mostrándome una de ellas.—Ya véis que

no me había equivocado atribuyendo esa fecha al documento.

—¡ Ah ! Pues entonces me parece que vamos á hallar otra cosa de la misma época.

Y saliendo de la cueva subimos al despacho y volvimos á examinar los objetos hallados en el estanque. Cogiendo uno de ellos los froté fuertemente contra las mangas y brilló intensamente.

—Recordaréis—dije á Musgrave,—que el partido realista subsistió en Inglaterra hasta después de la muerte del Rey, y que al huir los miembros de este partido dejaron muchos objetos preciosos con intención de volver á recogerlos cuando vinieran otros tiempos mejores.

Mi amigo asintió.

—Sí, un antepasado mío, sir Ralph Musgrave, fué uno de los más adictos caballeros de Carlos II.

—Muy bien—contesté.—Ya está aclarado todo.

Y tomando una entonación solemne, añadí :

—Querido Musgrave : tengo el honor de felicitaros por haber entrado en posesión de una reliquia que, aunque no tiene un gran valor intrínseco, es inapreciable desde el punto de vista artístico.

—¿ Qué queréis decir?—exclamó mi amigo con gran asombro.

Yo entonces, repuse dándole el pedazo de hierro oriniento :

—Aquí tenéis la antigua corona de los Reyes de Inglaterra.

—¿ La corona ?

—Sí ; mirad el ritual : «¿ A quién pertenece ? —Al que marchó.»—Esto se escribió después de la ejecución de Carlos I. Después dice : «¿ A quién pertenecerá ? —Al que venga.»—Sin duda alguna, esta segunda parte se refiere á Carlos II. Ya veis que tengo razón asegurando que, en tiempos lejanos, esta diadema, que hoy parece de hierro, brilló con reflejos áureos sobre la frente real de los Stuardos.

—¿ Y cómo se hallaba en el fondo del estanque ?

—Voy á explicároslo.

Y comencé á desarrollar la larga serie de deducciones que hice en la cueva. La luna vertía su luz plata sobre los campos, y un silencio augusto se ensanchaba á nuestro alrededor cuando dije la última palabra.

—Entonces, ¿ cómo no recobró Carlos II la corona cuando regresó á Inglaterra ?

—Tal vez eso es lo único que no sabremos nunca. Probablemente el antepasado vuestro,

que conocía este secreto, se olvidó de dar la solución del documento que facilitaría el encuentro á sus descendientes. Desde entonces, el ritual fué transmitido de padres á hijos, hasta dar en manos de un hombre capaz de descubrir el tesoro, si bien á costa de su vida.

Tal es, Watson, la historia del Ritual de los Musgrave. La famosa corona consérvase en Urlestone; pero la justicia se mezcló en el asunto, y los Musgrave han tenido que pagar una fuerte suma para poseer esta corona.

Respecto á la mujer, no se ha vuelto á oír hablar de ella. Seguramente consiguió salir de Inglaterra y refugiarse en algún país lejano, donde residirá oyendo eternamente la implacable voz de su conciencia.

EL «GLORIA SCOTT»

Una tarde de invierno estábamos sentados junto al fuego Sherlock Holmes y yo. Mi compañero se entretenía revolviendo y hojeando papeles. Yo fumaba silenciosamente.

—Aquí hay, amigo Watson—dijo de improviso,—algo que os interesará. Son los documentos referentes al *Gloria Scott*, cuya historia prometí relataros cuando hablamos del «Ritual de los Musgrave», ¿os acordáis? Aquí tenéis la carta que causó la congestión del juez de paz Trevor.

Y mientras hablaba extrajo de un estuche, roído por el orín, un medio pliego de papel gris, sobre el cual estaban trazadas con lápiz las líneas siguientes: «Acabó nuestro depósito de caza para la risa. Ahora el guardabosque Hud-

»son ha recibido y dicho en su telegrama: *Todo y salvad el faisán hembra, vuestro favorito, el de la cabeza moñuda.*»

Yo levanté la cabeza estupefacto. Holmes sonreía irónicamente.

—Parece que os ha causado sorpresa esta cartita.

Me encogí de hombros.

—Como que no comprendo por qué causó la impresión que decís. Yo sólo veo unos cuantos párrafos incoherentes...

—Estoy conforme. Pero también es innegable que, leyendo esos párrafos, un viejo sano y fuerte cayó al suelo como herido de un maza-zo en el cráneo.

—¡Ah! Entonces debe ser interesantísima la historia.

—Algo. Fué la primera en que trabajé seriamente.

La ocasión deseada hacía tanto tiempo llegó por fin. Muchas veces supliqué á Sherlock que me contara, sin conseguirlo, los comienzos de su carrera de *detective*. Y hoy, sin yo pedirselo, mi amigo se arrellanó en el sillón, encendió la pipa y, con la mirada fija en las ondas humosas, comenzó á hablar.

—No creo que me hayáis oído hablar nunca de Víctor Trevor. Y, no obstante, éste fué el

único amigo íntimo que tuve durante mis dos años de colegio. Ya sabéis, Watson, que yo he sido toda mi vida algo refractario á la sociedad y encontré siempre más encanto en soñar á solas que en hablar en compañía. Pues bien; ya en el colegio principiaron á manifestarse estas manías. Aparte del boxeo y de la esgrima, mis estudios y mis aficiones no tenían nada de común con los de mis compañeros. Unicamente Trevor, como os dije antes, llegó á ser mi amigo, mi verdadero amigo.

El principio de nuestra amistad no pudo ser más vulgar ni más molesto. Una mañana, al dirigirme á la capilla, el *bull-terrier* de Trevor lanzóse sobre mí é hizo presa en una de las piernas. Caí enfermo y me vi obligado á guardar cama durante diez días. Al principio, Trevor no me hacía más que visitas cortas para enterarse del estado de mi salud y cruzábamos algunas palabras vulgares y corteses. Pero poco á poco fueron menudeando y alargándose, y cuando llegaron las vacaciones éramos los mejores amigos del mundo. Trevor era un mozo sanguíneo y fuerte, lleno de entusiasmo y de energía. Hablaba á gritos y reía con frecuencia, era, en una palabra, la antítesis de mi modo de ser. Tal vez por esto simpatizamos, y cuando me

invitó á pasar una temporada en Donnithorpe, en casa de su padre, acepté con agrado.

El señor Trevor era un hombre rico, que á fuerza de honradez y de rectitud había conseguido el puesto de juez de paz en aquel pueblo, donde todos le consideraban y le bendecían. Vivía en una casa antigua de ladrillo, á la cual se llegaba por un hermoso camino de tilos. Caza y pesca abundante en los alrededores. Una biblioteca no muy considerable, pero bien escogida, seguramente por el anterior propietario. Como comprenderéis, era un sitio agradable y encantador para pasar dos meses alejado de la ciudad y olvidado de sus molestos ajetreos.

El señor Trevor quedó viudo con dos hijos, Víctor y una muchacha, que á los pocos meses murió de la difteria en Birmingham. Dotado de una gran energía física y moral había suplido con ventaja su falta de cultura con la experiencia adquirida en sus viajes por tierras lejanas, donde hay que luchar cara á cara con la vida. Era alto y fuerte, la cabellera gris y rebelde, los ojos azules, de un azul frío y hostil, y sin embargo, Trevor tenía fama en la contornada de ser un hombre bueno y caritativo, lleno de indulgencia para los errores de los demás.

Una noche, después de cenar, mientras saboreaba una copa de Oporto, comenzó Víctor á

ensalzar mis manías deductivas y observadoras, que ya en aquella época estaban hondamente arraigadas en mí, aunque ignoraba que llegarían á constituir la única ocupación de mi vida. Sin duda alguna el viejo creyó que su hijo exageraba algo y me dijo con acento algo bonachón y un tanto irónico.

—¡ Hombre! A ver, señor Holmes, si acertáis algo de mi vida pasada.

—Por de pronto—respondí,—y aunque no estoy muy seguro de ello, me parece que desde hace un año teméis una agresión.

Trevor palideció y se me quedó mirando profundamente asombrado.

—Habéis acertado. ¿Recordáis, Víctor—prosiguió volviéndose hacia su hijo,—aquellos bandoleros del año pasado? Recordaréis que nos sentenciaron á muerte y que yo, desde entonces tomé mis precauciones, no me fuera á ocurrir lo que al pobre Eduardo Hobny. ¿Pero cómo demonios habéis podido descubrir eso, señor Holmes?

—Muy sencillo—contesté.— Usáis un bastón muy fuerte y casi nuevo; además le quitásteis el puño que tenía antes y le habéis puesto una bola de plomo. Por todas estas observaciones deduzco que desde hace algún tiempo teméis una agresión.

—Está muy bien. ¿Y qué más?—dijo sonriendo.

—Habéis boxeado mucho cuando joven.

—Efectivamente. Pero me parece que no me falta ningún ojo ni tengo la nariz rota para que...

—No hacen falta esas señales. Basta con observar que vuestras orejas son aplastadas y gruesas como las de todos los boxeadores.

—¿Y qué más?

—A juzgar por las callosidades de las manos, habéis manejado mucho la piqueta y la pala.

—Sí. Hice toda mi fortuna en las minas de oro.

—Habéis estado en Nueva Zelanda.

—Es cierto.

—Habéis estado en el Japón.

—Verdad también.

—Y habéis tratado con gran intimidad á una persona cuyas iniciales eran J. A., y á la cual procurásteis olvidar luego por todos los medios posibles.

El señor Trevor levantóse lentamente, mirándome, clavándome la mirada de sus ojos azules. Luego cayó de bruces sobre el mantel.

—Ya comprenderéis, Watson, qué impresión nos causaría esta escena á su hijo y á mí. Afor-

tunadamente, el desmayo no fué largo. Le desabrochamos el cuello de la camisa, le rociamos la cara con agua, y al poco rato el padre de Víctor volvía en sí...

—¡Cuánto siento, hijos míos—exclamó con un suspiro hondo y doloroso,—cuánto siento haberos dado este mal rato! A pesar de mi aparente robustez, empiezo á padecer del corazón y cualquier cosa me trastorna. ¿Sabéis, querido Holmes, que á vuestro lado los detectives más hábiles no son más que niños de teta? Creedme, amigo Holmes; yo creo que debéis seguir esa carrera, pues evidentemente os esperan muchos y beneficiosos triunfos.

Quizá estas palabras fueran el primer rayo de luz que me señaló mi futuro destino y las que me hicieron ver que lo que comenzó siendo un entretenimiento podía ser una profesión. No obstante, en aquellos momentos estaba muy aturdido para pensar en nada, y lleno de ansiedad murmuré:

—Sentiría mucho, señor Trevor, haberos dicho algo que os desagradara.

—¡Caramba! Realmente habéis tocado una cuerda no poco sensible... Pero ya pasó. ¿Queréis decirme ahora en qué indicios os habéis basado para adivinar todo eso?

Hablaba fingiendo un tono burlón y despre-

ocupado muy poco en armonía con la expresión temerosa y asustada de sus pupilas azules.

—¡Bah! Es tan sencillo como lo anterior. ¿Recordáis la partida de pesca que organizamos hace unos días? Me acuerdo que para pescar os remangásteis las mangas de la camisa, y entonces vi en el brazo izquierdo tatuadas las letras J. A. Como están algo borrosas y el color de la piel próxima al tatuaje tiene diferente color que en el resto del brazo, comprendí que habíais intentado varias veces borrar aquellas letras, y que, por consiguiente, procurabais olvidar un nombre que os fué muy querido en otros tiempos.

El señor Trevor lanzó un suspiro y exclamó sonriendo:

—¡No he visto una cosa semejante!... Pero la verdad, no tengo deseos de que sigáis adivinando; no hablemos más de ello. Siempre es muy doloroso evocar los años que fueron y recibir añejas sensaciones. ¿Vamos al billar? Fumaremos tranquilamente un cigarro.

A partir de aquel día, advertí que, á pesar de su forzada atención y solicitud, no podía disimular el juez cierto recelo y cierto malestar en mi presencia. Su hijo también lo observó y entre los tres se estableció una corriente de reserva y huyeron los días felices, libres de cui-

dados y preocupaciones. Entonces decidí abandonar Donnithorpe.

La víspera de mi partida ocurrió un acontecimiento que acarreó otros muchos, más graves y terribles.

Estábamos sentados sobre el césped, disfrutando del buen sol y del hermoso paisaje de los Broads, cuando llegó un criado diciendo que un hombre quería hablar con el señor Trevor.

—¿Ha dicho su nombre?—preguntó el juez.

—No ha querido decirlo.

—¿Y qué desea?

—Dice que es un antiguo conocido vuestro y que sólo desea deciros unas palabras.

—Está bien. Decidle que venga.

Un instante después se presentó un hombrecillo, cuyos modales zafios y groseros me extrañaron desde el primer momento. Llevaba una blusa llena de manchas de brea, una camisa de cuadros rojos y negros, pantalón mugriento y unas botas demañado usadas. Su rostro, escuálido y curtido por el sol, carecía de franqueza; una sonrisa cruel dejaba ver los dientes desiguales y amarillentos, y las manos, de dedos cortos y nudosos, decían con claridad que aquel hombre era un marino, por la costumbre de llevarlas medio cerradas. Al verle aparecer á lo lejos, el señor Trevor dió un salto y corrió di-

rigiéndose á la casa. Cuando volvió despedía fuerte olor de aguardiente.

—¿Qué deseáis, buen hombre?— exclamó con voz alterada.

El marinero tardó un rato en responder. Luego, y siempre con la sonrisa cruel y cínica entre los labios, contestó con otra pregunta.

—¿Qué? ¿Ya no os acordáis de mí?

El señor Trevor le miró con fijeza, y con súbito asombro repuso:

—¡Calla! ¿Sois vos, Hudson?

—Sí, señor. Veo que tenéis excelente memoria. Y eso que hace más de treinta años que no nos vemos... Observo que gozáis de una posición envidiable, mientras yo ando por ahí en...

—Ya veréis como no me olvido del pasado— interrumpió el señor Trevor.

Inclinándose sobre el marinero le dijo algunas palabras al oído. Después, levantando la voz, añadió:

—Id á la cocina y os servirán de comer. Entretanto procuraré encontraros una colocación.

—Muchas gracias— dijo el marinero con su eterna sonrisa. —Precisamente he hecho una larga travesía y necesito descansar algún tiempo. Tenía la seguridad de que me acogerían con mucho gusto aquí ó en casa del señor Beddoes.

—¡Ah! ¿Sabéis donde vive Beddoes?

—Ya lo creo. Conozco muy bien el paradero de todos mis antiguos amigos. Con vuestro permiso.

Y sonriendo siempre inclinóse ante nosotros y siguió al criado encargado de conducirle hasta la cocina.

El señor Trevor nos dijo en pocas palabras que aquel hombre fué compañero suyo en las minas. Al poco rato se levantó, y lentamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se dirigió á la casa. Una hora más tarde lo hallamos completamente borracho sobre el sofá del comedor. Como comprenderéis, este suceso me hizo mala impresión y cuando partí al día siguiente, me pareció más hermoso el campo, más alegre el sol, más amable la vida.

Regresé directamente á Londres, y durante mes y medio me consagré por completo á mis estudios y experiencias de química orgánica. Un día, mediado ya el otoño, recibí un telegrama de mi amigo Víctor, suplicándome que fuera inmediatamente á Donnithorpe, porque necesitaba con toda urgencia mi ayuda y consejos. Dejé todo y aquella misma tarde salí de Londres.

Víctor Trevor me aguardaba en la estación, en cuanto le vi, comprendí que debía de haber sufrido mucho durante mi ausencia. Aquella fogosidad y aquel entusiasmo de los días esco-

larés habían desaparecido, y en vez del compañero siempre dispuesto á la broma, encontré un hombre melancólico y flaco que hablaba con palabras breves y precisas.

Al verme dejóse caer en mis brazos diciendo :

—Mi padre se está muriendo.

—¿Es posible?—exclamé.—¿Qué tiene?

—No sé... Congestión... los nervios... Quizá cuando lleguemos á casa lo encontremos muerto.

—¿Pero qué le ha sucedido?—pregunté lleno de asombro.

—Eso es lo que no sé. Pero subamos al coche. Durante el camino hablaremos.

Salimos de la estación ; y ya dentro del carruaje, atravesando los caminos dorados por el sol otoñal, Víctor prosiguió :

—¿Os acordáis de aquel hombre que vino la víspera de vuestra marcha?

—Sí.

—Pues bien ; ¡aquel hombre era el demonio, querido Holmes, el demonio!

Yo le miré asombrado.

—Desde su aparición no volvimos á tener una hora, una sola hora de tranquilidad. Mi padre no volvió á levantar cabeza, y, finalmente, ahora le va á costar la vida, y muere con el

corazón roto y el alma destrozada... ¡ Todo por ese maldito Hudson !...

—Pero... ¿qué poder podía tener sobre vuestro padre un hombre de esa clase?

—Eso es lo que no me puedo explicar. ¿Por qué mi padre, que era tan bueno, tan noble, tan generoso, se dejaba dominar por un bandido? En vos confío, Holmes, únicamente vos podéis descifrar este enigma.

Hubo una pausa. Hasta nosotros llegaban claras y sonoras las pisadas del caballo sobre la carretera, y á través de los cristales percibí en la lejanía las altas chimeneas de la casa de los Trevor. Al poco rato, continuó mi amigo :

—Mi padre empleó á Hudson como jardinero ; después como este trabajo no era de su gusto, le ascendió á mayordomo, y al poco tiempo era el dueño de nuestra casa y nada se hacía sin su consentimiento. Como se quejaban las criadas de sus borracheras y de su comportamiento demasiado grosero, mi padre les aumentó la soldada para indemnizarlas de aquellas molestias. Hudson se apoderó de la lancha y del fusil de mi padre, y durante días enteros dedicábase á cazar y á pescar sin cuidarse de nada ni respetar nada, y todo esto, con tanta insolencia, con tales sonrisas de ironía, que mu-

chas veces tuve que contenerme para dejarme caer sobre él y patearle con todas mis fuerzas.

Pero un día ya no pude más, y á raíz de un altercado que tuvo con mi padre delante de mí, le cogí por los hombros y le arrojé del cuarto. Se puso lívido, y desde la puerta me miró con una de esas miradas que no se olvidan jamás. Ignoro lo que pasaría luego entre él y mi padre; pero á la mañana siguiente vino éste á suplicarme que le pidiera perdón al mayordomo. Me negué en absoluto, reprochándole que consintiera tales desvergüenzas y altanerías á un criado.

—¡Ay, hijo mío!—me respondió.—¡Cómo se conoce que no comprendes mi situación! Pero llegará un día en que lo sepas todo, y entonces compadecerás intensamente á tu pobre padre.

Y diciendo estas palabras, salió de mi cuarto para encerrarse en el suyo. No salió durante todo el día, y por la noche, cuando nos reunimos en el comedor, creí que había vuelto la época de tranquilidad, pues Hudson nos dijo que estaba dispuesto á dejar la casa.

—Estoy cansado de Norfolk—dijo irónicamente.—Ahora voy á pasar otra temporadita en el Hampshire, en compañía de nuestro amigo el señor Beddoes.

—¿Creo, querido Hudson—murmuró mi pa-

dre con tal humildad que me enfureció,—que no nos guardaréis rencor alguno?

El mayordomo se volvió hacia mí, y mirándome de pies á cabeza, exclamó:

—No he recibido las excusas de vuestro hijo.

—Víctor—suplicó mi padre;—confesad que habéis estado algo duro con este buen hombre.

Aquella humillación me puso fuera de mí.

—Al contrario—repuse.—Creo que tanto vos como yo, hemos tenido sobrada paciencia con este... hombre.

—¿Ah, sí? Está bien, patrón. Ya nos veremos.

Salió del cuarto contoneándose y sonriendo con su eterna sonrisa. Aquella misma noche marchó de nuestra casa, y desde entonces mi pobre padre no sabe lo que es reposo, ni días tranquilos, ni duerme una sola noche. Y cuando parecía que iba olvidando lo pasado...

—¿Qué pasó?—interrumpí sin poderme contener...

—Recibió una carta fechada en Fordingbridge que debía contener algo muy terrible á juzgar por el efecto que ha hecho. No hizo mi padre más que leerla, y llevándose las manos á la cabeza empezó á correr y á gritar como un loco. Cuando conseguí sujetarle y sentarle en el sofá, vi que tenía la boca contraída, los ojos

fuera de las órbitas y todo él tan convulso que hice llamar en seguida á nuestro doctor, el señor Fordham. Le acostamos, sobrevino la parálisis y mucho temo que ya no le hallemos con vida.

—¡ Pero eso es horrible, Trevor!—exclamé.
—¿ Qué decía esa carta?

—Nada. Eso es lo verdaderamente inexplicable. La carta no puede ser más ilógica. Figúraos que... ¡ Dios mío! ¡ Ya sucedió lo que yo temía!...

Seguí la dirección de su mirada y vi que las ventanas de la casa ya próxima estaban herméticamente cerradas. Por el sendero principal un hombre vestido de negro se adelantaba hacia nosotros.

—¿ A qué hora ha sido, doctor? —gritó mi amigo saltando á tierra.

—Al poco rato de iros.

—¿ Recobró el conocimiento?

—Sí; un momento antes de morir.

—¿ Y dijo algo?

Únicamente ha dicho que en la mesa del salón japonés quedaban los papeles.

Víctor ascendió con el doctor á la cámara mortuoria y yo me quedé en el jardín para meditar sobre los sucesos. Me sentía lleno de una vaga y amarga melancolía, y por mi alma pasó el frío

y la inquietud de un gran misterio. ¿Cuál había sido el pasado de Trevor, enigmático, que viajó por tierras de Oriente, fué minero y concluyó de juez de paz? ¿Qué poder tenía sobre él Hudson, el hombre de la sonrisa cínica?

¿Por qué perdió el conocimiento al recordarle las iniciales que tenía tatuadas en un brazo? ¿Por qué le había matado la lectura de aquella carta?

De improviso recordé que Fordingbridge está en el Hampshire y que el señor Beddoes, á quien iba á visitar el marinero, vivía en esta región. La carta debía ser, ó de Hudson, diciendo que el secreto de los dos hombres había sido descubierto, ó de Beddoes, y en este caso denotaban una complicidad entre él y el señor Trevor. Hasta aquí todo estaba perfectamente claro. La afirmación de Víctor de que la carta resultaba ilógica é incomprensible, demostraba que debía estar escrita valiéndose de un alfabeto misterioso ó utilizando una clave que únicamente conocerían el remitente y el destinatario.

Estando en este punto de mis reflexiones, llegó una criada con una lámpara, y en pos de ella Víctor Trevor con estos papeles que veis aquí sobre mis rodillas. Venía muy pálido, pero bastante tranquilo. Se sentó en frente de mí,

colocó la lámpara sobre la mesa y leyó en alta voz lo siguiente: «Acabó nuestro depósito de caza para la risa. Ahora el guardabosque, Hudson, ha recibido y dicho en un telegrama: *»Todo y salvad el faisán hembra, vuestro favorito el de la cabeza moñuda.»*

Me parece que mi cara, oyendo estas palabras, no debió reflejar menos estupefacción que la vuestra hace un momento. Volví á leerlas y releerlas, y me ratifiqué en mi idea de que aquellas frases incoherentes tenían un sentido oculto. Pero este sentido no podía conocerse sin la clave. No obstante, no me desanimé y poco á poco fuí rasgando el velo. La palabra «Hudson» denotaba claramente el objeto de la carta y que ésta no era del marino, sino de Beddoes. Intenté leer al revés, pero «moñuda cabeza la de vuestro favorito» no decía nada. Entonces leí suprimiendo, de cada dos palabras, una: «Acabó nuestro de caza la risa.» Tampoco esto formaba sentido. De repente, y sin saber cómo, todo lo vi con claridad, y dando una palmada sobre la mesa leí: «Acabó la risa. Hudson ha dicho todo. *Salvad vuestra cabeza.*»

Víctor ocultó la cara entre las manos, exclamando:

—¡Dios mío, eso es peor que la muerte! Es

el deshonor... Y qué quieren decir esas palabras de «guardabosque» y «faisán hembra.»

—Aunque nada tienen que ver con la carta, son bastante sugestivas y quizá nos servirían para descubrir al autor de ella, si no le conociéramos ya. El, indudablemente, principió escribiendo: «Acabó... la... risa,» etc... Y luego fué rellenando los huecos con las primeras palabras que se le ocurrieron. Y como éstas se refieren á la caza, es evidente que el autor de esta carta es un ferviente discípulo de San Humberto.

—Ahora recuerdo que, en efecto, invitaba á mi pobre padre todos los años por el otoño para que fuera á cazar con él.

—Entonces ya no hay que dudar más. Beddoes es el autor de la carta. Ahora únicamente falta saber qué clase de relaciones podían existir entre dos hombres ricos y respetables y ese canalla de Hudson.

—¡Ay, querido Holmes! Mucho me temo que haya un crimen por medio. Yo no tengo secretos para vos y voy á enseñaros la confesión que mi padre escribió el día de nuestra riña con Hudson. He encontrado estos papeles donde dijo el doctor. Tomad y leedlos en voz alta, yo no he tenido el valor de hacerlo.

Cogí estos mismos papeles que veis ahora sobre mis rodillas, querido Watson, y leí el título

lo : «Notas respecto del viaje del *Gloria Scott*,
»desde su partida de Falmouth, el 8 de octubre
»de 1855 hasta su naufragio el 6 de noviembre,
»á 15°20 de latitud Norte y 25°14 de longitud
»Oeste.» Después hice una pausa y empecé á
leer las notas que en forma de carta estaban
escritas.

«Queridísimo hijo de mi alma :

»Ahora que estoy próximo á perder mi posi-
»ción y caer en el deshonor que emponzoña es-
»tos últimos años de mi vida, me creo obligado
»á hablar sincera y lealmente, haciendo confe-
»sión general de mis faltas pasadas. ¡ Bien sabe
»Dios que no lo hago por temor al castigo, ni
»á perder la consideración de los demás !... Mi
»mayor pena sería que vos, hijo mío, os aver-
»gonzarais y renegarais de vuestro padre. Por
»eso deseo ser yo el primero en hablar antes
»que otros lo hagan. No obstante, si—lo que pido
»todos los días al Omnipotente,—no se descu-
»bre nada y este papel cae en vuestras manos,
»yo os suplico, por la memoria de vuestra santa
»madre, lo consideréis como lo más sagrado y
»lo queméis antes de concluir la lectura sin vol-
»ver á acordaros más de ello. Ahora, si llega un
»día en que me denuncian y me arrojan de mi
»casa, ó que la muerte paralice mi lengua para
»siempre, entonces leedlo ; habrá llegado el mo-

»mento de hablar claro. Os juro que todo lo
»aquí escrito es la estricta verdad. ¡ El Señor
»tenga piedad de mí !

»Yo, querido hijo, no me llamo Trevor. Mi
»verdadero nombre es Jacobo Armitage. Aho-
»ra comprenderéis la razón de mi emoción cuan-
»do vuestro amigo habló de las iniciales que
»tengo en el brazo. Como Jacobo Armitage, en-
»tré en una casa de banca de Londres, y como
»Jacobo Armitage fui condenado á la deporta-
»ción por haber cometido una falta muy gra-
»ve. Yo tenía una deuda de esas que conside-
»ramos de honor, y para pagarla eché mano de
»fondos que no me pertenecían, contando con
»reponerlos antes de que se enteraran. Por des-
»dicha no fué así y una requisa inesperada vino
»á descubrir el déficit. Las leyes eran muy ri-
»gurosas hace treinta años y me vi, en unión
»de treinta y siete condenados en las escotillas
»del navío *Gloria Scott* con rumbo á la Austra-
»lia.

»Entonces estaba en su período culminante la
»guerra de Crimea, y el gobierno tenía en el
»mar del Norte *los barcos* que se empleaban
»para la conducción de los deportados, y, por
»lo tanto, tenía que echar mano de otros más
»pequeños y faltos de condiciones. Nosotros fuí-
»mos embarcados en el *Gloria Scott*, un barco

»que sirvió muchos años para el comercio de
»trigo con China. En este viaje llevaba, además
»de los treinta y ocho pasajeros de calabozo,
»veintiséis hombres de tripulación, diez y ocho
»soldados, un capitán, tres contramaestres, un
»médico, un capellán y cuatro cabos de vara.
»En total unas cien personas.

»Los tabiques que separaban las celdas, en
»vez de ser de roble, como los que se emplean en
»los buques dedicados á transportar presidiarios,
»eran muy delgados y frágiles. Mi compañero
»de la izquierda era un individuo que me llamó
»la atención en cuanto le vi á mi lado en el
»muelle de salida. Era un joven imberbe y pá-
»lido, de nariz aguileña y fuertes mandíbulas.
»Llevaba la cabeza altivamente erguida, y era
»tan alto que ninguno de nosotros le llegaba al
»hombro. Aquella cabeza, llena de arrogancia y
»de orgullo, que se erguía con un ademán de
»reto sobre todas las demás vencidas y humi-
»lladas, fué para mí como luz que percibe un
»viajero perdido en la nieve y en la obscuridad.
»A media noche oí un murmullo, y aproximán-
»dome al tabique comprendí que mi amigo ha-
»bía conseguido agujerear la madera para ha-
»blarme.

»—¡Hola!—me dijo.—¿Cómo os llamáis?

»Yo le contesté con franqueza, diciéndole mi

»nombre y mi desgracia. Entonces él añadió:

»—Yo me llamo Jack Bendergast, por la gra-
»cia de Dios, y paréceme que venís á bendecir
»mi nombre antes de que nos separemos.

»El caso de Bendergast me era muy conoci-
»do, pues causó un gran escándalo en Inglate-
»rra. Bendergast era un hijo de una gran fami-
»lia, pero se entregó de tal manera al vicio y
»empleó tan mal sus prodigiosas cualidades, que
»estafó grandes cantidades á los principales co-
»merciantes de Londres.

»—¡Já! ¡Jã! Veo que conocéis perfectamen-
»te todos mis negocios—dijo con cierta satis-
»facción cuando le interrogué si era él aquel
»Bendergast.—¿Y os acordáis de aquel golpe
»de cerca de 150,000 libras?

»—Sí, me acuerdo.

»—¿Y que no se pudieron hallar?

»—Efectivamente.

»—Pues bien, ¿dónde diréis que está ese di-
»nero?

»—No sé...

»—Aquí, entre el pulgar y el índice. Mi nom-
»bre sólo vale más libras esterlinas que pelos
»tenéis en la cabeza. ¿Y no os parece bastante
»estúpido y absurdo, querido, que un hombre
»de mis condiciones y de mi posición se resigne
»á hacer el viaje en la escotilla infecta de un

»barco medio podrido y plagado de ratas y gu-
»sanos? Y como eso no puede ser, no será. Es-
»toy dispuesto á salir de aquí en unión de todos
»mis compañeros. Desearía tener una Biblia
»para jurarlo sobre ella..

»Confieso que al principio no dí importancia
»á aquellas palabras; pero poco á poco la voz
»de mi vecino se fué haciendo más persuasiva
»y más seria, y, finalmente, después de prome-
»terle solemnemente que guardaría el secreto,
»me confesó que había una conspiración para
»apoderarnos del barco en alta mar. El com-
»plot se había urdido antes del embarque por
»una docena de presidiarios, á la cabeza de los
»cuales figuraba, naturalmente, Bendergast.

» — Contamos — me dijo, — con un poderoso
»aliado, en el cual tengo tanta confianza como
»en mí mismo. Es el depositario de los fondos
»y es... el capellán. Embarcóse con sus papeles
»en regla y con los bolsillos llenos de dinero su-
»ficiente para comprar este barco desde la qui-
»lla hasta la punta del palo mayor. La tripula-
»ción es toda suya, y antes de entrar yo en el
»barco había sido comprada. Mercer, el segun-
»do contramaestre y dos de los cabos de vara,
»son satélites suyos. Si quisiera podría comprar
»hasta el capitán...

»—¿Y cuáles son vuestros proyectos?

»—Enrojecer algo más los trajes encarnados
»de algunos de esos soldaditos, ¿qué os pare-
»ce?

»—Pero ¿no están armados?

»—¿Y qué? También nosotros lo estaremos,
»querido. Tenga seguro, como hemos tenido ma-
»dre, que tendremos cada uno un par de pisto-
»las, y si con esto y con la ayuda de la tripu-
»lación no nos apoderamos del barco, merece-
»remos concluir nuestros días en un colegio de
»niñas. Ahora hablad con vuestro vecino de la
»derecha y ved si podemos contar con él.

»Así lo hice. Mi otro vecino se llamaba Evans
»y era como yo, un hombre que tuvo un mal
»pensamiento. Luego ha cambiado de nombre,
»vive rico y considerado en el Sur de Inglate-
»rra. Desde el primer instante se mostró con-
»forme con el complot que, después de todo,
»era nuestra única tabla de salvación. Antes
»de dejar el golfo de Gascuña todos los presi-
»diarios estábamos convenidos, á excepción de
»uno, tan cobarde, que no se podía esperar nada
»de él, y otro que estaba muy enfermo.

»No era muy difícil lograr lo que nos pro-
»poníamos. Los marineros estaban de acuerdo
»con nosotros. El capellán entraba libremente
»en todas las celdas con pretexto de exhortar-
»nos y de darnos estampitas y opúsculos reli-

»giosos. Y menudearon tanto sus visitas, que
»á los cuatro días ya teníamos cada uno, deba-
»jo de la cama, una lima, un par de pistolas,
»quinientos gramos de pólvora y veinte balas.
»Solamente el capitán, dos contramaestres, dos
»cabos de vara, el doctor y los diez y nueve
»hombres al mando del teniente Martín, eran
»nuestros enemigos. Aunque seguros del éxito,
»esperamos á tenerlo todo bien preparado y se-
»ñalamos una noche próxima para dar el golpe.
»La casualidad hizo que fuera antes de lo que
»pensábamos. Veréis cómo :

»Una tarde, hallándose el doctor en la celda
»de uno que estaba algo indispuerto, apoyó la
»mano sobre la cama y notó el bulto de una
»pistola. Si hubiera tenido más sangre fría qui-
»zá nos hubieran cogido, mas era un hombre-
»cillo muy nervioso y dió un grito, y palideció
»de tal manera, que el enfermo comprendió que
»le habían descubierto ; y saltando sobre él lo
»estranguló antes de que pudiera dar voz algu-
»na de alarma. Como el doctor había dejado
»abierta la escotilla todos nos precipitamos so-
»bre cubierta. Los dos centinelas y un cabo
»que acudieron al ruido fueron arrojados al mar.
»Corrimos en seguida hacia el camarote del ca-
»pitán, pero cuando ya estábamos cerca sonó
»un pistoletazo detrás de la puerta, y al abrirla

»divisamos al capitán de bruces, con la cabeza
»destrozada sobre un mapa del Atlántico clava-
»do sobre la mesa. Detrás de él, con la pistola
»aún humeante, estaba el capellán.

»Salimos de allí, y entrando en el salón pró-
»ximo á la cámara, comenzamos á saltar y reir
»como locos, subiéndonos sobre los divanes y
»las butacas ; Wilson, el falso capellán, desco-
»rrajó uno de los armarios y extrajo una caja
»de botellas de Jerez y las rompió los golletes
»contra el borde de una mesa. Llenamos los
»vasos y nos disponíamos á brindar por nuestra
»libertad, cuando sonó una terrible descarga y
»una humareda espesísima llenó la habitación,
»quitándonos la vista durante unos minutos.
»Cuando se disipó, vimos los cadáveres de nue-
»ve hombres—Wilson entre ellos,—tendidos en
»el suelo y sobre las mesas. ¡ Jamás olvidaré
»aquel momento en que el Jerez y la sangre se
»mezclaron !... Hubo un instante de estupor ;
»pero Bendergast fué el primero que reaccionó,
»y mugiendo como un toro, abalanzóse á la puer-
»ta, seguido de todos nosotros. En la popa aguar-
»daban el teniente con diez soldados. Habían
»disparado por la claraboya que daba al salón.
»Nos arrojamos sobre ellos antes de que tuvie-
»ran tiempo de cargar de nuevo. Se batieron
»como leones ; pero al cabo venció el número,

»y á los cinco minutos ya no vivía ninguno.
»¡Qué matanza, Dios mío! Bendergast parecía
»un demonio. Para sus brazos de hierro, los
»hombres no parecían pesar nada, y con la ma-
»yor facilidad los lanzaba por la borda. El sar-
»gento cayó herido al mar, y durante un rato
»nadó detrás del barco, hasta que uno de nos-
»otros se compadeció de él y le saltó el cráneo
»de un pistoletazo. Unicamente quedaban los
»contramaestres y los cabos de vara.

»Pero entonces surgió una violenta disputa.
»La mayor parte, contentos con vernos libres,
»no queríamos cometer más crímenes, y si ha-
»bíamos matado á los soldados fué porque te-
»nían armas para defenderse, pero en cambio
»considerábamos una cobardía atacar á hombres
»indefensos. Pero Bendergast y los suyos no
»quisieron atendernos.

—»Nuestra impunidad—decían,—consiste en
»terminar con todos ; no debemos dejar con vida
»á testigo alguno.—Al fin, y á ruegos nuestros,
»nos autorizó para dejar el navío y embarcarnos
»en una lancha antes de que se cometieran los
»últimos asesinatos. Se nos dió á cada uno un
»traje de marinero, un barrilete de agua, un
»poco de ron, una caja de galletas y una brú-
»jula. Bendergast nos arrojó una carta maríti-
»ma, diciéndonos que éramos náufragos del *Glo-*

ria Scott, que pereció á 15° de latitud Norte y
»25° de longitud Oeste. Después cortó el cable
»que nos unía al buque y quedamos á merced
»de las olas.

»Y ahora llego á la parte más terrible de mi
»historia, hijo mío. El *Gloria Scott* comenzó á
»alejarse de nosotros. Sentados junto al timón
»Evans y yo nos pusimos á estudiar nuestra po-
»sición y la ruta que debíamos seguir. Estába-
»mos á 500 millas Sur del Cabo Verde y á 700
»Oeste de la costa africana. Como el viento era
»del Norte, juzgamos que el punto más próxi-
»mo y mejor para desembarcar era Sierra Leo-
»na, y hacia allá dirigimos nuestra embarca-
»ción dejando el *Gloria Scott* á la espalda. De
»improviso vimos surgir una nube de humo ne-
»gro y espeso que se ensanchó y se estrelló con-
»tra el Cielo deshaciéndose en la fase del cre-
»púsculo. En seguida estalló un ruido parecido
»á un trueno, y cuando se disipó la humareda,
»vimos que el *Gloria Scott* había desaparecido.
»Viramos en seguida y á fuerza de remos llega-
»mos al sitio donde las aguas inquietas y ardien-
»tes habían tragado el barco. Aquí y allá flota-
»ban pedazos de madera, alguna caja... un ba-
»rril vacío... y ya nos alejábamos tristemente
»impresionados por la catástrofe, cuando divi-
»samos sobre un madero á un hombre. Fuimos

»hacia él y le metimos en la lancha. Era un
»marinero llamado Hudson, y se hallaba en tal
»estado de terror y sufría de tal modo por las
»grandes quemaduras que tenía en todo el cuer-
»po, que hasta el día siguiente no pudo contar
»lo ocurrido. Por él supimos que Bendergast
»y su gente se apresuraron á matar á los dos
»vigilantes y al segundo contramaestre. Sólo
»faltaba el primero, un hombre vigoroso y va-
»liente. Cuando vió cerca de sí al presidiario con
»el puñal sangriento en una mano y una pisto-
»la en la otra, consiguió romper sus ligaduras y
»se dejó caer en la sentina.

»Una docena de penados cayó detrás de él
»y lo hallaron arrodillado ante uno de los barri-
»les de la pólvora, con una caja de cerillas en
»la mano. Un segundo después el *Gloria Scott*
»se hundía para siempre.

»Al siguiente día nos recogió el brick *Hotspur*,
que navegaba hacia Australia. El capitán
»creyó lo que le dijimos y el Almirantazgo de-
»claró que el *Gloria Scott* había naufragado el
»6 de noviembre de 1855, á los 15° 20' de la-
»titud Norte y 25° 14' de longitud Oeste. Des-
»pués de un viaje apacible, el *Hotspur* nos des-
»embarcó en Sidney, donde Eraus y yo entra-
»mos en las minas de oro con nombre supuesto.

»Ya comprenderéis lo demás. Eraus y yo hi-

»cimos fortuna, viajamos y regresamos á In-
»glaterra como unos aventureros que vienen á
»morir en su país natal. Durante veinte años
»hemos llevado una vida feliz, creyendo que el
»pasado desapareció para siempre. ¡ Juzgad cuál
»sería mi terror cuando vi aparecer al marinero
»Hudson! Ahora comprenderéis también, hijo
»mío, la causa de mis humillaciones y de mis
»consideraciones con ese hombre, de cuyo si-
»lencio depende mi porvenir, y pensad cuánta
»sería mi pena viéndole en camino, con la boca
»llena de amenazas, del Hampshire.»

Aquí concluía la narración y, un poco más
abajo, una mano temblorosa escribió estas pa-
labras, casi invisibles: «Beddoes me ha escrito
»que *H.* lo ha dicho todo. ¡ Dios tenga piedad
»de nosotros!»

Ya conocéis, querido Watson, la dramática
historia del *Gloria Scott*. El joven Trevor par-
tió con el corazón destrozado y no he vuelto á
saber más de él. Respecto á Beddoes y á Hud-
son, desaparecieron sin dejar rastro alguno. Qui-
zá Hudson matara á Beddoes. Tal vez Beddoes
matara á Hudson. No sé.

EL DOCUMENTO ROBADO

Durante mi vida escolar trabé conocimiento íntimo con un muchacho llamado Percy Phelps, y que sobre poco más ó menos tenía mi misma edad. Era un alumno muy aplicado, ganaba todos los premios, y, finalmente, obtuvo una beca que le permitió proseguir en Cambridge su triunfal carrera. Recuerdo que era de muy buena familia y sobrino carnal del eminente político lord Holdhurst, á pesar de lo cual sus condiscípulos no concedían importancia á esta posición y procuraban molestarle y zaherirle siempre que podían. Salimos del colegio y ya no volví á oír hablar de él hasta una hermosa mañana del mes de julio—quince días después de mi boda,—en que recibí la carta siguiente :

«Briarbrae Woking.

»Querido Watson : Creo que no habréis ol-

»vidado al *renacuajo* Phelps, que estaba en tercera cuando vos estabais en quinta. Acaso también sepais obtuve, por influencia de mi tío, un empleo en el ministerio de Estado, y el cual acabo de perder—y con él mi honor,—por un terrible acontecimiento que ha venido á tronchar mi carrera para siempre.

»No juzgo oportuno dar detalles por escrito, y los reservo para cuando nos veamos. Estoy convaleciente de una enfermedad, que ha durado nueve semanas, originada por el disgusto. ¿Seríais tan amable que convenciérais á vuestro amigo el señor Holmes para que viniese á verme? A pesar de que la justicia y la policía me han dicho que todo es en vano, yo espero que su talento descubrirá lo que la ineptitud de los demás no ha sabido hallar. Venid lo más pronto posible. Esta incertidumbre me mata y me parece que las horas llevan sandalias de plomo.

»Decidle á Holmes que si antes no solicité su cooperación no fué por ignorar sus altas cualidades, sino porque mi estado me impedía pensar en nada. Ahora ya soy un poco más dueño de mí, aunque no tanto que pueda escribir—según veréis,—yo mismo mis cartas.

»Siempre vuestro,

»PERCY PHELPS.»

Me convenció de tal manera esta carta que hubiera hecho lo imposible por complacer á mi antiguo camarada. Mi mujer fué también de igual opinión, y sin pérdida de tiempo salí de mi casa, tomé un coche y media hora más tarde estaba en el conocido cuarto de Baker Street.

Holmes, vestido con una bata y sentado ante la mesa de trabajo, analizaba con suma atención una operación química. El contenido de una retorta, colocada en la llama azul de una lámpara de Bunsen, bullía fuertemente, y el resultado de la destilación se condensaba en un recipiente de cristal. Mi amigo apenas se dignó mirarme cuando entré, y comprendiendo yo que debía tratarse de alguna operación muy importante, me senté en un sillón sin decir una palabra. Holmes continuó sus operaciones, hundió en distintas redomas un tubo de vidrio, extrayendo de cada una algunas gotas que fué echando en una probeta. Luego, cogiendo un papel tornasol, y volviéndose hacia mí, exclamó:

—Llegáis á tiempo, querido Watson. Se va á jugar ahora mismo la vida de un hombre. Si este papel permanece azul, ese hombre vivirá, si no ya puede contarse entre los muertos.

Hundió el papel en la probeta, y el papel tomó en seguida el color sucio.

—¡Hum!... Ya me lo temía. Tened la bondad

de esperar un instante. Ahí tenéis tabaco, como siempre, en la pantufla.

Y sentándose delante del escritorio escribió algunos telegramas. Después se los entregó á un criado, y ya más tranquilo, se sentó en frente de mí abrazándose las piernas huesosas.

—Después de todo es un crimen vulgar—murmuró.

Luego, levantando la voz y mirándome cara á cara, añadió :

—¿Qué hay, amigo Watson?—Debe de ser algo bastante importante cuando dejais á vuestra mujercita.

Yo le entregué la carta de Phelps.

—Después de todo no dice gran cosa—dijo Holmes después de leerla con atención.

—Eso creo yo.

—Y sin embargo, la letra es bastante interesante.

—No es letra de mi amigo.

—Ya, ya. Justamente por eso es interesante. Es letra de mujer.

—No, de hombre.

—No, de mujer, y de una mujer de temperamento enérgico y decidido. No es mal principio para nuestras investigaciones el saber que vuestro amigo está relacionado con una mujer que, buena ó mala, tiene una naturaleza excepcional.

Ya se despertó mi curiosidad, y, por consiguiente, ardo en deseos de ir á Woking y ver al joven diplomático y á la mujer que le escribe las cartas.

Tuvimos la suerte de llegar á la estación de Waterloo en el momento de salir un tren, y antes de una hora estábamos en los pinares de Woking, y unos minutos más tarde en Briarbrae. Era una antigua mansión señorial de piedras musgosas y torres que agujereaban el cielo. Entregamos nuestras tarjetas y nos condujeron á una sala elegantemente amueblada. Al poco rato entró un caballero que nos saludó afable y cortesmente. Debía tener cuarenta años ; pero sus mejillas eran tan rubicundas y tan vivarachos sus ojos, que parecía más bien un muchacho.

—¡ No sabéis cuánto me alegro de veros !—nos dijo estrechándonos las manos.—El pobre Percy no hace más que preguntar por Holmes y por Watson. Como sus padres no quieren apenarse oyendo hablar de los acontecimientos tan dolorosos y tan...

—Sí, ya sé que no sois de la familia—interrumpió Holmes.

Nuestro interlocutor vaciló un momento, luego bajando la vista, se echó á reir.

—En efecto. A no ser porque debéis de haber

visto mis iniciales J. H. sobre el medallón, os creería brujo ó adivino. Sí, me llamo José Harrisson, y aunque ahora no sea pariente de Percy, lo seré en cuanto se case con mi hermana, la que tendré el gusto de presentaros ahora, no se separa ni un instante del lado del enfermo. ¿Vamos?

Entramos en un cuarto coquetón y elegante, mitad tocador y mitad alcoba. Un joven muy pálido, muy demacrado, se hallaba tendido en un sofá cerca de la ventana, recibiendo á pleno rostro los aromas del jardín que penetraban y se extendían como un consuelo y una esperanza. Cerca de él había una muchacha, que al vernos entrar murmuró:

—¿Me retiro, Percy?

El la estrechó la mano como reteniéndola, luego nos tendió la que le quedaba libre:

—¿Cómo va, querido Watson? ¿Sabéis que no os hubiera conocido con esos bigotazos? También yo estoy un poco cambiado, ¿verdad? Este señor debe ser vuestro amigo Holmes, ¿no es eso?

Presenté á Sherlock y nos sentamos frente al enfermo. Harrisson había desaparecido y únicamente quedaba su hermana de pie al lado de Percy. Era una mujer nada vulgar, quizá algo pequeña, pero con unos ojos grandes de mujer

latina y el pelo negro y ondulante marcando el lindo semblante ovalado. ¡Y era bien triste y bien amargo ver la frescura y el ardor de sus colores junto á la demacración y la palidez de su amante!

—No desearía haceros perder mucho tiempo.—empezó Percy Phelps, incorporándose un poco,—y por lo tanto, voy á contaros lo ocurrido sin preámbulo de género alguno.

Yo era, señor Holmes, un hombre enteramente feliz, y cuando iba á lograr el colmo de mis aspiraciones casándome con miss Ana Harrisson, sufrí un golpe terrible que ha venido á derribar para siempre mi porvenir.

Ya os habrá dicho nuestro amigo Watson que estaba empleado en el ministerio de Estado, donde, gracias á mi tío, había conseguido una gran posición. Cuando mi tío fué nombrado ministro me llevó á su secretaría particular, y como tuviera la suerte de resolver á su gusto dos ó tres asuntos que me encargara, aumentó su confianza y también sus bondades.

Hace diez semanas próximamente, el 23 de mayo, para precisarlo todo, me llamó á su despacho, y después de felicitarme por mis éxitos, me anunció que iba á encomendarme de una misión muy grave.

—Esto que veis aquí—dijo sacando de su es-

critorio un rollo de papel,—es el original del famoso convenio secreto entre Inglaterra é Italia y del cual se ha hablado tanto en la prensa durante estos días. Ya comprenderéis la importancia que tiene el secreto y lo peligroso que sería dejar traslucir la menor cosa. Francia y Rusia darían sumas considerables por conocer el contenido de estos papeles que, á no ser porque necesito imprescindiblemente una copia, no hubieran salido jamás de ese cajón. ¿Hay en vuestro despacho algún mueble que tenga llave?

—Sí.

—Entonces tomad y guardadlo. Cuando se vayan todos os quedáis copiándolo hasta que lo concluyáis, y mañana me entregáis la copia y el original en cuanto venga. Cogí los papeles y...

—Un momento—interrumpió Holmes.—¿Estabais solos durante esa conversación?

—Enteramente solos.

—¿Era muy grande la habitación?

—Unos diez metros en cuadro.

—¿Estabais en el centro?

—Creo que sí.

—¿Hablabais en voz queda?

—Ya lo creo. Mi tío tiene la costumbre de hablar siempre bajo y en cuanto á mí no hablé casi nada.

—Está bien—murmuró Holmes cerrando los ojos.—Proseguid.

—Hice las cosas tal como dijo mi tío. Esperé á que se fueran mis compañeros. Uno de ellos, Carlos Gorot, tenía que concluir un trabajo urgente y quedó en la oficina mientras yo salía á cenar. Cuando regresé ya se había marchado y yo me dispuse á trabajar de firme para ver si podía marcharme con José—el señor Harrisson, á quien habéis visto hace un instante,—que pensaba tomar el tren de las once.

Hojeando el tratado comprendí que mi tío no había exagerado nada al encarecer su importancia. Puedo deciros, sin faltar al secreto, que definía el papel de Inglaterra en la Triple Alianza y que esbozaba la actitud que había de adoptar este país en el caso de que la escuadra francesa sobrepusiera á la italiana en el Mediterráneo. Al final del tratado figuraban los nombres de los personajes encargados de firmarlo.

Después de este breve examen me puse á mi trabajo de copista.

El documento estaba escrito en francés y se componía de veintiséis artículos. Yo trabajaba lo más de prisa que podía; pero á las nueve sólo tenía copiados ocho artículos y ya podía estar seguro de que no volvería con José á Woking. Sentía sueño y comenzaba á dolerme la cabe-

za. Entonces pensé que tal vez una taza de café bien cargado me despejaría algo, y como en el ministerio se queda siempre un ordenanza de guardia durante toda la noche, toqué el timbre.

Con gran asombro vi que entraba en el despacho una mujer gruesa, ordinaria, con delantal blanco. Me dijo que era la esposa del ordenanza y le encargué que me trajeran una taza de café.

Escribí otros dos artículos; después, sintiéndome cada vez más torpe y más pesado, me levanté y di algunos paseos por la habitación. El café no venía. Impacientado por la tardanza abrí la única puerta que tiene el despacho y salí al pasillo; luego bajé una escalera de caracol que me condujo al cuarto del ordenanza de guardia. ¡Ah!—se me olvidaba.—Frente al vestíbulo que da á la habitación del portero, y al pie de la escalera por consiguiente, termina otro pasillo que conduce, por otra escalerilla, á la puerta de servicio y que alguna vez utilizan los empleados que vienen por Charles Street.

Según os iba diciendo, señor Holmes, entré en el cuarto que daba al vestíbulo; hallé al ordenanza dormido con los codos sobre la mesa, mientras que una lamparilla de espíritu de vino sostenía una vasija llena de agua hirviendo. Alargué la mano, y ya iba á sacudir á mi hombre,

que roncaba estrepitosamente, cuando encima de mi cabeza sonó un timbre y el ordenanza se despertó sobresaltado.

—¡Calla... se... señor Phelps! ¿Estáis aquí? Me eché á reir al ver su asombro.

—Sí, hombre, sí. He bajado á ver si estaba ya el café.

—Dispensadme... Me he dormido y...

El timbre seguía sonando, y el ordenanza, levantando la cabeza, dió un grito.

—Pero... pe... ro, señor Phelps: ¿quién ha llamado?

—¿Cómo que quién ha llamado? ¿Qué timbre es ese?

—¡El de vuestro despacho!...

Quedé un momento sin saber lo que me pasaba. Luego, volviendo en mí, eché á correr como un loco, subí las escaleras de tres en tres, seguí la largura del pasillo y penetré en el despacho. ¡Nadie! Todo estaba tal como yo lo había dejado. Sobre la mesa estaba la copia empezada. El original había desaparecido.

Holmes se incorporó, y restregándose las manos con aire satisfecho, interrogó:

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Inmediatamente comprendí que el ladrón debía de haber venido por la escalera de servicio, porque si no, le hubiera divisado,

—¿Estáis seguro de que nadie podía estar oculto en el despacho ó en el corredor?

—Enteramente seguro. Ni un ratón podría pasar inadvertido.

—Está bien. Continuad.

—El ordenanza, comprendiendo por mi súbita palidez que debía suceder algo grave, subió conmigo las escaleras y permanecía delante de mí con la mirada ansiosa y la boca abierta. Sin decirle nada salí de la habitación y, seguido de él, bajé nuevamente las escaleras y llegué á la puerta de servicio. Estaba cerrada, aunque no con llave, y abriéndola salimos fuera. Recuerdo que en aquel instante sonaron tres campanadas en una iglesia próxima. Eran las diez menos cuarto.

—Eso es importantísimo—dijo Holmes, anotando la hora en el puño de la camisa.

—La noche estaba obscurísima y una lluvia fina y lenta mojaba las calles. En Charles Street no había nadie; pero al final, en Whitehall, la circulación era, como, de costumbre, bastante numerosa. Corrimos tal como estábamos, con la cabeza descubierta, y en la esquina hallamos un *policeman*. ¡Acaban de cometer un robo!—exclamé antes de llegar á él.—Han robado un documento importante en el ministerio de Estado. ¿Habéis visto pasar á alguien?

—Durante un cuarto de hora, que es el tiempo que llevo aquí, únicamente ha pasado una mujer alta, ya de edad, con un chal negro.

—¡Ah! Esa es mi mujer—dijo el ordenanza.
—¿No ha pasado nadie más?

—No.

—Entonces el ladrón ha debido seguir otro trayecto.

Y el ordenanza me tiraba del brazo para que nos volviéramos, pero yo no estaba convencido y aun aquellos esfuerzos exaltaban más mis sospechas.

—¿Por dónde se ha ido esa mujer?

—No sé, caballero. Como no tenía por qué observarle, no me fijé. Únicamente sé que iba muy de prisa.

—¿Y hace mucho tiempo que pasó?

—No, mucho tiempo no.

—¿Cinco minutos?

—No sé; quizá haga menos.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, señor Phelps—dijo el ordenanza.—Mi mujer no tiene en absoluto nada que ver en este asunto. Vamos hacia atrás... y si no venís iré yo solo.

Y girando sobre sus talones echó á correr, pero yo le detuve en seguida.

—¿Dónde vivís?

—En Yoylane Brixton, número 16—respon-

dió.—Pero no os dejéis engañar por una pista falsa y hacedme caso; vamos á mirar por este otro lado.

Después de todo, nada se perdía con seguir su consejo y los tres nos dirigimos á Whitehall. La calle estaba llena de gente; pero todos los transeuntes andaban apresurados, cuidándose únicamente de esquivar la lluvia.

Entonces regresamos al ministerio. Examinamos de nuevo el pasillo y la escalera sin hallar huella alguna, á pesar de que el suelo del corredor estaba cubierto de linoleum muy claro y se hubiera visto fácilmente cualquiera señal.

—¿Había llovido por la tarde?—interrogó Holmes.

—Sí; estuvo lloviendo hasta las siete.

—¿Cómo os explicáis entonces que la mujer que entró en vuestro despacho á las nueve, no dejara la señal de sus pies mojados?

—Me congratulo de haber coincidido con vos en esa observación. También yo me hice esa pregunta: pero me dijeron que las criadas tienen la costumbre de quitarse las botas en el cuarto del portero y ponerse unas zapatillas para andar por el interior.

—¡Ah! Entonces se comprende que no dejara huellas. Proseguid.

—Volvimos á examinar el despacho. No tenía

puerta alguna secreta, y las ventanas, además de estar á diez metros de altura, estaban cerradas por dentro. La alfombra alejaba toda sospecha del suelo y el techo del cielo raso estaba intacto. Sea quien fuese el ladrón, tengo la seguridad de que entró por la puerta.

—¿Y la chimenea?

—No existe. Nos servimos de una estufa. Y en cuanto al timbre está colocado de tal manera que no puede atribuirse á una inconsciencia el hacerlo sonar.

—Muy bien. Supongo que si hubiera habido algún objeto extraño á los habituales—un guante, una colilla, una horquilla, etc., etc.—lo hubiérais notado, ¿no es eso?

—No había nada en absoluto.

—¿Y olor?

—¿Olor? Confieso que no me fijé en ese detalle.

—¡Ah! pues hubiera facilitado mucho el trabajo. Supongamos que oliera á tabaco...

—De eso estoy seguro. Yo no fumo, y hubiera notado inmediatamente el olor. De todo aquel misterio sólo había un hecho indudable que pudiera servirnos como dato; y era que la mujer del ordenanza Tangey había salido con precipitación de la casa. Y como el marido se limitaba á contestar que su mujer se iba siem-

pre á aquella hora, el *policeman* y yo juzgamos que debíamos apoderarnos en seguida de mistress Tangey antes de que pudiera ocultar el documento, suponiendo que fuera ella la ladrona.

Ya había llegado la noticia á Scotland Yard, y cuando salíamos hallamos al *detective* Forbes que, desde aquel momento, tomó la dirección del asunto. Subimos á un coche y pocos minutos después estábamos en el número 16 de Yoylane Brixton. La joven que nos abrió la puerta —y que era la hija mayor de los Tangey,—nos dijo que su madre no había vuelto todavía y nos condujo á la sala principal.

Pasados diez minutos sonó un campanillazo, y al poco rato percibimos clara y distinta la voz de la muchacha:

—En la sala hay dos caballeros que quieren hablaros.

Oyéronse unos pasos precipitados que se alejaban, y Forbes, abriendo rápidamente la puerta, salió al pasillo; yo le seguí y llegamos á la cocina, donde hallamos á mistress Tangey quitándose el sombrero. Al principio nos miró seria y altiva, pero al reconocerme, murmuró:

—¡Calla! ¿Sois vos, señor Phelps?

—Bueno, bueno, menos conversación—interrumpió Forbes.—¿Por qué huáis de nosotros?

—Creí que seríais del Juzgado. Como nos han demandado por deudas á un...

—No, no ha sido por eso—dijo el agente.—Sospechamos que vos sois la persona que ha robado un documento muy importante del despacho de este señor, y por consiguiente, vais á venir con nosotros á Scotland Yard para que os registren.

No le sirvió protestar y defenderse, y á viva fuerza la metimos en un coche y emprendimos el camino de Scotland Yard. Antes de salir observamos que no había en la cocina señal alguna de cenizas ni de papeles.

La mujer encargada de los registros femeninos no halló nada en los vestidos y en el cuerpo de mistress Tangey.

Al saberlo, y por la vez primera, comprendí todo el horror de mi situación. Hasta entonces el movimiento, la fiebre de las pesquisas priváronme de pensar y de discurrir. Pero una vez pasado aquello y hundida la última esperanza, sólo me quedaba sufrir y cruzarme de brazos. Siempre he sido de un carácter muy impresionable y cobarde ante las situaciones difíciles, y lleno de espanto, díme á pensar en mi tío, en la vergüenza y el deshonor que sobre él echaba, sobre sus compañeros de Gabinete, en mi rui-

na, en la desesperación de mi familia. Recuerdo vagamente un golpe en la cabeza, unos gritos que me desgarraban la garganta, y unos brazos fuertes que me sujetaron y unas palabras compasivas que procuraron calmar mi excitación. Creo que uno de los agentes me llevó hasta la estación de Waterloo, y que desde allí vino, por fortuna conmigo, el doctor Ferrier.

Y digo por fortuna, porque en la estación de Woking me dió un ataque de nervios tan fuerte, que pedí la razón para no recobrarla hasta hace tres días. Ya supondréis el efecto que causaría mi llegada á esta casa y cómo se acrecentó el dolor de mi familia al conocer los motivos de mi enfermedad. José fué expulsado de este cuarto, que es el suyo habitual, me acostaron en su cama, y desde entonces esta angelical Ana no se ha separado un instante de mí durante el día, dejándome por las noches al cuidado de una enfermera.

Lentamente, paulatinamente, ha vuelto la razón, y con ella el sufrimiento pasado... Mi primer acto racional fué telegrafiar á Forbes pidiéndole noticias; pero el *detective* me contestó que no se había podido descubrir nada, y que el misterio continuaba. Como no se pudo probar nada contra el matrimonio Tangey, recayeron las sospechas en el joven Gorot;—que,

según recordaréis, se quedó aquel día más tarde que los demás—pero bien pronto se comprendió que no tenían razón de ser las acusaciones, puesto que yo no había comenzado á trabajar cuando él salió del ministerio.

Entonces acudí á vos, señor Holmes. Sois mi última esperanza. Si me abandonáis, mi honor y con él mi vida se aniquilarán para siempre.

El enfermo agotado por lo largo del relato, se dejó caer sobre los almohadones y bebió ansiosamente una taza de tisana que le ofreció miss Harrisson.

Holmes permaneció en silencio durante largo rato. Al fin, y con lentitud, masticando las palabras, preguntó:

—¿Habíais dicho á alguien que teníais que copiar ese documento?

—A nadie.

—¿Ni aun á mis Harrison?

—Tampoco. Además, tened en cuenta que yo no volví á Woking hasta después del robo.

—¿No fué nadie de vuestra familia á veros?

—Nadie.

—¿Alguno de vuestros parientes conocía el camino de vuestro despacho?

—Todos lo conocen.

—Y... pero, después de todo, es inútil que ha-

blemos de ello, puesto que ninguno sabía la existencia del documento.

Hubo una pausa. Holmes hundió la barba entre las manos. Durante un rato únicamente se oyó en la habitación el jadeo del enfermo.

—¿Qué informes tenéis del ordenanza Tangey?—interrogó Sherlock de pronto.

—Excelentes. Es un licenciado del ejército.

—¡ Ah !... Caramba, qué flor más preciosa !

Y levantándose, se dirigió á la ventana abierta, y cogiendo el tallo de una rosa empezó á olerla, mostrando gran satisfacción. Aquella acción suya me dió á conocer un nuevo aspecto de Holmes. Jamás le había visto demostrar tanto interés por las cosas de la Naturaleza.

—Las flores—prosiguió mi amigo apoyado en la ventana,—son la prueba más innegable de la bondad de la Providencia. Ellas son lo superfluo, son el encanto de nuestros ojos, sin las flores podríamos vivir ; pero ellas hermocean la vida.

Los semblantes de Percy Phelps y de Ana Harrison se obscurecían, perdían su gesto de esperanza oyendo aquellas frases tan extrañas y fuera de lugar. Reinó de nuevo el silencio. Holmes, hundida la mirada en las flores, sonreía...

—Y... ¿no veis algún medio para aclarar esta

situación?—murmuró de improviso la novia de Phelps.

Holmes pareció volver brusca y pesarosamente á la realidad.

—Verdaderamente, señorita, todo esto es muy confuso, muy extraño... Sin embargo, os prometo estudiarlo y veremos...

—¿Tenéis formado algún plan?

—Quizá...

—¿Sospecháis de alguien?

—Sí ; de mí mismo.

—¿Cómo?

—Sospecho de que no sean verdaderas mis suposiciones.

—Entonces, ¿volveréis á Londres en seguida?

—Habéis acertado, señorita—respondió Holmes inclinándose ; luego, volviéndose hacia mí, continuó :—Me parece, querido Watson, que debíamos regresar hoy mismo. Sin embargo, no confiéis mucho, señor Phelps. ¡ Es tan misterioso todo esto !...

—¿Cuándo volveréis?—interrogó ansiosamente el diplomático.

—Mañana, en el primer tren ; pero repito que no confiéis demasiado.

—¡ Gracias, gracias ! ¡ No sabéis lo tranquilo

que estoy ahora ! ¡ Ah ! Hoy he tenido una carta de lord Holdhurst.

—¿ Sí? ¿ Y qué dice?

—Es una carta bastante fría, aunque no muy dura. Dice que á pesar de la gravedad del asunto, no se resolverá nada hasta que yo me haya restablecido y pueda rehabilitarme.

—No está mal. Vaya, Watson, ¿ vamos? El futuro cuñado de Phelps nos acompañó á la estación y poco después rodábamos camino de Porstmouth. Holmes, ensimismado en sus pensamientos, no pronunció una palabra durante largo tiempo. De repente, cuando llegábamos á Clapham, exclamó :

—Verdaderamente son admirables estas líneas aéreas. Fijaos cómo se goza viendo las casas debajo de nosotros...

Al principio creí que se burlaba, puesto que no podían presentar peor ni más triste aspecto aquellas casuchas hacinadas unas sobre otras ; pero luego comprendí que hablaba con seriedad.

—Mirad esos edificios que surgen como islas de ladrillo en un mar de plomo.

—Son las escuelas públicas—dije.

—Justo. De ellas brotarán los nuevos cerebros que han de engrandecer y mejorar nuestra patria. De ellas... ¡ Hombre ! Creo que Phelps no debe ser muy aficionado á la bebida.

—Creo que no.

—Celebro que seamos de igual opinión—continuó Holmes con una seriedad imperturbable.

—Pero eso no impide que el pobre muchacho esté muy comprometido. ¿ Qué os parece, miss Harrison?

—Debe ser un carácter bastante entero.

—Muchísimo. Ella y su hermano son los dos hijos únicos de un herrero. Phelps la conoció el invierno pasado viajando por el Northumberland. Cuando sucedió la catástrofe, miss Ana Harrison y su hermano estaban pasando una corta temporada en casa de Phelps, y á pesar de que ya tenía dispuesta la partida, suspendieron el viaje y se quedaron para cuidar al enfermo. Como veis no estoy desprovisto de datos retrospectivos.

—Y qué, ¿ tenéis algún indicio?

—Tengo varios. Los crímenes más difíciles son los que á primera vista no benefician á nadie... Por fortuna en éste sucede todo lo contrario. En este caso estaban interesados el embajador de Francia, el de Rusia, el individuo que pudiera vender el documento á estos dos señores y... lord Holdhurst.

—¡ Lord Holdhurst !

—Naturalmente. Hay muchos casos en que

un ministro vería con gusto la pérdida de ciertos papeles.

—Pero querido Holmes... ¡Un hombre como lord Holdhurst!... Tan probo, de una reputación tan intachable.

—No importa, Watson, no importa. Hablaremos con el ministro y me alegraré que sean infundadas mis sospechas. Por de pronto ya he principiado á trabajar.

—¿Ya?

—Sí. Mirad lo que he mandado desde Working á los principales periódicos de Londres.

Y me dió un papel donde había escrito con lápiz lo siguiente :

«Diez libras esterlinas de recompensa.

»Se desea saber el número del carruaje que
»la noche del día 23 de mayo último, á las diez
»menos cuarto, dejó á una persona á la puerta
»del ministerio de Estado, en Charles Street
»Las contestaciones deben enviarse al número 221 de Baker Street.»

—¿Pero estáis seguro de que el ladrón fué en coche?—pregunté cuando concluí la lectura.

—Ya recordaréis que vuestro amigo Phelps aseguró y reaseguró que ni en el despacho ni en

el pasillo podía ocultarse nadie ; luego es evidente que el ladrón vino de la calle. Ahora bien ; lloviendo como llovía aquella noche, ¿cómo os explicáis que no se hallara huella alguna en el linoleum del piso? Ya veis que no resulta muy absurda la suposición de un carruaje.

—Tenéis razón.

—Ya veremos. Otro de los puntos oscuros, quizá el más oscuro de este suceso, es el timbre. ¿Es que el ladrón lo tocó por pura jactancia? O ¿había alguien con él que procurase por ese medio impedir el crimen? ¿Sonaría casualmente?

Al llegar aquí, Holmes se detuvo y ya no volvió á hablar una sola palabra hasta la estación de Londres. Inmediatamente nos trasladamos á Scotland Yard, donde nos esperaba Forbes. Era un hombercillo de semblante enjuto y mirada sagaz, que nos recibió con exagerada cortesía. De la entrevista no sacamos nada nuevo. El policía relató las pesquisas hechas, y cuando Holmes le preguntó por su opinión, limitóse á sonreír enigmáticamente y á encogerse de hombros. Al salir de Scotland Yard, Holmes miró el reloj.

—Ahora vamos á preguntar al excelentísimo señor ministro de Estado. Creo que todavía será tiempo.

En efecto. Lord Holdhurst estaba en su despacho de Doning Street, y en cuanto vió la tarjeta de Holmes dió orden de que nos dejaran pasar.

El ministro nos recibió con una reverencia algo arcaica, pero llena de señorial distinción y nobleza. Después, apoyándose en la chimenea mientras Holmes y yo nos sentábamos en sendos butacones de terciopelo y de dorada talla, principió á hablar con una voz sonora y pausada, hecha á sonar en la amplitud de los Parlamentos y las Academias.

—Vuestro nombre, señor Holmes, me es conocidísimo, y como quiera que únicamente puede traerlos aquí un asunto determinado, sería inútil que afectara ignorancia respecto á la causa de vuestra visita. ¿En qué puedo servirlos?

—Vuestro sobrino...

—¡ Ah ! ¡ Desgraciado Percy !—interrumpió el ministro.—Ya comprenderéis que nuestro parentesco empeora su situación y ata mis manos. Mucho temo que este suceso le cueste muy caro.

—Pero ¿y si se halla el documento?

—Entonces variaba mucho la cosa...

Yo lo espero así. Y ahora, lord Holdhurst, ¿tendríais la bondad de responderme á dos ó tres preguntas?

—Con mucho gusto.

—Mil gracias. Decid. ¿Fué en esta estancia donde le dísteis á vuestro sobrino las instrucciones relativas á la copia del documento?

—Sí.

—¿Podía escuchar alguien esas instrucciones?

—No.

—¿Habíais dicho á alguien que pensabais mandar copiar ese tratado?

—No.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo.

—En tal caso, puesto que vos no habíais dicho nada, puesto que el señor Phelps no había dicho nada, puesto que nadie sabía nada, debemos suponer que la presencia del ladrón en el despacho fué absolutamente casual.

El ministro se encogió de hombros sonriendo.

—Hay, además, otro punto muy importante —continuó Holmes.— ¿Creéis que la divulgación del contenido de ese documento ocasionaría graves consecuencias?

Los labios de lord Holdhurst dejaron de sonreír.

—Gravísimas.

—¿Se ha sabido algo ya?

—Aún no.

—No obstante, yo creo que si la Embajada de Francia, por ejemplo, se hubiera enterado ya, me parece que vos sabríais algo, ¿no es eso?

El ministro asintió con la cabeza.

—Ahora bien, en vista de que han transcurrido nueve semanas sin que nadie diga nada, debemos suponer que el documento no ha salido de manos del ladrón.

Lord Holdhurst encogióse de hombros.

—No creo, señor Holmes, que el ladrón haya robado esos papeles para ponerlos con marco y colgarlos en la pared de su alcoba.

—Naturalmente que no; pero también podría ser que esperara á obtener una cantidad más importante.

—Como espero mucho, me parece que no logrará nada. Dentro de muy poco todo el mundo conocerá, sin peligro alguno, lo que hoy debe estar secreto.

—¡ Ah!... Entonces es posible que el ladrón haya caído súbitamente enfermo.

—Con una fiebre cerebral, ¿verdad? —interrogó serio y ceñudo el ministro.

—No he querido decir eso—respondió Holmes tranquilamente.

Luego mirando el reloj, prosiguió:

—Es ya muy tarde, lord Holdhurst, y hemos

abusado demasiado de vuestra paciencia. Si no tenéis nada que mandarnos...

—Nada, querido —respondió afablemente el ministro, acompañándonos hasta la puerta del despacho.—Deseo con toda mi alma que descubráis cuanto antes al criminal, sea quien sea.

—Es todo un carácter este señor —me dijo Holmes tan pronto salimos á la calle.—Sin embargo, debe pasar muchos apuros para no hacer un mal papel, dada su escasez de recursos. Ya habréis observado, Watson, que sus botas han sido arregladas más de una vez... Después de todo, eso no tiene importancia...

Habíamos llegado á Whitehall, y Holmes, tendiéndome la mano, prosiguió:

—Adiós, querido Watson, no quiero robaros más tiempo. Por hoy no pienso hacer nada, á no ser que tenga contestación al anuncio del coche. Pero mañana os aguardo, ¿verdad?

Al siguiente día nos reunimos en la estación y tomamos el tren de Woking. El misterio continuaba; el anuncio no había hecho efecto. No obstante, Holmes continuaba impasible como un piel roja. Nada había en su voz, ni en su semblante, ni en sus ademanes, que revelara el es-

tado de ánimo causado por aquella completa carencia de noticias. Recuerdo que durante todo el tiempo que duró el viaje me fué hablando acerca del sistema antropométrico de Bertillón, ensalzando sus ventajas y el talento del sabio francés.

Hallamos á nuestro cliente de mejor aspecto que el día anterior, y al vernos se levantó del sofá y vino hacia nosotros, estrechándonos las manos.

—¿Qué hay?—interrogó vivamente.

—Nada—contestó Holmes.—Ha sucedido lo que yo me temía. He hablado con Forbes, con vuestro tío, y aunque no he descubierto nada, creo que estas dos entrevistas no habrán sido inútiles.

—¿Entonces tenéis esperanzas todavía?

—Indudablemente.

—¡Qué alegría me causa oiros hablar así!—dijo miss Harrison.—Yo creo que con valor y con paciencia se triunfa siempre.

—Pues veo—dijo Phelps, sentándose de nuevo en el sofá,—que somos más afortunados que vos respecto á noticias...

Holmes le miró fijamente, preguntándole con los ojos.

—Sí—continuó Phelps;—esta noche he corrido una aventura que me parece muy grave.

Hizo una pausa. Por sus ojos pasó un relámpago de terror; sus manos se hundieron en los almohadones: su voz se hizo más grave y más pausada.

—¿Sabéis, amigo Holmes, que empiezo á creermme seriamente en peligro y que á mi alrededor se agita una conspiración monstruosa?

Holmes no pudo contener una exclamación.

—Decídmelo todo.

—Yo estaba casi seguro de que no tenía enemigo alguno; pero, á juzgar por lo que sucedió anoche, me parece que tengo uno por lo menos. Veréis. Anoche fué la primera vez que dormí sin enfermera, puesto que ya me encontraba lo bastante bien para prescindir de ella. Serían las dos de la madrugada cuando me despertó un ruido extraño y casi imperceptible. Escuché un rato, atribuyéndolo á algún ratón que royerá la madera; pero al poco rato el ruido se hizo más fuerte, y de improviso oí un choque metálico. Ya no podía dudar de la causa del ruido. Habían metido un objeto entre la unión de la contraventana y habían chocado contra la falleba.

Hubo una pausa que duró aproximadamente diez minutos, como si esperasen á ver si me habían despertado con el ruido. Luego vi levantarse el picaporte, sonó un crujido seco y empezó á abrirse la ventana pausadamente. No

pude más, salté del lecho y abrí de par en par las maderas. Vi un hombre que echó á correr, pero no pude conocerle porque iba envuelto hasta el cuello en una especie de capa. Únicamente estoy seguro de una cosa : de que en la mano llevaba un puñal ó un cuchillo.

—Todo eso es interesantísimo — interrumpió Holmes,—¿y qué hicisteis entonces?

—Si no hubiera estado tan débil habría saltado por la ventana detrás de él ; pero me faltaron las fuerzas y únicamente pude tirar del cordón de la campanilla, y pedir socorro á grandes voces. José acudió el primero, después vinieron los demás. Registraron el jardín, pero no hallaron huella alguna. Yo no he querido dar parte á la policía hasta hablar con vos.

Este relato pareció impresionar muchísimo á Sherlock Holmes. Cuando Phelps terminó de hablar, mi amigo se levantó y comenzó á pasearse á grandes pasos, con las manos en los bolsillos y clavada la mirada en el suelo.

—¿Podríais dar conmigo una vuelta por la casa?—dijo, deteniéndose de pronto delante del enfermo.

—Sí, sí. Creo que eso me sentará muy bien. Vendrá José con nosotros.

—Y yo también—dijo miss Harrison.

Holmes sacudió la cabeza :

—De ningún modo, señorita. Precisamente, os iba á suplicar ahora mismo que no os movierais de aquí.

La joven volvió á sentarse sin decir una palabra. Llamaron á José y los cuatro hombres salimos al jardín. Dimos la vuelta á la casa hasta llegar al pie de la ventana. Sobre el musgo veíanse huellas de pisadas, pero tan confusas y vagas, que Holmes se encogió de hombros.

—¡Bah ! Esto no sirve para nada. Vamos á ver la razón de por qué el ladrón eligió precisamente esta ventana y no esas del comedor y de la sala que son mucho más anchas.

—Es que esas se ven desde la carretera—advirtió José Harrison.

—Tenéis razón. Pero ¡ calla ! También pudo utilizar esta puerta.

—No, porque esa puerta, que es la de servicio, se cierra con llave todas las noches.

—¡ Ah !... ¿Ha ocurrido alguna otra vez lo de anoche?

—Nunca.

—¿Poseéis algún objeto de valor ó algunas cantidades que puedan tentar á los ladrones?

—No, no hay nada que valga la pena.

Holmes calló, y durante un rato anduvimos en silencio. De repente mi amigo, levantando

la cabeza, que había tenido caída sobre el pecho, dijo :

—Vaya, creo que no descubriremos nada más.
¿Vamos á casa?

Emprendimos la vuelta. Holmes y yo delante. Phelps y su futuro cuñado detrás.

—Aligerad el paso—me dijo Holmes en voz baja.

Y aprovechando la inevitable lentitud del enfermo, llegamos mucho antes á la casa.

Miss Harrison nos aguardaba en la ventana.

—Señorita—le dijo Holmes con un tono que no admitía réplica,—es necesario absolutamente necesario, que no os mováis de aquí, pase lo que pase.

La novia de Phelps nos miró con los ojos muy abiertos.

—Está bien, señor Holmes.

—Cuando vayáis á acostaros, cerrad por fuera y llevaos la llave. ¿Me lo prometéis?

—Pero... ¿y Percy?

—Percy se viene con nosotros á Londres.

—¿Y yo me quedo aquí?

—Sí, es necesario. Sólo aquí le podéis ser útil. ¿Me lo prometéis?

Ella asintió con la cabeza. En aquel instante llegaba su hermano y su novio.

—¿Qué empeño tenéis en estar ahí dentro?

—interrogó Harrison.—¿Por qué no salís á tomar un poco el sol?

—No, gracias, José. Me duele algo la cabeza y estoy muy bien aquí.

—Bueno, ¿qué pensáis hacer ahora, amigo Holmes?—dijo Phelps.

—Hombre... pues... teniendo en cuenta que el suceso de ayer es secundario, me parece que debemos dedicarnos al principal. Para ello creo que sería muy conveniente que vinierais á Londres con nosotros.

—¿Yo?

—Sí. Dentro de una hora, si podéis.

—Yo creo que sí. Y es absolutamente necesario que yo vaya.

—Lo es.

—¡Ah, vamos! De ese modo si vuelve la visita de anoche se encontrará con que el pájaro ha volado. Muy bien. Estoy á vuestra disposición. ¿Queréis que venga José con nosotros?

—No, ¿para qué? Ya sabéis que nuestro amigo Watson es médico y él os cuidará. Si os parece bien comeremos aquí é inmediatamente tomaremos el tren.

Así se hizo. Miss Harrison, cumpliendo su promesa, se quedó en el cuarto de Phelps. Yo no acertaba á explicarme el objeto de Holmes.

¿Sería tener alejada de Phelps á su novia? ¿Sería para impedir que?...

Terminamos de comer, nos despedimos de José y de su hermana, y ya en la estación Holmes nos dió una nueva sorpresa diciéndonos que él no pensaba ir á Londres.

—Aún tengo que arreglar algunas cosas en Woking, aprovechando vuestra ausencia, amigo Phelps. Os agradeceré, querido Watson, que conduzcáis á nuestro amigo á mi casa de Baker Street, y que paséis allí la noche. Seguramente, siendo como sois antiguos camaradas, no os faltará de qué hablar. Yo saldré de aquí mañana por la mañana y llegaré á tiempo de almorzar con vosotros.

En aquel instante el tren se puso en marcha. Holmes nos tendió las dos manos.

—Decid en Briastrae—dijo Phelps—que mañana estaré por la tarde de vuelta.

—Lo siento, pero no pienso ir á Briastrae—respondió Holmes sonriendo.

El tren aumentó su velocidad, y poco después corría por los campos.

Durante el viaje hablamos mucho. Phelps, bajo el peso de sus sensaciones, excitados aún sus nervios, no hablaba ni quería hablar más que de sus asuntos. Inútilmente intentaba yo cambiar de conversación, procurando interesar-

le en mis campañas del Afganistan, en los misterios de la India, y en las cuestiones sociales y literarias. El volvía siempre á lo mismo, multiplicando sus conjeturas respecto de lo que haría Holmes, de lo que pensaría lord Holdhurst, de lo que sería de él.

Cuando llegamos á casa le dije :

—Ahora, querido, me vais á hacer el favor de no inquietaros más y de procurar olvidarlo todo. Acostaos y procurad dormir para tener fuerzas mañana si fuera necesario.

Logré convencerle y le dejé acostar en la cama de Holmes seguro de que la excitación del día y las incertidumbres de la noche no le dejarían dormir. Confieso que yo tampoco conseguí dormir hasta muy tarde. ¿Por qué se quedó Holmes en Woking? ¿Por qué le ordenó á miss Harrison que no se moviera de la habitación del enfermo? ¿Qué motivo podía tener para ocultarles á la familia de Phelps dónde pensaba pasar la noche? Tanto y tanto pensé y tantas fueron las quimeras y conjeturas que hice y deshice, que rendido y fatigado caí en un sueño profundo.

Disperté á las siete de la mañana. Me vestí de prisa y corriendo y entré en la alcoba de Phelps, á quien encontré agitado y febril por una noche de insomnio. Sus primeras palabras

fueron para preguntarme si había venido Holmes.

—Perded cuidado. Vendrá á la hora que dijo—respondí.

En efecto. Daban las nueve en el reloj del comedor cuando se detuvo un coche á la puerta y vimos descender á Holmes. En seguida observamos que venía muy pálido y con la mano izquierda vendada. Phelps prorrumpió un gemido.

—¿Habéis visto, Watson?

Yo incliné la cabeza sin responder.

Se abrió la puerta y entró Holmes; los dos corrimos hacia él.

—¿Estáis herido?

—¿Qué os sucede?

—Nada. Es un simple arañazo. ¿Sabéis, amigo Phelps, que no he visto en mi vida un asunto más terrible que el vuestro? Vaya, vamos á almorzar, pues treinta millas y el aire del Surrey son los grandes aperitivos.

La mesa estaba dispuesta, y justamente cuando yo iba á llamar entró la señora Hudson con el desayuno.

—Observo que la señora Hudson se ha mostrado á la altura de las circunstancias—exclamó Holmes sentándose á la mesa y destapando una fuente con perdices. —Ella no será muy

lista que digamos, pero en cuanto á cocinera vale lo que pesa. ¿Qué es eso que hay ahí, amigo Watson?

—Perfectamente. ¿Qué deseáis tomar, señor Phelps? ¿Perdices ó jamón?

—Gracias; no tengo gana.

—Vamos, procurad...

—No; no, dejadme, no podría tomar nada.

—Bueno—dijo Holmes maliciosamente,—no insisto; pero tendréis la amabilidad de servirme, ¿eh?

Phelps descubrió la fuente que tenía delante de él y su semblante cambió y sus ojos quedaron fijos é inmóviles. En la blancura de la fuente resaltaba un rollo de papel gris azulado. Phelps abalanzóse sobre él y oprimiéndolo contra el pecho, se puso á saltar y á correr como un loco, dando vueltas alrededor de la mesa. Por último, falto de fuerzas, convulso, se dejó caer en un sillón y tuvimos que darle una copa de brandy para reanimarlo.

—Vamos, vamos—decía Holmes cogiéndole por las muñecas.—No he debido daros la noticia de este modo. Comprendo que el golpe ha sido muy rudo; pero ya sabe Watson lo aficionado que soy á las escenas dramáticas.

Phelps, asiéndole una mano, se la cubrió de besos diciendo:

—¡Gracias, gracias! ¡Bendito seáis! ¡Habéis salvado mi honor!

Holmes sonreía. El diplomático guardó el precioso documento en uno de los bolsillos más seguros de su traje; luego murmuró:

—No quisiera interrumpir por más tiempo vuestro desayuno... y, no obstante, estoy lleno de ansiedad por conocer lo sucedido.

Sherlock Holmes sorbió una taza de café, comió un poco de jamón, y ya satisfecho, encendió la pipa y se instaló con comodidad en un sillón.

—Ahora vais á saberlo todo—dijo con la voz medio burlona, medio seria, que empleaba para explicar sus triunfos.

Después de separarme de ustedes, me fuí dando un paseo á través de ese admirable Surrey, hasta el pueblecillo Ripley, donde me rendé y tuve la precaución de llenar mi cantimplora y guardar en el bolsillo un paquete de *sandwichs*. Luego, cuando comenzaba á anochecer, emprendí la vuelta hacia Woking. Aguardé á que no pasara nadie por el camino de Briarbrae—que no debe ser muy frecuentado,—y penetré en el jardín saltando la tapia.

—¡Pero si estaría abierta la puerta!...—exclamó Phelps.

—Es posible, pero yo soy muy raro á veces,

Elegí el sitio donde crecen aquellos tres abetos, y gracias á ellos pude ir hasta vuestra ventana sin que nadie me viera. Una vez allí, me acurruqué entre los rosales—fijaos en el estado de mis pantalones,—y aguardé los acontecimientos.

Estaba abierta la ventana y veíase perfectamente á miss Harrison, leyendo sentada cerca de la mesa. A las diez y cuarto se levantó, cerró las contraventanas y al poco rato le senti cerrar la puerta con llave.

—¿Con llave?—interrumpió Phelps.

—Sí; yo le había encargado á miss Harrison que cerrase la puerta con llave y se guardara ésta. Vuestra novia siguió al pie de la letra mis instrucciones, y á no ser por ella no tendríais ese papel en el bolsillo. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Quedábamos en que yo estaba acurrucado en el rosal.

Poco á poco se fueron apagando todas las luces de la casa. La noche era hermosa; las estrellas titilaban tranquilas en el cielo y la luna rodaba serena derramando su luz blanca sobre los árboles. A pesar de estos encantos, confieso que pasé una mala noche. Sentía esa excitación particular de los cazadores que acechan el paso de alguna fiera. La espera fué larga, tan larga como aquella noche que pasamos en una

cámara mortuoria, ¿os acordáis, Watson? Por fin, y poco después de las dos, sonó un cerrojo, chirrió una llave, se abrió sigilosamente la puerta de servicio y un rayo de luna vino á caer sobre el semblante de José Harrison.

—¡José!—exclamó Phelps.

—Iba sin nada á la cabeza—prosiguió Holmes, como si no hubiese oído la exclamación;—pero llevaba una capa sobre los hombros, seguramente para cubrirse la cara á la primera alarma. Avanzó de puntillas por el césped hasta el pie de la ventana, y luego, introduciendo con mucho trabajo la hoja de un cuchillo, consiguió levantar el picaporte. Entonces lanzó un suspiro de satisfacción y empujó las dos maderas. Quedó abierta la ventana y saltó dentro de la estancia. Desde mi escondite yo veía perfectamente todos sus movimientos. Le vi encender las dos velas que hay encima de la chimenea; después se arrodilló y levantó un poco la alfombra cerca de la puerta; luego levantó también un ladrillo y sacó un rollo de papel. Inmediatamente volvió á colocar el ladrillo en su sitio, luego la alfombra, apagó las dos velas... y vino á caer en mis brazos.

Hay que confesar que vuestro futuro cuñado es peor persona de lo que yo suponía; dos veces intentó hundirme el cuchillo en la garga-

ta, y á no ser porque paré los golpes con esta mano, ahora no podría contarlos. Su ojo—el otro se lo deshice de un puñetazo,—tenía la fría y resuelta mirada de un asesino. Sus dientes, incrustados unos en otros, manifestaban una rabia sorda... Pero fuí el vencedor; le quité los papeles y le dejé escapar. Hoy mismo he telegrafiado á Forbes dando los detalles, y ojalá no lleguen tarde para apoderarse del ladrón. Aunque creo que los señores Holdhurst y Phelps preferirían que se escapara el pájaro y con él el escándalo. ¿No es cierto?

—¡Dios mío!—exclamó el diplomático.—¿Es decir que durante estas nueve semanas el documento robado se hallaba en mi misma alcoba?

—Justo.

—¿Y José? ¿José, el hermano de mi Ana, resulta un canalla, un ladrón?

—Creo que las circunstancias le han obligado al crimen. Siendo, como es, un egoísta, se conoce que no supo resistir la tentación de apoderarse de una fortuna inesperada, sin preocuparse de la felicidad de su hermana ni de vuestra honra.

Percy Phelps se llevó las manos á la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! Yo me vuelvo loco...

—Yo sospechaba ya de José—prosiguió Hol-

mes,—puesto que me habíais dicho que iba á buscaros todas las noches al ministerio de Estado para volver juntos á Woking. Luego, cuando me enteré de que un individuo había intentado penetrar en vuestra alcoba, donde nadie, excepto José, podía tener escondido nada—¿no nos habéis dicho que vuestro cuñado dormía en esa habitación antes de esa enfermedad?—mis sospechas se convirtieron en certidumbres; mucho más teniendo en cuenta que la tentativa se hizo por la noche y la primera vez que dormís-teis sin que nadie os velara, lo cual demuestra que el intruso estaba al corriente de lo que ocurría dentro de casa.

—¡Qué ciego he sido!

—Ya con estos datos pude reconstruir perfectamente los hechos, casi seguro de no engañarme. Veréis: José Harrison entró la noche del 23 de mayo en el ministerio por la puerta de Charles Street. Conociendo como conocía el camino, fué directamente á vuestro despacho y llegó un segundo después de haber salido vos. No viendo á nadie tocó el timbre, y mirando distraídamente á su alrededor vió los papeles que había sobre la mesa. En seguida comprendió que aquel documento representaba un valor considerable, y metiéndolo en el bolsillo sa-

lió inmediatamente siguiendo el mismo camino que unos segundos antes. Recordaréis que pasaron unos minutos sin que el ordenanza os llamara la atención respecto del timbre; es decir, lo bastante para que el ladrón pudiera escapar.

Tomó el primer tren, y ya en Woking debió asegurarse una vez más del valor que tenía el documento y lo ocultó en el sitio que creyó más seguro, pensando llevarlo al siguiente día á la embajada de Francia ó á cualquiera otra parte donde se lo pagaran bien. Pero el destino se encargó de disponer las cosas de otra manera. Volvisteis inesperadamente, os aposentaron en la alcoba de José, y desde entonces no os dejaron solo ni un instante. Por último, cuando ya dormís-teis sin que nadie os velara, José vió el cielo abierto é intentó introducirse en el cuarto. Vuestro insomnio le fué fatal. Por eso procuré que la noche siguiente no estuviérais en casa, adivinando que, ya más seguro del éxito, procuraría dar de nuevo el golpe. Para impedir que se nos adelantara aprovechando cualquier descuido, le encargué á miss Harrison que no se moviera de vuestro cuarto ni un segundo. Después, cuando vino la noche, me escondí... y ya sabéis lo demás.

—Decid—interrogó febrilmente Phelps.—

¿Creéis que José llevaría el cuchillo para matarme ó únicamente para abrir la ventana?

Holmes se encogió de hombros.

—No sé; pero os puede asegurar que José Harrison es un individuo capaz de todos los crímenes y de todas las ruindades.

EL ROSTRO AMARILLO

I

Siempre expectador, y actor frecuentemente de los extraños dramas y á veces jocosas comedias en que Sherlock Holmes intervenía y demostraba sus prodigiosas facultades de observador y de psicólogo, he procurado reflejar en estas incoherentes Memorias todos sus triunfos, callando sus fracasos, que, en honor á la verdad, han sido pocos.

Sin embargo, Holmes se equivocaba también, y yo, fiel cronista de todo, tomaba nota de estas *planchas* de igual modo que de aquellos éxitos. Hoy, pues, amigo lector, vamos á hablar de un asunto en que la imaginación de Holmes viajó demasiado.

Aconteció que una tarde de primavera, después de un largo y delicioso paseo por Hyde Park, regresamos Sherlock Holmes y yo á nuestra casa de Baker Street, y al entrar nos dijo el criado :

—Ha estado aquí un caballero preguntando por el señor.

El rostro de Holmes demostró atención.

—¿Y se ha ido ya?

—Sí, señor.

—¿No le suplicasteis que pasara á descansar?

—Sí, señor.

—¿Y aceptó?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo estuvo aguardando?

—Una media hora aproximadamente. Parecía muy agitado, y mientras estuvo en vuestro cuarto yo le vi por el ojo de la cerradura dar muchos paseos y murmurar incoherentes palabras. Luego abrió de improviso la puerta, gritando :—«¿Pero ese hombre es que no piensa venir?»—Son sus mismas palabras, señor.—«Esperad un poco más, ya no puede tardar.»—«No, voy á esperarle fuera ; aquí me ahogo.» Y se fué.

—Está bien, Gibson, habéis hecho todo lo que podíais por retenerle. Pero el caso es, ami-

go Watson—añadió camino de nuestro cuarto,—que estoy muy disgustado por haber perdido la ocasión de intervenir en un asunto interesantísimo á juzgar por la impaciencia de ese hombre. ¡Calla! ¿Es vuestra esa pipa?

—Mía, no—respondí.

Sobre la mesa había una antigua pipa de ce-rezo y ámbar legítimo.

—Verdaderamente —continuó Holmes examinándola muy atentamente,—nuestro hombre debía de estar muy turbado cuando olvidó esta pipa tan estimada por él.

—¿Por qué lo sabéis?

—¡Caramba! Porque ha costado seis chelines y medio y ha sido compuesta dos veces. Como veis, cada una de estas composturas se han hecho con una sortija de plata, que sin duda alguna costaron más del doble del valor de la pipa. Esto demuestra, amigo Watson, el amor que le tiene su propietario cuando renuncia á comprarse otra nueva por menos dinero del que le cuesta componer la antigua.

Luego, indicándola con su índice, largo y huesudo, continuó con el tono de un doctor que explicara una autopsia ante sus discípulos.

—Nada más extraordinario y personal que las pipas. A excepción de los relojes y los cordones

de las botas, no hay nada como las pipas para demostrar con pruebas indudables el carácter y los hábitos de su dueño. Por ejemplo, el propietario de esta pipa es un hombre vigoroso, zurdo, posee una dentadura excelente, es algo descuidado y disfruta de una fortuna bastante regular.

Yo me eché á reír.

—Lo cierto es, amigo Holmes, que no deja de ser extraño juzgar de la fortuna de un hombre por una pipa de seis chelines.

—Esto—respondió mi amigo vaciando la pipa en la palma de la mano,—es tabaco Grosvenor; y el hombre que gasta el tabaco más caro de cuantos se conocen, es indudable que no necesita hacer economías.

—Me habéis convencido; ¿y respecto de las demás observaciones?

—Tiene la costumbre de encender la pipa en un mechero de gas. Fijaos en las quemaduras de este lado, que no son, seguramente, de una cerilla. Como es el lado derecho el que está quemado, he deducido que el individuo es zurdo. A ver, aproximáos á la luz como si fuérais á encender la pipa. ¿Veis? Se quema el lado izquierdo. Finalmente, he adivinado que se trataba de un hombre fuerte y de poderosa dentadura, con sólo ver el destrozo del ámbar. Ade-

más... pero me parece que suben la escalera. Debe ser él.

Un instante después se abrió la puerta y apareció un hombre alto y distinguido; vestía correctamente de gris y en la mano derecha sostenía un sombrero flexible negro. A primera vista aparentaba unos treinta años; pero mirándole detenidamente se comprendía tenía algunos más.

—Dispensadme si he entrado sin pedir permiso—dijo inclinándose ceremoniosamente; pero estoy de tal modo trastornado que no sé lo que hago y olvido los actos más naturales.

Y pasándose la mano por la sudorosa frente se dejó caer en el sillón más próximo.

—No os preocupéis de esas faltas—dijo Holmes muy cortésmente.—A simple vista se comprende que no habéis pegado los ojos desde hace dos noches, y esto fatiga demasiado. ¿Os sentís mejor?

—Sí, un poco más tranquilo.

—Bien; en ese caso, ¿en qué puedo servirlos?

—Vengo necesitado de vuestros consejos. Mi vida se ha roto por el resorte que me era más necesario y más querido.

—¿Venís en busca del policía?

—No; es decir, si... no sé. Más que al poli-

cía buscó al psicólogo, al hombre de mundo, al que sabe de todo y á todo encuentra solución. Voy á poner mi alma en vuestras manos.

Hablaba con voz entrecortada y premiosa, como si las ideas se fueran formando con gran trabajo en el cerebro. Holmes escuchaba serio, imperturbable, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos del pantalón.

—Voy á confiaros un secreto íntimo. Bien sabe Dios con cuanta pena he de hacerlo y bien sabe cuánto trabajo y cuánta vergüenza ha de costarme inmiscuir á dos personas, á quienes acabo de conocer, en las dudas que tengo respecto de mi esposa.

—Mi querido señor Grant Munro...—comenzó á decir Holmes.

Nuestro visitante dió un salto.

—¿Como conocéis mi nombre?

—Si otra vez deseáis guardar el incógnito, os aconsejo que no escribáis el nombre en el forro del sombrero, y mucho menos que pongáis éste de manera que lo puedan ver vuestros interlocutores. No obstante, he de advertiros que mi amigo y yo hemos oído aquí mismo innumerables confidencias á infinidad de personas y ninguna ha tenido hasta ahora que arrepentirse y sí grandes motivos de alegrarse de ello. Así, pues, os aconsejo que seáis enteramente

franco, en la seguridad que sabemos ser discretos y de que pondremos todos los medios posibles para traer á vuestro espíritu la tranquilidad perdida.

Dudó unos segundos más nuestro visitante; después se pasó la mano por la frente, humedeció sus labios con la lengua y principió á hablar:

—Hace tres años, señor Holmes, contraí matrimonio, y desde esa fecha no he tenido motivo alguno de disgusto hasta ahora. Mi mujer y yo nos adorábamos y nuestros espíritus marchaban acordes en todo: hermanos en amores y hermanos en odios. Pero desde el lunes pasado toda esta felicidad se derrumbó. Entre mi mujer y yo se ha abierto un abismo infranqueable. He comprendido que en su vida, en el fondo de su corazón, ha surgido el primer misterio, el primer secreto y ya se inicia la separación de almas, á la que seguirá quizá la separación de cuerpos.

Antes de seguir adelante he de advertiros, señor Holmes, que mi mujer me ama, me sigue amando, no ha dejado de quererme ni un solo instante y tal vez su cariño sea mayor que antes...

—¿Entonces?...—interrumpió Holmes con alguna impaciencia.

—Pero hay un secreto entre los dos y basta con eso para labrar mi desdicha.

—¿Cuándo conocisteis á vuestra esposa?

—Ahora voy á decirlo. Cuando yo me casé con Effia—se llama Effia,—tenía unos veinticinco años y era viuda de un tal Hebson, abogado de gran fama en Atlanta (América), había tenido un hijo de este hombre, y cierto año en que sobrevino la fiebre amarilla, fueron atacados de ella su marido y su hijo, muriendo los dos según atestiguan las actas de defunción que tuvo que presentar Effia para contraer segundas nupcias. Causáronle tal horror estas dos muertes que abandonó inmediatamente á América y vino á vivir con una anciana tía suya en el condado de Middlesex. Su marido le dejó un capital de cuatro mil quinientas libras, que le permitía vivir con algún desahogo. Nos conocimos cuando apenas llevaba ella seis meses en Pinnez y nos casamos en seguida.

Yo soy comerciante y gano unas ochocientas libras anuales, que, unidas á la renta de Effia, componen una fortuna bastante regular. Gracias á ello vivimos con mucha holgura y nos permitimos el lujo de vivir en un precioso hotel que hemos alquilado en Norbury en medio del campo. A excepción de una posada y otros dos hoteles, no hay más edificio en las cercanías.

Durante el año yo tengo que hacer muchos viajes á Londres; pero en el verano paso una larga temporada con mi mujer y somos, es decir éramos, los seres más dichosos de la tierra.

¡Ah! Se me olvidaba. Cuando nos casamos, quieras que no, y á pesar de mis insistentes negativas, Effia me entregó toda su fortuna, suplicándome que la uniera á la mía y que dispusiera á mi gusto. Pues bien, hará unas seis semanas Effia entró en mi despacho y bajando los ojos, demostrando gran turbación, me dijo:

—Ya recordaréis, Jack, que cuando os entregué mi fortuna, la aceptásteis con la condición de que si yo la necesitaba alguna vez os la pidiera sin reparo de ninguna clase.

—En efecto. ¿Qué deseáis?—contesté algo extrañado.

—Necesito cien libras.

Supuse que se trataba de algún capricho, pero no pude reprimir mi curiosidad.

—¿Para qué?—dije casi inconscientemente.

—Ya sabéis—prosiguió ella más tranquila y sonriendo levemente,—que me prometisteis no ser más que mi banquero.

—¿Y qué?

—Nada; que los banqueros no preguntan nunca á sus clientes.

‘Aquello me intrigó y sin poder ocultar mi disgusto, dije con sequedad.

—Bien; tendréis esa cantidad.

—Os lo agradeceré mucho.

—Pero ¿no puedo saber en qué vais á emplearla?

—Quizá algún día lo sepáis. Hoy no.

Firmé, pues, á regañadientes el cheque de las cien libras y se lo di. Había nacido entre nosotros dos el primer secreto.

Una de las dos casas de campo próximas á la nuestra, la más bonita, con amplios ventanales, con piedras musgosas y plantas trepadoras, se halla separada de nosotros por un bosquecillo de pinos, al cual me agrada ir en mis horas de ocio. El lunes último quedé sorprendido durante mi paseo al ver que entraban muebles y sacudían alfombras en esta casa que yo conocí siempre cerrada y sin gente. Acicateado por la curiosidad, me aproximé haciéndome el distraído y miré hacia las ventanas. ¡Nunca lo hubiera hecho, señor Holmes!

Detrás de uno de los cristales me acechaba una cara, pero desde la distancia á que yo estaba no se distinguían bien los rasgos; únicamente puedo deciros que no era un rostro humano ni natural, tenía algo de rostro de pesadilla, de creación de mente enferma. Me acerqué un

poco más y entonces la cara desapareció, con tal rapidez como si le hubiera tragado la obscuridad.

Permanecí un momento sin saber lo que me pasaba y procuré coordinar las ideas. ¿Había visto un semblante de mujer ó de hombre? No lo sabía. Sólo recordaba una cara amarillenta hasta la lividez y unos ojos fijos, tristes, de espantoso mirar.

Sin saber cómo mis pies me condujeron hasta la puerta de la casa y mi mano tiró de la campanilla. Abrió una mujer alta y escueta, con cara de pocos amigos.

—¿Qué queréis?—me preguntó con marcado acento del Norte.

—Soy vecino vuestro, vivo en aquel hotelito—contesté,—y al ver que os instalabais aquí, he pensado que quizá os fuera útil.

—Bien. Ya os avisaremos si acaso nos hiciérais falta—repuso ella dándome con la puerta en las narices.

Preocupado por esta nimia aventura regresé á mi casa y todo el día estuve molesto pensando en quienes serían los nuevos inquilinos, y sobre todo á que ser pertenecería la cara amarilla. Al principio decidí no contarle á mi mujer lo que me había ocurrido, teniendo en cuen-

ta su carácter nervioso é impresionable; pero cuando nos acostamos se me escapó.

—¿Sabéis que se alquiló la casa misteriosa? No me respondió. La creí dormida, y volviéndome yo del otro lado procuré hacer lo mismo.

Yo tengo el sueño bastante pesado, y más de una y de dos veces se han burlado de mí diciéndome que no me despertaría el estampido de un cañón. Sin embargo, esta noche, tal vez por las impresiones de por la tarde, no fué así. Medio amodorrado, pero sin dormirme del todo, comprendí que sucedía algo extraordinario en la alcoba. Abrí los ojos y lleno de asombro vi á mi mujer enteramente vestida, y poniéndose una capa y un sombrero como para salir. Ya me disponía á preguntarle adonde iba á aquellas horas, cuando le dió de lleno la luna en la cara. ¡No recuerdo haber visto en ella una palidez semejante, un dolor mayor en la caída de los labios, un miedo tal en sus ojos; anhelante, lívida, miraba de vez en cuando para cerciorarse de si mi cuerpo, que permanecía en la sombra, se había movido! Luego, ya concluída su *toilette*, salió de puntillas de la alcoba, y un instante después sentí chirriar la puerta de la calle. Me senté en la cama y hasta me tiré dos ó tres pellizcos para asegurarme de que estaba desperto. ¡Por desgracia si lo estaba! Miré el reloj, y

eran las tres de la madrugada. ¿Qué demonios tenía que hacer Effia á aquellas horas?

No sé cuánto tiempo pasó en estas reflexiones; pero todavía estaba dándole vueltas al enigma, cuando sentí crujir la escalera, abrirse la puerta de la alcoba y entrar mi esposa.

—¿Adónde habéis ido Effia?—exclamé.

Ella se estremeció y dejó escapar un grito involuntario. Este grito y aquel estremecimiento me hicieron mucho daño. Habitudo á la franqueza y lealtad de mi mujer, sufrí horriblemente al ver que temblaba entrando en su alcoba y que la voz de su marido le causaba espanto.

—¡Ah! ¿Os habéis despertado Jack?—contestó ella procurando sonreír.—¡Y yo que pensaba que no os despertaría un cañonazo!...

—¿Dónde habéis estado?—repetí levantando la voz.

—Comprendo que os haya sorprendido—continuó ella, temblándole la voz y las manos, que principiaron á desabrochar el vestido.—Nunca me ha pasado una cosa semejante. Figuraos, Jack, que de improviso sentí que me ahogaba, que me faltaba el aire y salí al campo á respirar. He estado fuera tres ó cuatro minutos; pero han sido suficientes.

Yo observé que durante esta explicación esquivó mis miradas, y que la voz era temblona é

insegura. Sin duda alguna mentía. Desesperado, convulso, me volví de cara á la pared y no pude conciliar el sueño; mil sospechas, mil crueles dudas asaltaron mi espíritu. ¿Por qué había salido mi mujer? ¿Adónde había ido? ¿Por qué se turbó al contestarme? Y la noche pasó lenta, inacabable, atenazando mi corazón y torturando mi cabeza.

Al día siguiente, mejor dicho, aquel mismo día, tenía pensado venir á Londres, pero comprendiendo que no tenía el cerebro para nada me quedé en el hotel. Mi mujer parecía tan preocupada y tan triste como yo. Durante el desayuno apenas pronunciamos dos ó tres frases, y me faltó tiempo, en cuanto terminó, para salir al campo buscando aire y libertad para mis cavilaciones.

Fuí hasta el palacio de Cristal, donde estuve mucho rato, y á eso de la una de la tarde volvía hacia Norbury, cuando al pasar por delante de la misteriosa casa de campo recordé lo sucedido el día anterior y me detuve un momento mirando á las ventanas. ¡Cuál sería mi asombro, señor Holmes, al ver abrirse la puerta de la casa y salir á mi misma mujer! Quedé estupefacto; pero por muy conmovido que yo estuviera, más, mucho más, lo estaba mi mujer. Al verme, dudó si volver á entrar en la casa; pero luego, com-

prendiendo que sería inútil ocultarse, avanzó hasta mí, con las manos tendidas y la sonrisa en los labios.

—¡Hola, Jack!—dijo, intentando fingir una tranquilidad que desmentían sus ojos llenos de terror, su voz temblorosa y sus mejillas lívidas. —He venido á ofrecirme á los nuevos vecinos. Pero, ¿por qué me miráis así? ¿Estáis incomodado conmigo?

—¿De manera que fué aquí dónde vinisteis esta noche?

—¡Cómo!

—Sí; tengo la seguridad de que vinisteis aquí. ¿Quién es esta gente para que la visitéis con tanta familiaridad?...

—Esta ha sido la primera vez que he venido á esta casa.

—¡Mentís!—grité ya fuera de mí.—Vuestra conducta es infame, señora. ¡Ahora mismo, voy á conocer la verdad!

Y me dirigí hacia la casa. Pero ella se me abrazó y sujetándome fuertemente, se echó á llorar.

—No, Jack, no, ¡por Dios! Os ruego que no entréis ahí. Algún día lo sabréis todo, os lo diré yo; pero ahora, no; no puede ser.

Yo intenté desasirme de ella, pero no lo conseguí.

—¡Vamos! ¡Dejadme!

—¡No, Jack, no! Tened confianza en mí. Tened confianza y no os arrepentiréis. Ya sabéis que yo jamás he tenido secretos para vos. Ahora, en estos momentos, se juega nuestra paz futura. Si entráis ahí todo está perdido; si no entráis, volverá la felicidad á nosotros.

Había en su voz tal desesperación y tal sinceridad, que me paré irresoluto delante de la puerta.

—Bueno. Consiento en no entrar; pero ha de ser con una condición.

—Decidla.

—Podéis guardar el secreto todo el tiempo que os plazca; pero vais á darme palabra de no volver más á esta casa.

—Está bien. Haré lo que queréis. Ahora vámonos, vámonos pronto.

Y me tiraba del brazo con todas sus fuerzas, aumentadas por la excitación nerviosa.

Me dejé llevar, y conforme andaba, volví la cabeza y miré á la ventana. Detrás de los cristales estaba el rostro amarillo.

En los días siguientes no salí de casa, y durante ese tiempo mi mujer cumplió su palabra de no salir tampoco. Pero al tercer día...

Al tercer día tuve absoluta necesidad de venir á Londres y á la vuelta tomé el tren de las

dos y cuarenta en vez del de las tres y treinta y seis que es el que tengo costumbre de tomar siempre. Al entrar en casa encontré á la criada y me pareció notar que se turbó algo al verme.

—¿Dónde está la señora?—interrogué.

—¿La... la... señora? Creo que ha salido á dar un paseo.

La actitud de la criada me llamó la atención y despertó las dormidas sospechas. Subí al primer piso para asegurarme de que Effia no estaba en la casa y al mirar casualmente por una ventana, vi á la criada que corría campo á traviesa hacia la casa misteriosa. Ciego de cólera descendí las escaleras dispuesto á terminar de una vez. Me interné en el bosquecillo de pinos y me crucé con mi mujer y la criada que pasaron corriendo casi á mi lado, sin divisarme. Me alegré de ello. Yo iba dispuesto á entrar fuese como fuese en la casa enigmática.

Así lo hice, la puerta estaba entreabierta; di un empujón...

En el primer piso todo respiraba placidez y tranquilidad. De una habitación cercana venía el cantar del agua hirviendo en una olla. Un gato gordo y negro dormitaba sobre las losas.

Subí al segundo piso y hallé otras habitaciones enteramente desiertas. No se oía un rumor, una voz. La casa debía estar vacía. El muebla-

je de aquellos cuartos no podía ser más vulgar ni más modesto. Empujé una puerta y entré en otro cuarto—precisamente al que correspondía la ventana donde vi la cara amarilla,—cuyos muebles formaban rudo contraste con las piezas anteriores por su lujo y su buen gusto. Encima de la chimenea había un retrato de mujer.

Permanecí mucho rato hasta asegurarme de que no había nadie en la casa. Luego, con el alma rota, ya sin rabia, sin voluntad, con un dolor inerte salí de la casa y entré en la mía. Effie me aguardaba en el despacho.

—Perdonadme, Jack—dijo al verme.—He faltado á mi promesa ; pero si lo supiérais todo, me perdonaríais.

—¡ Pues decidlo !—grité.

Ella se retorció las manos con desesperación.

—No puedo, Jack, no puedo. Me es imposible.

—Pues bien, hasta que me digáis quién es la persona que habita esa casa y por qué le habéis dado este retrato, no habrá nada de común entre nosotros.

Y rechazando sus brazos, desoyendo sus súplicas, salí de casa y subí al primer tren.

Esto pasó ayer, y desde entonces no le he vuelto á ver, ni sé nada más respecto de esta desgracia que ha caído sobre mí. Ahora, señor

Holmes, espero vuestros consejos ; os suplico que no me abandonéis, porque en vos confío... Yo no puedo más...

Holmes y yo habíamos oído el extraordinario relato con la mayor atención. Cuando Grant Munro terminó de hablar hubo un gran silencio ; Holmes permaneció cortos instantes con la barba clavada en las dos manos.

—Vamos á ver—interrogó al fin,—¿ podríais decirme con toda seguridad, si ese rostro amarillento era de hombre ?

—No lo sé. Siempre lo vi á mucha distancia y de un modo confuso. Además, cuando intentaba acercarme, desaparecía. Lo único que sé es que tenía un aspecto repulsivo.

—¿ Cuánto tiempo hace que os pidió vuestra esposa las cien libras ?

—Unos dos meses.

—¿ Habéis visto algún retrato de su marido anterior ?

—No. Según parece hubo un incendio en Atlanta poco después de su muerte, y desaparecieron todos los papeles.

—Excepto una acta de defunción, ¿ no es eso ?

—Bueno ; pero esa fué una segunda que hizo extender ella. La primera se quemó con las demás.

—¿Habéis visto alguna persona que le conociera á ella en América?

—No.

—¿Habló alguna vez de regresar allá?...

—Tampoco.

—¿Recibe cartas?

—¿Cómo cartas?

—Sí; cartas de América.

—Que yo sepa, no.

—Está bien. Por ahora no necesito más datos. Si la casa de campo está en efecto deshabitada, nos ha de costar poco trabajo descubrir el misterio; pero si, como supongo, esa gente huyó al entrar vos y ha vuelto después que os marchásteis, la cosa varía favorablemente. Por lo tanto, vamos á hacer lo siguiente: esta misma tarde regresáis á Norbury y procuráis enteraros si hay gente en la casa; si la hay nos ponéis un telegrama é inmediatamente nos tendréis allí, y resolveremos el problema.

—¿Y si no hay nadie?

—En tal caso yo iré mañana á hablar con vos. Vaya, señor Grant Munro, no perdamos el tiempo. Marchad inmediatamente y confiad en mí.

—¿Qué os parece, amigo Watson?—me dijo Holmes tan pronto salió nuestro cliente.

—Mal, muy mal—repuse.

—Así lo creo. Me parece que se trata de un *chantage*.

—¿Por parte de quién?

—Muy sencillo. Por esa persona de cara linda que tiene poder bastante para hacerse visitar por la mujer de Grant y hasta para que le regale un retrato suyo.

—¿Qué? ¿Tenéis ya una pista?

—Sí. El primero, el legítimo marido de Effia, está en Norbury. El rostro amarillo es el suyo.

—¿Por qué lo suponéis?

—Escuchad: Effia se casó en América con un hombre, indudablemente, de mala conducta, dado al jolgorio y á la mala vida. Quizá su marido adquiriese una enfermedad vergonzosa y terrible. Entonces ella le abandonó horrorizada. Vino á Inglaterra, cambió de nombre, se hizo una existencia nueva, conoció á Grant y con él se casó, valiéndose de un acta de defunción de cualquiera, cuyo nombre adoptó para ocultar su pasado. Durante tres años todo marchó como sobre ruedas; pero de improviso, inesperadamente, le sorprende una carta del primer marido—á quien acaso acompañe alguna sinvergüenza—en que le amenaza con presentarse en Norbury y descubrirlo todo.

Effia le pide cien libras á Grant é intenta con

ellas tapar la boca al *chantagista*. Pero éste, no contento con esa cantidad, marcha á Norbury y alquila la casa próxima á la de su esposa. Grant le dice á ésta que ya hay inquilinos en aquélla, y Effia aprovecha el sueño de su segundo marido para correr en busca del primero y convencerle de que debe dejarle vivir en paz. No lo consigue y tiene que volver al día siguiente. Entonces le sorprende Grant, obteniendo de ella la promesa de que no volverá más. Pero ella no está tranquila y aprovechando una ausencia de su segundo marido vuelve á ver al primero, llevando como medio de convicción un retrato que quizá le pidieran. En esto vuelve Grant; la criada corre á prevenirle y ella consigue que los otros salgan por una puerta trasera y se oculten en el pinar mientras Grant registra la casa. Después, pasada la alarma, volverían á entrar en ésta. ¿Qué os parece mi razonamiento?

—Muy justo. Sin embargo, no pasa de ser una conjetura.

—Sí; pero es la única que tiene noventa y nueve probabilidades contra una de ser la verdad. Ningún asunto ha estado tan claro para mí.

—Entonces, ¿por qué no comenzáis á trabajar en seguida?

—No. Ahora tenemos que esperar el telegrama de Grant Munro. Entretanto, ¿queréis que toque en el violín la sexta de Beethoven?

II

Aquella misma tarde recibimos un telegrama extendido en los siguientes términos:

«Visto rostro amarillo ventana. Os aguardo
»tren de las siete. No haré nada hasta que lle-
»guéis.

»G. M.»

Al bajar en la estación de Norbury hallamos á Grant Munro que esperaba nuestra llegada, febril, impaciente, con todas las señales de haber pasado la noche sin dormir.

—Están allí—le dijo á Holmes cogiéndose de su brazo y saliendo de la estación.—Al pasar por delante de la casa he divisado luz en las ventanas. Ahora me las van á pagar todas.

—¿Qué es lo que pensáis hacer?—interrogó Holmes.

—Entrar á toda costa y procurar que no se me escape. Vosotros dos me serviréis de testigos.

—¿Estáis enteramente decidido?

—Enteramente decidido.

—¿A pesar de los consejos y súplicas de vuestra mujer?

—A pesar de ello.

—Muy bien. Después de todo yo creo que tenéis razón en obrar así. La verdad es mil veces más preferible á la incertidumbre. ¡Vamos andando!

La noche era muy sombría y una lluvia fina principiaba á caer cuando dejamos el camino real y nos internamos por un sendero á cuyos lados crecían altos árboles. Grant Munro marchaba delante como guía, detrás Sherlock Holmes y por último yo.

—Ahí tenéis la casa—dijo Grant, deteniéndose y señalando unas luces que se veían á través de los árboles.

De pronto nos hallamos delante de la casa misteriosa. Un cuadrado de luz se tendía sobre los escalones, lo cual indicaba que estaba abierta la puerta. A través de los cristales de una ventana se vió pasar una silueta.

—¡Ahí está ese demonio!—exclamó Grant,

señalando á su mujer.—Vamos, vamos antes de que se aperciban.

Llegábamos á la puerta cuando en aquel momento salió una mujer. La luz le bañaba por completo, pero yo pude distinguir su rostro. Sus brazos se tendieron con ademán de desesperada súplica.

—¡Por el amor de Dios, Jack, no entréis! Tenía el presentimiento de que esta noche vendríais. No entréis. Reflexionad que... ¡Tened confianza en mí!

—¡Vaya, basta de lagrimeos y de desplantes!—contestó él, intentando separarla de la puerta.—Ya he tenido bastante confianza y no estoy dispuesto á hacer más el... ¡Vamos! ¡Dejadme, Effie!

Ella dejó caer los brazos, prorrumpiendo un gemido. Grant Munro precipitose dentro de la casa, y Holmes y yo le seguimos. En el piso bajo nos salió al encuentro una mujer ya vieja, que intentó detenernos, pero Grant la rechazó de un empujón y subimos rápidamente la escalera.

Entramos en el único cuarto que tenía luz. Era una habitación alegre, lujosamente amueblada. Sobre la chimenea ardían dos velas y otras dos sobre la mesa. En un rincón, inclinada sobre un pupitre, había una persona, una

muchacha. Se hallaba de espaldas á nosotros, pero vimos que vestía un traje rojo y calzaba guantes blancos hasta el codo.

Al percibir el ruido de nuestras pisadas se volvió, y al ver aquel rostro lívido, inexpresivo, horrible, lanzamos una exclamación de horror. Pero pronto se deshizo el misterio.

Holmes, riendo á carcajadas, pasó la mano por la nuca de la muchacha y la careta amarilla cayó al suelo, apareciendo en cambio el semblante de una negrita, que nos sonreía mostrando la blancura de sus dientes. Yo hice coro á las carcajadas de Holmes, pero Grant permanecía estupefacto.

—¿Pero qué quiere decir esto, Dios mío?—exclamó.

—Os lo voy á decir—contestó su mujer entrando en la habitación, con el rostro descompuesto aún, pero decidida á todo.—Vais á saberlo, y conste que me habéis obligado de un modo bastante brutal á decirlo: mi marido falleció en Atlanta; pero mi hija, que es esta muchacha, quedó con vida.

—¡¡ Vuestra hija!!

Effia sacó del pecho un gran medallón de plata.

—¿Pero eso se abre?—exclamó Grant.

Effia apretó un resorte y apareció el retrato

de un hombre verdaderamente hermoso é inteligente; pero cuyos rasgos demostraban que pertenecía á la raza negra.

—Este es el retrato de John Hebson—continuó ella,—y no he conocido un ser de más nobles sentimientos ni de alma más elevada. Para casarme con él tuve que renunciar con toda mi familia; pero no hube de arrepentirme de ello durante el tiempo que duró nuestro matrimonio. Tuvimos una hija, que en vez de parecerse á mí, nació negra, mucho más negra que su padre. Pero negra ó blanca yo la amo con toda mi alma y ella constituye mi única alegría.

Al oír esto la niña corrió hacia su madre y se arrojó en sus brazos.

—Si la dejé en América, fué temiendo que le fuera fatal á su delicada salud un brusco cambio de clima. Quedó al encargo de una escocesa que nos había servido siempre con la mayor fidelidad; pero pensando en que más pronto ó más tarde había de traerla conmigo. Entonces fué cuando os conocí, Jack, y no me atreví á deciros la verdad temiendo que fuera un inconveniente para nuestro amor. Puesta en el dilema de escoger ante mi hija y vos, abandoné á mi hija. Durante tres años, y á pesar de que yo sostenía frecuente correspondencia con la criada escocesa, no habéis sospechado nada. Pero

llegó un día en que no me fué posible contenerme : el deseo de ver á mi hija se hizo irresistible, y despreciando todos los peligros y arrojando todas las consecuencias, os pedí cien libras y se las envié á la escocesa para que vinieran á Inglaterra y alquilaran esta casa. Temerosa de vos, le encargué las mayores precauciones, entre otras, que no dejara salir á Lucía durante el día, y que además le pusiera una careta y unos guantes blancos. ¡ Quizá si le hubiera ocultado menos hubiera sido mejor !

Vos fuísteis el primero que me dísteis la noticia de su llegada. Procuré esperar á que fuera de día para abrazar á mi hija ; pero no pude contenerme y salí á media noche, confiada en lo pesado de vuestro sueño. Lo demás, ya lo conocéis. Me habéis sorprendido dos veces, y la última tuvimos tiempo de que se escaparan Lucía y la criada por una puerta, mientras vos penetrábais por la otra. Ahora tenéis mi vida en vuestras manos. Decidid.

Y cruzando sus manos crispadas, esperó.

Pasaron dos largos minutos.

De pronto Grant Munro se apoderó de la niña, la besó cariñosamente, y después, cogiéndola en brazos, tendió la mano á su mujer, diciendo :

—Vamos á casa. Allí hablaremos con más comodidad.

Luego, con una sonrisa de bondad, prosiguió :

—Ya veis, Effia, que aunque no sea ningún santo, habéis hecho muy mal en dudar de mí.

Holmes y yo salimos detrás del ya dichoso matrimonio. En medio del camino, Holmes me tiró de la manga, y acercándose á mi oído, dijo :

—Me parece que nuestro puesto está en Londres y no aquí.

Nos separamos, pues, sin despedirnos, y Sherlock Holmes no volvió á hablar de la aventura hasta que ya en casa, al ir á acostarnos, me alargó la mano, diciéndome con mucha amargura :

—Voy á pedir os un favor, amigo Watson. Si alguna vez veis que tengo demasiada confianza en mí mismo y que obro un poco de ligero me decís al oído «Norbury» y os lo agradeceré muchísimo. Buenas noches.

CARLOS-AUGUSTO MILVERTON

I

Una tarde de invierno, al volver Holmes y yo á casa después de un largo paseo, hallamos encima de la mesa una tarjeta. Holmes la cogió, y después de leerla la tiró al suelo con desprecio. Yo la recogí y leí lo siguiente :

CARLOS-AUGUSTO MILVERTON

AGENTE DE NEGOCIOS

Appledore Towers, (Hampstead.)

—¿Quién es este hombre?—pregunté.

—Un canalla de la peor especie — contestó

Holmes sentándose tranquilamente junto al fuego.— ¿Tiene algo escrito en el dorso?
Dí la vuelta á la tarjeta y léi en voz alta:

«Volveré á las seis y treinta.

»C-A. M.»

—Pues ya falta poco—dijo Holmes.—¿No habéis sentido nunca, amigo Watson, una indomable sensación de asco y de repulsión ante una serpiente? ¿Y no habéis separado la mirada de sus ojos muertos y su cuerpo viscoso y maloliente? Pues una impresión semejante me causa, á mí, la vista de ese Milverton. Durante mi carrera he tratado con infinidad de personas, asesinos, ladrones, prostitutas, Príncipes, y ninguno de ellos me molestó como me molesta este hombre.

—¿Y qué clase de individuo es?

—Voy á decíroslo. Es el rey de los *chantagistas*. ¡Pobre del hombre y mísera de la mujer que caigan en manos de este granuja! Tras de su cara afable y sonriente oculta un espíritu capaz de todas las infamias y enamorado de todos los crímenes. Verdaderamente no se le puede negar talento; y si en vez de emplearlo en hacer mal, lo hubiese consagrado al bien, á estas ho-

ras la humanidad se hallaría libre de muchas de sus desgracias.

—¿Y de qué medios se vale para?...

—Todo el mundo sabe que compra todos los documentos y papeles que se le lleven, con tal de que comprometan seriamente la honra de alguien. Sus proveedores son, además de los lacayos y de las doncellas, ciertos individuos sin dignidad y sin corazón, que tienen la bastante astucia para hacerse amar de mujeres demasiado cándidas. Jamás se equivoca en la importancia y valía de un negocio. En cierta ocasión pagó setecientas libras por una carta de dos líneas que originó la ruina de toda una familia aristocrática y poderosa. Todo cuanto es vendible y comprometedor va á manos de Milverton, y hay en la inmensidad de Londres, muchas, muchísimas personas que palidecen al oír su nombre. Como es muy rico, sabe y puede esperar el instante propicio, la ocasión más segura para dar un golpe. Ya veis, amigo Watson, lo canalla y lo asqueroso que es este individuo. Más, mucho más digno de lástima y de misericordia es el asesino que, en un instante de ceguedad mata á un semejante, que este hombre que, á sangre fría y lentamente, va atacando las honras, destruyendo las familias, destrozando los corazones.

—¿Pero ese hombre no ha sido condenado nunca?—pregunté.

—No; su mismo crimen le pone á cubierto de la ley. Los que le podrían denunciar saben que no lograrían con ello más que hacer público un escándalo que tal vez permaneciera secreto. Además, no es torpe para que deje pruebas tras de sí.

—¿Y qué es lo que desea de vos?

—Yo soy el que le ha llamado. Es el caso, amigo Watson, que Lady Eva Brackwell, una de las mujeres más elegantes y más espirituales de Londres, va á contraer matrimonio con el Conde de Dovercourt. Según parece, ese demonio de Milverton, tiene ciertas cartas—cartas más bien imprudentes que vergonzosas,—que ella escribió en tiempos pasados á un provinciano sin escrúpulos, y cuya exhibición bastaría para romper absolutamente todo proyecto matrimonial.

Milverton ha amenazado á lady Eva con entregárselas al Conde si no le da una importante cantidad. La joven me ha puesto al corriente de todo, y me suplicó que me entendiera yo con el bandido.

En aquel momento sentimos pararse un coche y corrimos hacia la ventana. En efecto, delante de la puerta se había detenido un mag-

nífico landó, y un elegante lacayo abrió la portezuela, dejando salir á un hombre rechoncho y envuelto en rico gabán de pieles, que penetró en nuestra casa sin mirar el número. Cinco minutos después se abrió la puerta y en el umbral aparecía Carlos-Augusto Milverton.

—Señores...

Y sonriente, correcto, nos tendió la mano. Holmes y yo fingimos no ver su ademán, pero él no se inmutó. Se despojó del abrigo y, doblándolo con cuidado, lo puso en el respaldo de un sillón; luego sentándose en otro, se nos quedó mirando con la sonrisa siempre en los labios.

Era un hombre ya cercano á la cincuentena. Vestía con elegancia, y su rostro, limpiamente rasurado, respiraba bondad y llaneza. Detrás de los cristales de las gafas montadas en oro brillaban dos pupilas garzas y de fijo mirar.

—Este caballero...—comenzó á decir.

Y su voz era suave, melosa, de buena persona.

—¿Creéis que no habrá ningún inconveniente—prosiguió,—en que haya testigos en nuestra entrevista?

—Este caballero es el doctor Watson, compañero mío y amigo.

—Bien, bien. Yo lo decía por vuestra cliente. Se trata de un asunto tan delicado...

—El doctor Watson se halla al corriente de todo.

—En ese caso, no tengo inconveniente en hablar. Me habéis escrito una carta diciéndome que sois el representante de Lady Eva. ¿Es cierto?

—Sí.

—Perfectamente. ¿Y estáis autorizado para pactar conmigo?

—Lo estoy. ¿Cuánto queréis?

—Siete mil libras.

—¿Y si no?

—Si no—y bien sabe Dios cuanto lo sentiría, señor Holmes,—si no tengo yo en mi poder las siete mil libras el día 14 de este mes, os aseguro que la boda no se celebrará el día 18.

Holmes reflexionó un momento.

—Me parece que confiáis demasiado en el poder de esas cartas, que, después de todo, no tienen nada de particular. Lady Eva está dispuesta á contarle á su prometido lo que sucede, y éste la perdonará seguramente.

Milverton se echó á reir.

—¡Cómo se conoce que no sabéis qué clase de persona es el Conde!

En el gesto que hizo Holmes comprendí que, por desgracia, sí lo sabía.

—Bueno; pero después de todo, las cartas no pueden ser más inocentes.

—Conforme; inocentes, inocentísimas — replicó Milverton.—Todo lo que queráis. Pero me parece que el Conde no será de vuestra opinión. No obstante, si vos y lady Eva creéis lo contrario, me parece una suprema tontería que me déis por esas cartas, no siete mil libras, ni un penique siquiera.

Y levantándose comenzó á ponerse el abrigo. Holmes estaba lívido.

—Esperad un instante—dijo,—me parece que vais demasiado de prisa. Vamos á hablar y nos entenderemos.

Milverton volvió á sentarse y exclamó sonriendo:

—Ya sabía yo que no trataba con ningún tonto.

—Debéis saber—continuó Holmes,—que lady Eva no es rica. Dos mil libras es un precio fabuloso para ella, y, por consiguiente, no hay que pensar en siete mil. Yo os agradecería que rebajáseis un poco y me diérais las cartas mediante...

—¿Cuánto?

—Dos mil libras. Y eso supone para ella un sacrificio enorme.

—No puede ser. Me consta que lady Eva no es rica; pero tiene parientes y amigos que lo son, y que, sin duda alguna, le regalarán algo cuando se case. ¿No sería, pues, muy lógico que le regalaran el paquetito de las cartas? Tengo la evidencia de que este sería el mejor regalo de todos cuantos reciba en ese día.

—¿No rebajáis nada?

—Ni un céntimo.

Holmes no pudo ocultar su contrariedad.

—Bien, bien; pues haced lo que gustéis.

—¡Es lástima!—repuso Milverton sacando la repleta cartera y de ella una cartita con sobre blasonado.—A veces las mujeres no quieren comprar la felicidad de toda su vida. Mirad. Este billetito pertenece á... bueno; poned aquí un nombre aristocrático. Si ella me lo hubiese comprado, por nada, por una miseria, reemplazando por piedras falsas los brillantes de sus alhajas, mañana á estas horas no la tendría en su poder el... marido. Son simples las mujeres. Pero lo verdaderamente extraño es que vos, amigo Holmes, un hombre de tan buen criterio y tan claro juicio, no queráis ver la realidad de las cosas.

Holmes encogióse de hombros.

—Al contrario; el que no ve la realidad de las cosas sois vos. Lady Eva no puede dar más que dos mil libras y, por consiguiente, me parece que ganaréis más cogiendo esa cantidad y devolviendo las cartas, que no haciendo su desgracia sin ganar nada con ello.

—Estáis en un error, señor Holmes. A mí los escándalos me aprovechan siempre. Actualmente tengo entre manos, cerca de diez asuntos iguales ó parecidos á los de lady Eva. ¿No comprendéis que el escándalo de esta última será un acicate para que los demás intenten evitar los suyos?

Holmes se puso en pie de un salto.

—¡Sujetadle, Watson!—gritó.—¡No le dejéis salir!

Milverton dió un salto y apoyó la espalda en la pared.

—¡Pero, Holmes!—exclamó siempre sonriendo.

Y después, desabrochándose el abrigo y la americana, nos mostró la culata de un revólver que asomaba por uno de los bolsillos del chaleco.

—¡Pero, Holmes!...—continuó.—Yo esperaba otra cosa de vuestro talento. ¡Os creía más listo! Esta estupidez la han intentado ya mucha gente sin resultado alguno. Voy armado has-

ta los dientes y dispuesto á defenderme, y además tengo la razón de mi parte. Por otra parte, no me creáis tan bestia que fuera á meterme en la boca del lobo con los papeles en el bolsillo.

Hubo una pausa angustiosa, solemne, en la que únicamente se oyó el latir de los relojes y el agitado resollar de Holmes.

—Vaya, señores—continuó Milverton con su eterna sonrisa.—Yo me voy. Tengo mucho que hacer y esto me priva el gusto de...

Y empuñando el revólver dirigióse á la puerta. Yo cogí una silla para tirársela á la cabeza, pero Holmes me contuvo con un gesto de desencanto.

El chantagista nos hizo una inclinación de cabeza, y siempre sonriendo abrió la puerta. Un instante después sentimos el ruido del carruaje que partía.

Holmes se dejó caer en un sillón; hundió la cabeza entre las manos y durante media hora permaneció de esta manera, inmóvil, silencioso, con la mirada fija en el fuego de la chimenea.

Por fin se levantó como un hombre que adoptó la resolución suprema, y se fué á su cuarto. Diez minutos después apareció un obrero joven

con la barba rubia y una pipa descomunal, que me dijo sonriendo:

—Adiós, Watson. No os preocupéis si tardo. Ignoro cuando regresaré.

Y abriendo la puerta salió de la habitación silbando una cancioncilla entonces en boga.

II

Durante muchos días Holmes entró y salió á diferentes horas y con el mismo disfraz. A mis preguntas respondía con monosílabos, y si le apremiaba mucho me decía que todo iba bien y que no había perdido las esperanzas. Una noche, al entrar en el cuarto para despojarse del disfraz de obrero, me dijo alegremente:

—¡Voy á daros una gran noticia, querido Watson! ¡Me voy á casar!

—¿Cómo?

—Que me voy á casar. Tengo relaciones formales.

—Pero...

—¿Qué? ¿No os alegra mi decisión?

—Sí... seguramente. Y ¿con quién?

—Con la doncella de Milverton.

—¡Demonio!

—No había otro medio de saber ciertos detalles é interioridades, amigo Watson.

—Pero esa muchacha...

—¡Qué queréis, amigo Watson!... La vida es así. Para esa muchacha yo soy un tal Scott, fumista, y estoy enamoradísimo de ella. ¡Si vierais qué paliques tan tiernos echamos todas las tardes!... Ya conozco la casa como si hubiera vivido cien años en ella.

—Es una crueldad lo que hacéis.

Holmes encogióse de hombros.

—¡Bah! No tanto. Tengo la seguridad de que se consolará en seguida de mi abandono.

Hubó una pausa. Afuera el viento gemía en la calle desierta y lanzaba la lluvia contra los cristales. Sonaban truenos lejanos.

—¡Vaya una noche más deliciosa!—continuó Holmes frotándose las manos con satisfacción.

—¿Habláis en serio?

—Ya lo creo. Es una noche excelente para ejecutar mi intento. Voy á robar la casa de Milverton.

Me faltó la voz para responder. Aquella seguridad con que decía tales enormidades me dijo mucho y me envolvió en una sábana de hielo.

Tuve como él el presentimiento de algo horrible. Vi á mi amigo sorprendido en el acto de asaltar la casa del chantagista y le vi perdido para siempre.

—¡Por Dios, Holmes!... Eso será una broma vuestra.

—No es broma, Watson. Estoy enteramente decidido. Hay que juzgar las cosas fría y serenamente.

—Pero esa acción...

—Esa acción, querido, no es ni más ni menos grave que la de secuestrar á un hombre y robarle la cartera; es decir, lo que estábais dispuesto á hacer la otra tarde.

El golpe fué bien dirigido. Yo no pude menos de sonreír algo confuso.

—Sí... Quizá tengáis razón.

—Claro que la tengo. ¿Os parece un crimen apoderarnos de esas cartas?

—No.

—¿Lo véis? En esa negación hay una aquiescencia tácita. Robando á Milverton servimos á una mujer y hacemos una buena acción.

—¿Pero habéis pensado amigo Holmes en los peligros de?...

—Sí, y los he despreciado. Por una mujer que se halla en el caso de lady Eva, es deber de caballeros arrostrar el peligro. Además, yo no veo

otro medio mejor para lograr esas cartas. Lady Eva no puede conseguir la cantidad que le exigen, ni le es posible confiarse á sus parientes. Por otra parte, mañana expira el plazo que le puso ese granuja; y si lady Eva no entrega el dinero, que no lo entregará, el Conde tendrá antes de la noche las cartas. Se trata, pues, de un duelo entre Milverton y yo, y, por consiguiente, no debo vacilar ante nada.

—Está bien—respondí.—¿A qué hora vamos á salir?

—¿Cómo, *vamos*?

—Sí; yo iré con vos.

—No.

—Sí.

—No.

—Entonces no vais tampoco vos. Si no me dejáis que os acompañe, os juro por quien soy que tan pronto salgáis de casa tomo un coche y corro á denunciaros al primer puesto de policía que halle.

—¡Pero si no me podéis servir de nada, amigo Watson!...

—¿Quién sabe?

—Lo sé yo.

—¡Ah! ¿Sí? Bueno; pues á pesar de todo, yo no os dejo esta noche.

Holmes reflexionó un momento, luego levan-

tó la cabeza, y poniéndome las manos en los hombros, dijo:

—¡Sea! Durante muchos años hemos vivido juntos, y no tendrá nada de particular que juntos vayamos á la cárcel. Ya veréis, Watson, ya veréis las facultades que tengo para criminal.

Yo me eché á reir, y Holmes, sacando de entre su blusa un estuche, continuó:

—Mirad; aquí tengo todo lo necesario para un ataque nocturno: ganzúas, palanquetas, diamante de vidriero, linterna sorda, etc., etcétera. ¡Ah! Se me olvidaba, ¿no tenéis unas alpargatas?

—¿Para qué?

—Para que no os sientan andar.

—No, pero tengo los zapatos del *tennis*, que me servirán muy bien.

—Bien. ¿Y antifaz?

—Tampoco; pero se pueden hacer todos los que queráis con un trozo de seda negra.

—¡Bravo! Veo que también tenéis condiciones para el *oficio*. Quedamos en que haréis dos antifaces. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Magnífico! Tenemos dos horas por delante para cenar tranquilamente. A las once saldremos de casa; tomaremos un coche hasta Church Row, y de allí iremos á pie á Appledore

Towers. A media noche ya podemos estar bajando. Milverton se acuesta siempre á las diez y media y tiene el sueño muy pesado. Con un poco de suerte, podemos estar de vuelta en casa á las dos.

III

A las once en punto salimos Holmes y yo de casa. Estábamos vestidos de frac como dos individuos que salen de algún teatro. Un coche nos condujo desde Oxford Street hasta Hampstead, donde nos bajamos, y abrochándonos hasta el cuello los abrigos, seguimos el camino de Hampstead Heath, bajo el azote del viento y de la lluvia.

—Los documentos—me decía Holmes según íbamos andando,—los tiene en una caja de caudales situada en un despachito, al cual da la alcoba. Como todo hombre obeso y que no se escatima comodidad alguna, Milverton tiene el sueño muy pesado. Agata, mi novia, me ha confesado que esta cualidad de su señor es causa de mucha tranquilidad en la servidumbre.

—¿Hay perro?

—Sí, hay uno y terrible; pero no tengáis miedo, porque como Agata y yo hemos hablado muchas noches, adoptó el sistema de encerrarle para que no nos molestara. Mirad, ya hemos llegado. Saltad por aquí. ¡Ajajá! Traed los antifaces.

—Nos hallábamos en medio del jardín. Un silencio absoluto nos rodeaba. Frente á nosotros se extendía una galería con dos ventanas iluminadas. Holmes aproximó su boca á mi oído. Las palabras salían apagadas como un musiteo.

—Esas ventanas son las de la alcoba y la del despacho. Al lado se halla la puerta de entrada, pero es inútil que intentemos abrirla. Está cerrada por dentro con un cerrojo. Demos la vuelta por aquí, por la estufa.

La puerta de la *serre* estaba también cerrada. Holmes cortó un gran pedazo de cristal y penetramos por el boquete. Este acto nos ponía ya bajo el peso de la ley.

En la estufa hacía un calor sofocante. El perfume de las plantas y de las flores exóticas invitaba á un sueño dulce y enervante. Holmes me cogió de la mano, y á través de los arbustos y de las ramas que nos latigueaban la cara, salimos de la estufa para entrar en otra habitación. Cesó el perfume de las flores y se cambió por un fuerte hedor á tabaco. A tientas anduvi-

mos algunos pasos y Holmes abrió otra puerta. Entramos en otra habitación, al pasar rocé unas ropas colgadas de algún perchero, mis pies tropezaron con un cuerpo blando que resbaló. Experimenté un calofrío por todo mi cuerpo. Sonó un maullido y respiré. Holmes había abierto y estábamos en un despacho lujosamente amueblado. En la chimenea ardían luminosa y alegremente los leños. Flotaba en el ambiente el ya notado olor á tabaco. A la derecha caía desde el techo un cortinón ocultando la alcoba. Junto á la chimenea estaba la ventana que divisamos desde el jardín, y un poco más lejos la puerta que daba á la galería. En el centro de la estancia había una mesa escritorio, y junto á ella un sillón de cuero rojo. En frente de la chimenea, y recibiendo el reflejo de las llamas, había una caja de caudales. Añadid una extensa y repleta librería, sobre la cual blanqueaba un busto de Minerva, y os imaginaréis cómo era aquella habitación donde estábamos Holmes y yo á las doce de la noche, conteniendo la respiración y andando de puntillas.

Reinaba un silencio supremo. Holmes comenzó á recorrer la habitación antes de ponerse á trabajar: yo, pensando en la retirada hice lo mismo, y á donde primero dirigí mis curiosos fué á la puerta de la galería. ¡Cuál sería mi es-

tupefacción al ver que estaba descorrido el cerrojo y la llave sin echar! Convulso y agitado, busqué el brazo de Holmes y le hice ver lo que yo había visto. Por los ojos de mi amigo cruzó un relámpago. Bajo el antifaz sus mejillas palidecieron.

—Malo... malo...—murmuró.—Esto nos obliga á no perder el tiempo.

—¿Qué os parece que hagamos?

—Yo voy á trabajar en seguida. Vos, Watson, os colocáis junto á la puerta, y tan pronto sintáis pasos en esa dirección, echáis el cerrojo y escaparemos por donde hemos venido, en el caso de que tengamos ya los papeles. Si no, nos ocultaremos detrás de los cortinajes de la ventana.

—Yo asentí con un ademán de cabeza y quedé inmóvil en el sitio que me habían señalado. Toda vacilación, todo remordimiento se habían disipado en mi alma. Lejos de parecerme que obraba mal, me creía autor de santas y caballerescas empresas, pues el honor de una dama nos impulsaba á obrar de tal manera.

Conteniendo la respiración, aguzando el oído, no quitaba ojo á las maniobras de mi amigo. Primero se quitó el abrigo, después se remangó las mangas de la chaqueta, desnudándose los brazos, y empezó á escoger del estuche los instru-

mentos necesarios para hacer saltar la cerradura de la caja, nido de tantas vergüenzas.

Durante media hora Holmes trabajó infatigable y sigilosamente, con una admirable sangre fría, cambiando unos instrumentos por otros, sin apresurarse, como seguro del éxito y del tiempo. Finalmente sonó un «clic» casi imperceptible, la puerta giró sin ruido sobre sus goznes y aparecieron sobre los estantes del interior unos cestillos llenos, con un letrero cada uno. Holmes cogió el primero que tropezó y para leer la inscripción sacó la linterna sorda. De improviso le vi levantar la cabeza y escuchar con atención, luego metió el cestillo en la caja, cerró la puerta, cogió el abrigo y todos los útiles del robo, y de puntillas corrió á ocultarse detrás del cortinón de la ventana, haciéndome seña de que le imitase.

Seguí su indicación, y ya junto á él comprendí el motivo de su alarma, motivo que hasta entonces pasó inadvertido á mis oídos, menos sensibles que los suyos.

Una puerta lejana se cerró con estrépito; sonaron pasos en la galería, abrióse la puertecilla próxima á nuestro escondite. Aumentó el olor del cigarro. Sonó un golpe metálico y la habitación se iluminó. Alguien empezó á pasear á largas zancadas. Arrastraron una silla. Cesaron

los pasos. Chirrió una llave, y hubo ruido de papeles.

Hasta entonces no me había atrevido á hacer movimiento alguno; pero al fin, lleno de curiosidad, aparté un poco los cortinones y arriesgué una mirada. Contra mi hombro sentía el de Holmes y comprendí que éste estaba mirando también. A dos pasos de nosotros, Milverton estaba sentado en el sillón de cuero rojo, presentándonos la espalda. Sobre su calva daba la luz de las bombillas eléctricas. Vestía una bata oscura, y cómodamente sentado con las piernas extendidas y saboreando un magnífico puro, leía unas cartas blasonadas. Su actitud era la de un hombre que no tiene prisa y para quien las horas no señalan obligación alguna.

Holmes me estrechó la mano como para infundirme valor y confianza. Quizá no se había fijado en que la puerta de la caja no quedó bien cerrada y que Milverton parecía no haberse fijado tampoco. De todas maneras, yo ya tenía formado mi plan. Al menor movimiento de asombro ó de inquietud en el chantagista, saltaría sobre él envolviéndole la cabeza con mi abrigo é imposibilitándole hacer movimiento alguno ni dar el menor grito hasta que Holmes concluyera su tarea. Por fortuna no hizo falta este vio-

lento recurso. Milverton continuaba fumando plácida, sibaríticamente, y ya empezaba á creer que en cuanto concluyese el puro y la lectura se acostaría, cuando sobrevino un incidente que varió en absoluto el rumbo de la aventura.

Milverton terminó de leer, se levantó y comenzó á pasear. Dos ó tres veces consultó con un gesto de impaciencia el reloj. Sin duda alguna tenía una cita. ¿Con quién? Pronto salimos de dudas. Se oyó ruido de pasos en la galería y después unos secos é imperiosos nudillazos en la puerta. Milverton se puso en pie y abrió.

—¡Hola!—dijo con voz dura.—Os he estado aguardando más de una hora.

Se oyó *frú-frú* de faldas. Yo dejé caer el cortinón temeroso de que nos sorprendieran. Transcurridos unos minutos volví á levantarlo. Milverton estaba sentado siempre de espaldas á nosotros y siempre con el cigarro en la boca. Ante él, de pie, recibiendo de lleno la cruda luz de las bombillas, estaba una mujer alta y esbelta, alargada su silueta por una capa que le besaba los pies y oculto el semblante por un tupido velo. Por toda ella corría el estremecimiento de una gran agitación.

—Conste—decía Milverton,—que me habéis

hecho perder lastimosamente el tiempo. ¿No podíais haber venido antes?

La mujer hizo un ademán.

—En fin, lo mismo da. Eso prueba que la Condesa es muy exigente y que tenéis razón en vengaros de ella ahora que la tenéis entre las manos. Pero, ¿por qué tembláis? ¿Qué os sucede? Después de todo, lo que pasa entre nosotros es una cosa de las más corrientes. Me escribisteis diciéndome que poseíais cinco cartas comprometedoras de la Condesa de Albret, y yo os contesté que estaba dispuesto á comprarlas. Ya no queda más que fijar el precio; pero antes deseaba examinarlas... ¿Las traéis? ¿Eh? ¿Qué es esto? ¡Pero sois vos!...

La desconocida, sin pronunciar una sola palabra, habíase levantado el velo y dejó resbalar la capa hasta los pies. Surgió una mujer esbelta y distinguida, de semblante pálido, de ojos brillantes y labios altivos.

—¡Sí, yo soy; yo soy! ¡La mujer á quien arruinasteis para siempre!

Milverton echóse á reír. Bajo su risa temblaba el miedo.

—¿Por qué fuisteis tan terca? Ya recordaréis que yo presenté el negocio en condiciones inmejorables. Unicamente os pedí lo que pudierais darme.

—¡Canalla! Causasteis la muerte de mi esposo, el hombre más noble que nació de madre, el más digno, el más caballero, á quien yo apenas osaba á hablar casi creyéndole un dios. Recuerdo aquella noche terrible en que vine aquí mismo á pedirlos de rodillas y con lágrimas en los ojos que no me perdierais mientras vos reíais, reíais como reiríais ahora á no temblar de miedo vuestros labios. ¿Pensábais que aquéllo podía concluir así? ¡No! ¡La hora de la justicia ha sonado!

Milverton se puso en pie tranquilamente y respondió encogiéndose de hombros:

—Estáis loca. No tengo más que levantar un poco la voz y mis criados os arrojarán á la calle. Pero quiero ser generoso. Salid en paz.

La joven permanecía de pie con la mano derecha oculta en el pecho. Por sus labios vagaba una sonrisa enigmática.

—No; no saldré de aquí hasta que me lleve el convencimiento de que la última vida destrozada por vos habrá sido la mía. Voy á mataros como á un perro rabioso...

—¡Toma!... ¡Toma!... ¡Toma!...

Sonaron tres tiros. Cuando se dispó la humareda, vimos á Milverton rígido en el suelo, destrozado el pecho y el cráneo. La mujer, con el revólver en la mano crispada, le miraba fijamen-

te. Dió unos cuantos pasos y le golpeó la cara con el tacón de la bota. Milverton no hizo el menor movimiento. Una ráfaga de aire frío movió los cortinones. Sonó un portazo. La vengadora había desaparecido.

Nada pudo salvar á este hombre de que su destino se cumpliera. Al hacer yo ademán de salir del escondite y sujetar el brazo vengador, sentí en el puño la fría mano de Holmes reteniéndome. Tenía razón: era la justicia la que le mataba.

Apenas quedamos solos salimos del escondite. Al mismo tiempo sonaron pasos precipitados: los tiros habían despertado á la servidumbre. Holmes, sin perder un instante su sangre fría, fué hacia la caja, sacó cuantos papeles que tenía y los fué arrojando al fuego uno á uno. Sonaron unos golpes en la puerta. Holmes giró la vista á su alrededor buscando... Sobre la mesa, y manchada de sangre, estaba la carta blasonada. Holmes la cogió, arrojándola también á las llamas. Después se dirigió hacia la puerta de la galería, la abrió, me dejó pasar y saliendo él, cerró detrás de nosotros.

—¡Por aquí, Watson!—gritó.—Vamos á saltar la tapia por aquel lado.

Mientras corríamos, volví la vista un instante. En la luz naranja de la puerta, gesticula-

ban unas siluetas negras. Por todo el jardín se dilataba el sobresalto y el aturdimiento. Alguien nos divisó y dió la voz de alarma. Todos los criados se lanzaron en pos de nosotros.

Llegamos á la tapia. Holmes saltó el primero; yo me sentí cogido por un pie. De un talonazo me desprendí y vine á caer en el extremo opuesto en brazos de mi amigo.

Fué una loca carrera á través de los campos desiertos. Cerca de Hampstead Hill, Holmes se paró. A nuestro alrededor el silencio era supremo. Estábamos salvados.

IV

Al siguiente día, cuando nos disponíamos Holmes y yo á empezar el desayuno, abrióse la puerta y apareció Lestrade, de Scotland-Yard.

—Buenos días, Holmes—dijo con aire solemne.—¿Tenéis mucho que hacer?

—Yo siempre estoy ocupado; pero siempre tengo sumo gusto en servirlos.

—Se trata, amigo Holmes, de un asunto interesantísimo, en el cual nos serviría de mucho vuestra cooperación.

—¿Algún crimen?

—Sí, y de los más extraños. Celebraría mucho que en cuanto concluyerais el desayuno vierais conmigo á Appledore Towers.

—Ahí vivía Milverton, ¿no es eso?

—En efecto, y de él se trata. Aquí, entre nosotros, era un perfecto canalla.

—¿Le han matado?

—Sí. Y como han aparecido quemados todos sus papeles é intactos todos los objetos de valor y el dinero, opino que los asesinos le han matado para vengarse.

—¡Ah! ¿Luego son varios?...

—Dos. Y han estado á punto de ser cogidos en flagrante delito. Pero no se escapan. Tenemos las huellas de sus pies, y, por consiguiente, noventa y nueve probabilidades contra una de pescarlos.

El primero era un hombre muy listo; pero el segundo estuvo á punto de ser detenido por el jardinero. Es de mediana estatura, grueso, la mandíbula saliente, el cuello ancho, el bigote espeso y llevaba careta.

—¡Bah!—replicó Holmes,—todo eso es muy vago. Ya veis, parecen las señas de Watson.

Lestrade se echó á reír.

—¡Hombre, es cierto! ¡A ver si habéis sido vos, Watson!

—Lo siento mucho, Lestrade—dijo Holmes ya serio,—conocía mucho á Milverton y siempre le consideré como uno de los canallas más peligrosos de Londres. Hay ciertos casos en que la honradez está al otro lado de la justicia. No, no insistáis ; yo tengo mi interior. En esta muerte, todas mis simpatías están de parte de los asesinos.

Aquella noche, al regresar de paseo, durante el cual Holmes no pronunció una sola palabra, pasamos por Regen's Circus. Holmes se paró delante de un escaparate donde están expuestos siempre los retratos de las celebridades y las bellezas de actualidad. Seguí la mirada de Holmes y mis ojos hallaron el retrato de una gran dama. Vestía manto de corte y sobre su noble frente radiaba una diadema. Prorrumpí un grito de asombro. Holmes se llevó un dedo á los labios. Y continuamos hacia Baker Street.

LA ASOCIACION DE LOS HOMBRES DE CABELLO ROJO

I

Un día del mes de octubre fuí á Baker Street y me encontré á Sherlock conferenciando con un individuo cuyo rubicundo rostro y cabellos rabiosamente rojos me llamaron bastante la atención.

Balbuocé un saludo y algunas excusas y me disponía á salir por donde había entrado, cuando Holmes se levantó, y cogiéndome por un brazo me hizo entrar en la sala diciendo :

—No podíais llegar más á tiempo.

—¿De veras? Creí que estabais ocupado.

—Y lo estoy en efecto.

—Entonces aguardaré á que terminéis.

Y repetí el ademán de salir.

—De ningún modo, querido Watson—exclamó enérgicamente Holmes, y luego dirigiéndose á su cliente añadió :—Este señor es el doctor Watson, compañero mío y al cual debo la resolución de los más difíciles problemas. Espero que su ayuda en esta ocasión nos servirá mucho.

El individuo á quien se dirigía Holmes, se levantó é hizo un torpe saludo. Entre la grasa de su cara brillaron un momento las pupilas, luego se dejó caer de nuevo en el sillón.

—Sentaos aquí en el sofá—me dijo Holmes. —Conozco desde ha largo tiempo vuestra pasión por las aventuras extraordinarias y los sucesos enigmáticos ; por eso os he detenido cuando pretendísteis iros, seguro de que no me perdonaríais nunca que hubiera hecho lo contrario. Aquí tenéis al señor Jobes Wilson, que ha venido á consultarme respecto de su situación, muy curiosa por cierto y bastante difícil de resolver y de explicar. ¿Queréis tener la bondad, señor Wilson, de repetir á mi amigo todo lo que me habéis dicho hace un instante? Esto me servirá para fijarme en detalles que se me hayan pasado inadvertidos la primera vez, y permitirá que mis reflexiones marchen á la vez con vuestras palabras.

El señor Wilson echó hacia delante su vien-

tre voluminoso para sacar del bolsillo del pecho un periódico muy arrugado y roto por los dobleces. Lo colocó sobre las rodillas, y resoplando por lo violento de la postura, recorrió con la vista las columnas de anuncios.

Yo entonces, aprovechándome de su posición, procuré poner en práctica los procedimientos analíticos de mi camarada.

No descubrí nada de particular. El señor Wilson tenía todas las agravantes de un grueso y vulgar comerciante inglés. Usaba unos anchos pantalones de cuadros, una levita negra, y sobre el chaleco gris estallaba la cursilería de una pesada cadena de cobre. En una silla cercana estaban el sombrero de copa y un abrigo gris con cuello de terciopelo raído. Lo único de extraordinario en este hombre era el pelo, un pelo rojo, que á la luz del sol parecía envolver en llamas la cabeza jocunda.

Sherlock Holmes, con su sagacidad acostumbrada, había seguido mi mudo examen, y al terminar yo hallé en sus labios una sonrisa hermana de la mía.

—¿Verdad, Watson—dijo,—que el señor ha debido estar consagrado durante algún tiempo á trabajos manuales, que ha estado en China, que es fracmasón y que escribe mucho?

El señor Jobes Wilson dió un salto y con el

periódico en la mano se nos quedó mirando profundamente asombrado.

—¡Canastos! ¿Cómo demonios habéis acertado?—exclamó.—Es cierto; cuando joven estuve empleado en un astillero.

—No tiene nada de particular. Basta fijarse en que la mano derecha es bastante más grande que la izquierda, lo cual indica que los músculos han sido desarrollados por un trabajo insistente.

—¿Pero quién os ha dicho que yo soy francmasón?

—Nadie.

—¿Cómo que nadie?

—Me ha sido suficiente fijarme en vuestro alfiler de corbata, donde lleváis el círculo y el compás, emblema de vuestra asociación.

—¡Es prodigioso!

Respecto á la afirmación que he hecho de que escribís mucho, me lo han demostrado el roce de la manga derecha por debajo y el de la izquierda junto al codo. Y, finalmente, sé que habéis estado en China, por el pez que tenéis lacrado en el puño derecho, y cuyo colorido rosa sólo se emplea en ese país; además, esa moneda que lleváis como dije en la cadena del reloj, completa las anteriores deducciones.

El señor Jobes Wilson lanzó una carcajada.

—¡Tiene gracia! Verdaderamente es muy sencillo...

—Voy viendo, querido Watson—dijo Holmes sonriendo con cierta amargura,—que hago mal en dar explicaciones. Ya recordaréis el proverbio latino: *Omne ignotum pro magnifico*.

Yo asentí inclinando la cabeza.

—Qué, señor Wilson, ¿no halláis ahora el anuncio?—continuó Holmes.

—Sí, aquí está—respondió el otro poniendo un dedo grueso y corto sobre una de las columnas.—Tomad, leedlo vos mismo.

Tomé el periódico y leí lo siguiente:

«*La Sociedad de las cabezas rojas:*

»Cumpliendo con las condiciones del legado
»Ezekiah Hopkins de Lelanon, Penn — Estados Unidos de América,—se anuncia la vacante de un destino con cuatro libras semanales de retribución. Todos los mayores de veintiún años que á la completa salud corporal y espiritual reúnan la cualidad indispensable de tener el pelo rojo, pueden presentarse mañana lunes, á las once, á Duncan Ross, en las oficinas de la Sociedad, sita en el número 7 de »Pope's Court Fleet Street.»

En los labios de Holmes dibujóse una tenue é irónica sonrisa.

—Es raro, ¿verdad, Watson? Ahora, señor Wilson, vais á tener la bondad de empezar de nuevo vuestra narración.

—Pues bien; como os iba diciendo, yo, señores, tengo en Coburg Square, cerca de la Cité, una modesta casa de préstamos. Desde hace algún tiempo me vienen tan mal los negocios que tuve que suprimir uno de los dos dependientes que tenía, y aún hubiera tenido que despedir al otro á no ser porque este excelente muchacho se conformó con ganar la mitad del sueldo nada más.

—¿Cómo se llama ese mozo?—interrumpió Holmes?

—Vicente Spaulding, y no debe ser tan joven como parece á simple vista. Es un empleado modelo; trabaja como pocos y podría ganar en cualquier parte bastante más de lo que yo puedo darle.

—Realmente debéis estar contentísimo teniendo en esas condiciones un empleado tan bueno.

—He de confesar, no obstante—continuó el señor Wilson,—que tiene algunos defectos, tales como su desmedida pasión por la fotografía. Algunos días se pasa horas enteras en el

sótano que ha convertido en cámara oscura. Pero descontando esta chifladura, es un hombre trabajador é intachable.

—¿Es el único dependiente que tenéis?

—Sí... es decir, también tengo á un muchacho de catorce años, que nos hace la comida y nos limpia la casa.

—¿No sois nadie más que los tres?

—Nadie más. Vivimos con modestia, sin que nos falte el pan de cada día y sin deber nada á nadie.

—¿Cuando leísteis este anuncio?

—Hace ocho días. Me acuerdo que llegó á casa, Spaulding, con el periódico en la mano y diciendo á grandes voces:

—¡Qué desgracia, señor Wilson, qué desgracia!

—¿Pero qué os sucede?—pregunté asombrado.

—¡Qué es una desgracia no tener el pelo rojo!

—¿Por qué?

—Escuchad. Aquí se anuncia una vacante en la «Sociedad de las Cabezas Rojas». ¡Y hay que tener en cuenta que estas plazas son inamovibles, señor Wilson! ¡Ah! ¡Si yo pudiera teñirme sin que se notara!

—¿Pero qué clase de asociación es esa?—
dije algo molesto por aquellos gritos

He de observar, señor Holmes, que yo soy un hombre muy casero; que los negocios vienen á buscarme, y que algunas veces me paso meses enteros sin salir de casa y sin enterarme por lo tanto de lo que sucede fuera de ella.

—¿Pero no habéis oído hablar nunca de la «Asociación de las cabezas rojas?»—interrogó mi dependiente con los ojos desorbitados.

—Jamás.

—Es raro; y mucho más raro teniendo, como tenéis, magníficas condiciones para gozar de sus beneficios.

—¿Y en qué consisten esos beneficios?

—En ocho mil francos anuales por un trabajo insignificante, y que permite, además, dedicarse á otro cualquiera.

Ya comprenderéis el efecto que me hicieron estas noticias, mucho más teniendo en cuenta que desde hacía algunos años los negocios no marchaban todo lo bien que yo pudiera desear.

—Vamos á ver, explicadme eso más detalladamente—le dije á Spaulding.

—Según mis noticias—me respondió,—esta Sociedad fué fundada por un millonario americano muy original, llamado Ezekiah Hopkins. Tenía el pelo enteramente rojo, y lleno de sim-

patía por los que lo tuvieran de igual color les dejó toda su fortuna, que se repartiría en un cierto número de lotes á cambio de un trabajo cotidiano sin importancia. Cinco amigos suyos son los testamentarios y la junta directiva de la Sociedad y ellos son los que anuncian esta vacante á la cual os aconsejaría que fueseis.

—¿Pero se presentarán muchos?

—No creáis que serán tantos, porque únicamente se admiten á los londinenses que sean mayores de veintiún años. Además, los que tengan el cabello de un rojo claro ó de un rojo obscuro son rechazados, no se admiten más que á los que lo tienen como vos: con matiz de llamas.

Como veís, señores, todo se me presentaba á las mil maravillas, y hubiera sido una simpleza volver la espalda á la fortuna. Así, pues, cerré la tienda, supliqué á Spaulding que viniera conmigo—lo cual le alegró sobremanera,—y dirigimos nuestros pasos hacia Fleet Street. No recuerdo haber visto nunca, ni tal vez lo vuelva á ver, un espectáculo parecido. Diríase que habían venido todos los hombres rojos del mundo y Pope's Court parecía un inmenso, un enorme depósito de naranjas. Había de todos los matices, desde el amarillo limón hasta el obscuro

ladrillo, desde la paja hasta la arcilla; pero muy pocos, poquísimos, tenían este color mío: rojo ardiente.

Si hubiera ido yo solo, con toda seguridad al ver el gran número de mis rivales me vuelvo á mi casa sin hablar con nadie. Pero Spaulding se opuso á que lo hiciera. Yo no sé cómo demonios se las ingenió; pero lo cierto es que á fuerza de codazos, pellizcos, patadas, pisotones y disputas atravesamos la muchedumbre y llegamos á la escalera por donde ascendía el rosario rojo de la esperanza y bajaba el rojo rosario de la desilusión. Un instante después entramos en la oficina.

El mueblaje se componía de algunas sillas y de un *comptoir*, en el cual estaba sentado un hombrecillo, cuyo pelo era aún mucho más rojo que el mío. Los candidatos pasaban junto á él y los examinaba con rapidez, teniendo para todos un gesto de disgusto ó una palabra de repulsa. Al ver aquéllo aumentó mi desconfianza é instintivamente busqué con los ojos la salida. Sin embargo, me llegó la vez y el hombrecillo hizo un ademán de asombro al verme y hasta cerró la puerta del despacho para obrar con más libertad. Spaulding fué el que primero habló.

—Aquí os presento—dijo,—al señor Jobes

Wilson, que desea formar parte de la Asociación.

—Y que me parece reúne todas las condiciones necesarias para ello—dijo el otro.—No recuerdo haber visto un color tan perfecto y tan admirable.

Y reculando dos ó tres pasos, como buscando la luz, me miró con detención, tan fijamente que llegó á molestarme. De pronto vino hacia mí, me estrechó fuertemente la mano y me dió la enhorabuena con gran entusiasmo:

—Nada, nada, señor Wilson, podéis consideraros ya en posesión de la plaza. Sin embargo y como última seguridad, me vais á permitir que...

No terminó, y cogiéndome un puñado de cabellos tiró tan fuertemente que lancé un grito.

—¡Bien!—exclamó satisfecho.—Veo que tenéis los ojos llenos de lágrimas, y esto me prueba que no soy víctima de un engaño. Ya comprenderéis que no tengo más remedio que hacer esto en vista de que hemos sido engañados tres veces: una por peluca y dos por tintes. Por fortuna veo que en este caso se trata de unos cabellos naturales y de una persona honrada.

Luego abrió una de las ventanas que daban á la calle y gritó que ya estaba concedida la plaza. Hasta nosotros subió el clamoreo de la mu-

chedumbre, que luego se hizo rumor, después murmullo y por último silencio.

Quedamos frente á frente y yo bajé la vista azorado, no hallando palabras.

—Yo me llamo Duncan Ross—me dijo el hombrecillo sentándose de nuevo en el *comptoir*—y soy uno de los testamentarios de nuestro bienhechor. Ahora voy á haceros algunas preguntas necesarias.

Yo me incliné ceremoniosamente.

—Vamos á ver, señor Wilson, ¿estáis casado?

—No; soy solo en el mundo.

Los labios del señor Ross dejaron de sonreír y un gesto de disgusto pasó por su cara.

—¡Caramba! Eso es grave. Uno de los fines de nuestra Sociedad es el de perpetuar la especie de los hombres de pelo rojo. Es un inconveniente que seáis soltero.

Entonces fuí yo quien se puso serio, señor Holmes.

—Sin embargo—dijo el otro;—por esta vez haremos una excepción, teniendo en cuenta lo raro y especialísimo de vuestra cabellera.

Volvió la tranquilidad á mi espíritu.

—¿Cuándo podéis entrar en funciones?

—Cuando deseéis... pero...

—¿Pero qué?

—Nada, que mi profesión no me deja mucho tiempo libre.

—No os preocupéis de eso—dijo Spaulding;—yo os substituiré con sumo gusto y procuraré en lo posible que no se advierta vuestra falta.

—¿Y á qué horas tendría que venir?

—¡Oh! muy pocas. Desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde.

Debo observar, señor Holmes, que en las casas de préstamos cuando hay más trabajo es por la tarde, sobre todo á última hora; á excepción de los jueves y viernes—días que preceden al de cobro,—que es todo el día. Sabiendo esto, comprenderéis cuánta fué mi alegría al ver que no había de robar á mi tienda más que unas cuantas horas por la mañana, y en cambio ganaría...

—¿Cuánto ganaría?—interrogué á Ross.

—Cuatro libras semanales.

—¿Y en qué consistirá mi trabajo?

—¡Bah! ¡Eso es lo de menos!

—¿Cómo lo de menos?

—Sí. Lo principal, la condición indispensable es que paséis unas cuantas horas en esta oficina, sin salir para nada en absoluto. En el caso de contravenir estas disposiciones, perderíais para siempre el destino.

—Perfectamente.

—¿Qué? ¿Aceptáis?

—Acepto.

—Tened en cuenta—insistió Duncan Ross,—que no admitiremos excusa alguna, ni enfermedad, ni asuntos personales, etc. Es necesario pasar aquí cuatro horas diarias.

—Conforme. ¿Y en qué ha de consistir mi trabajo?

—Por ahora en copiar la *Enciclopedia Británica*. Aquí tenéis el tomo primero. ¿Vendréis mañana mismo?

—Sí, señor.

—Bueno, pues, ¡hasta mañana, señor Wilson! He tenido mucho gusto en conoceros y os vuelvo á felicitar muy sinceramente.

Salimos de allí, y bastantes horas después de estar en mi casa todavía no sabía lo que me pasaba.

Confieso que el extraño destino excitó en mí dudas y sospechas de si aquéllo sería alguna combinación misteriosa para separarme de mi casa ó para fastidiar á alguien. Tanto reflexioné que al acostarme estaba dispuesto á no volver más á la oficina de Fleet Street. Sin embargo, cuando me desperté á la mañana siguiente había cambiado de opinión. Después de todo, ¿por qué no ir una ó dos veces y ver de lo que se trataba?

Cuando entré en la oficina no hallé nada de particular. El señor Duncan Ross me estaba esperando, y entregándome el primer tomo de la *Enciclopedia*, me dijo que comenzara á copiar la letra A. Me puse al trabajo y de vez en cuando mi jefe venía á ver cómo iba, y me felicitaba por el carácter de letra y la limpieza de mi escritura. A las doce se despidió hasta el día siguiente y yo seguí trabajando hasta las dos.

Esto se repitió los demás días, y el sábado el jefe me entregó las cuatro libras prometidas, haciendo igual en las semanas siguientes. Poco á poco la vigilancia del señor Ross fué siendo menos activa, hasta que cesó en absoluto. Hubo semana en que no le vi más que el sábado. No obstante, yo permanecía en mi puesto, sin moverme, temiendo que una imprudencia cualquiera me hiciese perder aquella ganga.

Al cabo de ocho semanas, cuando me disponía á empezar la letra B, me sucedió una cosa estúpida.

Figuraos, señor Holmes, cual sería mi estupefacción al ver esta mañana cerrada la puerta de la oficina y clavado este cartel en la madera.

Wilson sacó del bolsillo un cartón del tamaño de un pliego de papel de cartas, y nos lo mostró. Holmes y yo leímos lo siguiente :

«Ha sido disuelta la Asociación de las Cabezas Rojas.—9 de octubre de 1890.»

Sherlock y yo miramos instintiva y simultáneamente al prestamista, y al ver su rostro compungido y al pensar en la parte cómica del asunto, soltamos la carcajada.

—No creo que tenga nada de risible mi situación—exclamó encolerizado Wilson.—Y si es eso todo lo que se os ocurre, ¡maldita la falta que hacía enteraros del asunto!

Y al decir esto se puso en pie, y cogiendo el sombrero se dispuso á salir del cuarto. Holmes se abalanzó á él, y sujetándole por los hombros le obligó á sentarse nuevamente.

—Vamos, señor Wilson, no seáis tan quisquilloso. Ha sido una risa involuntaria; pero ahora ya estamos serios. Vamos á ver: ¿qué hicisteis al hallar ese cartelito?

—Permanecí indeciso durante unos minutos. Luego llamé en las casas vecinas, pregunté á los porteros, á los guardias; nadie me supo dar razón. Finalmente, alguien me aconsejó que hablara con el dueño de la casa. Me enteré de sus señas y fui á verle. Al hablarle de la famosa asociación se me quedó mirando con la boca abierta.

—¿Pero qué Asociación es esa? Yo no he oído hablar jamás de ella.

—¿Y tampoco conocéis al señor Duncan Ross?

—¿Yo? No.

—¿Entonces á quién habéis alquilado el número 4 de Fleet Street.

—¡Ah! ¿Preguntáis por un hombrecillo que tiene el pelo rojo como vos?

—Precisamente.

—¡Ya! Pues ese señor es un abogado que se llama William Moris. Me alquiló el cuarto provisionalmente hasta que le concluyeran el arreglo de un hotel. Ayer se marchó.

—¿Y no ha dejado las señas?

—Sí. Aquí las tenéis. King Edward Street, número 17, cerca de San Pablo.

Salí en dirección de este sitio, pero ni en el número 17 ni en todo el barrio conocían ningún señor William Moris, ni ningún Duncan Ross, ni siquiera un hombre que tuviese el pelo rojo.

Volví desesperado á casa, y al contarle á Spaulding lo que ocurría me aconsejó que me estuviese quieto y aguardase pacientemente á que escribieran ó me dieran alguna noticia. Ya comprenderéis, señor Holmes, que este consejo no era bastante para mí, y recordando las his-

torias que circulan respecto de vuestro talento y sagacidad, me decidí á venir en busca vuestra y suplicaros que os intereséis por mí.

—Habéis hecho bien — contestó Holmes. — Vuestro caso es uno de los más extraños que se me han presentado y me consideraré muy dichoso resolviéndolo. Mucho temo que se trate de algo grave.

—¡Gravísimo, señor Holmes, gravísimo! Como que pierdo cuatro libras semanales...

—Sin embargo—interrumpió Holmes,—me parece que no seréis el único en quejaros de esa Asociación. Hasta si me apuráis mucho, habéis ganado.

—¿Qué he ganado?

—Naturalmente: treinta y dos libras, y un poco de erudición respecto de todas las palabras que comienzan con A.

—Tenéis razón; pero yo vislumbro detrás de esa esplendidez algo feo...

—Eso es lo que nos falta saber. Por de pronto vais á responderme á unas cuantas preguntas: ¿El anuncio lo visteis vos ó fué vuestro dependiente el que os lo hizo notar?

—Fué mi dependiente quien me lo mostró. Yo no leo casi nunca los periódicos.

—¿Cuánto tiempo llevaba á vuestro servicio?

—Un mes aproximadamente.

—¿Quién os lo recomendó?

—Nadie. Se presentó á consecuencia de un anuncio que yo puse en el *Times*.

—¿No se presentó nadie más que él?

—¡Quiá! Vinieron lo menos una docena.

—¿Por qué le concedisteis la preferencia?

—Porque era el más modesto en sus pretensiones.

—¿De suerte que se quedó por la mitad de sueldo que los demás?

—Sí.

—¿Podéis describirme el aspecto físico de ese hombre?

—Es un hombre bajo, pero forzado; muy ágil de movimientos y sin pelo de barba, á pesar de que raya en los treinta años. En la frente tiene una cicatriz causada sin duda por la quemadura de un ácido.

Holmes se levantó muy agitado.

—El mismo—murmuró Holmes.—Decidme, Wilson, ¿os habéis fijado si tiene agujereadas las orejas?

—¡Sí! Según me contó se las agujereó una gitana cuando niño.

—¡Hum! ¡Hum!—continuó Holmes con el ceño fruncido y frotándose las manos; luego, dejándose caer en el sillón, prosiguió:—¿Y está todavía en vuestra casa?

—Sí; allí le he dejado.

—¿Es el que os substituye durante vuestras ausencias?

—Sí. Y no tengo que reprocharle en lo más mínimo. Es un hombre muy honrado.

—Está bien, señor Wilson. ¿A cuántos estamos hoy?

—A 10.

—No; de la semana...

—Sábado.

—¿Sábado? Pues el lunes habré aclarado el asunto.

Y levantándose indicó que la entrevista había concluido.

—Bueno; ¿y cuál es vuestro plan?—le dije á Holmes tan pronto nos quedamos solos.

—Lo primero de todo, fumar. Necesito lo menos tres pipas para resolver este problema.

—¿Pero?...

—Nada, querido; ni una palabra más.

Acurrucóse en la silla, levantándose las rodillas hasta la barba, y de tal suerte, con su nariz ganchuda, sus ojos brillantes y de fijo mirar, semejaba una colosal ave de rapiña acechando su presa. De sus dientes pendía la pipa, y una azul humareda invadía poco á poco la estancia.

Ya empezaba yo á dormitar también cuando

mi amigo dió un salto, y tirando la pipa, vino hacia mí, me puso las manos en los hombros y exclamó:

—Esta tarde toca Sarasate en Saint James' hall, ¿queréis venir conmigo?

—Vamos allá.

—Muy bien. Tomad vuestro sombrero. Pasaremos por la *City* y almorzaremos en cualquier parte.

—¿Y qué idea os ha dado de...?

—¿De ir al concierto? Ya la tenía desde ayer. Es un programa excelente. Casi todo de música alemana, con exclusión de la italiana y de la francesa. ¡Magnífico!

Algunos minutos más tarde, el metropolitano nos llevó hasta Aldersgate, y de allí fuimos á pie á Sax-Coburgo Square, lugar donde vivía el amigo Wilson. Es este un barrio infecto y miserable, de casas de ladrillo, con una especie de jardinucho de árboles entecos y flores secadas por el ambiente corrompido y sucio del carbón. Pronto dimos con la tienda de nuestro hombre. Unas letras blancas sobre fondo obscuro decían: «Jobes Wilson», y sobre ellas se balanceaban tres bolas doradas. Sherlock Holmes se detuvo, frunció las cejas y durante unos minutos examinó con atención la casa y sus cercanías; luego golpeó el suelo con el bastón, lle-

gó hasta la puerta y llamó con los nudillos. Un hombre de baja estatura, enteramente afeitado, apareció en el umbral y nos invitó cortésmente á que entráramos.

—No ; gracias — contestó Holmes. — Únicamente deseaba saber cuál es el camino más corto para ir al Strand.

—La tercera calle á la derecha y después la cuarta á la izquierda — dijo secamente el empleado cerrando de golpe la puerta.

—Es el mismo — dijo Holmes tan pronto dejamos bastante atrás la tienda de Wilson. — No conozco en Londres otro granuja que se le pueda igualar en talento y en audacia.

—¡ De suerte que esta petición de señas solamente ha sido un pretexto para verle — dije yo.

—A él nó.

—¿ A quién, entonces?

—A las rodilleras de su pantalón.

—¿ Y qué visteis?

—Lo que me figuraba.

—Y ¿ por qué habéis golpeado en el suelo?

—Querido doctor : estamos en el período de observación, no en el de explicación. Veamos donde estamos.

La calle en que estábamos era, respecto de la anterior, lo que el revés de una tela al dere-

cho. Allí silencio, tristeza y tranquilidad ; aquí ruido, trágín, ir y venir de carros, de camiones, aceras llenas de gentes, tiendas abarrotadas de toda suerte de géneros.

—Mirad, Watson — dijo Holmes, deteniéndose en la esquina. — ¿ Veis esas tiendas donde está desde el humilde puesto de periódicos hasta la altiva casa de banca? Pues ahí...

—¿ Ah?..

Holmes encogióse de hombros.

—Vaya, doctor, vamos á comer algo, porque nos lo hemos ganado. Luego tomaremos café y en seguida iremos al concierto, donde nos espera la suave, la divina armonía, el delicioso vagabundear por el país Ensueño, donde no hay individuos que tengan el pelo rojo y que no nos aburran con sus tonterías.

Creo haber hablado ó escrito en otra ocasión respecto del virtuosismo de Sherlock Holmes. Mi compañero era no solamente un amante de la música, un fanático, mejor dicho, sino que era un prodigioso ejecutante y hasta inspiradísimo compositor. Si alguna vez hubiese dudado de estas disposiciones suyas, habríame bastado verle aquella tarde en Saint-James' hall absorto, enteramente abstraído, con la mirada vaga, y una tenue, una mística sonrisa en sus labios delgados y finos.

Sin embargo, habituado á su modo de ser, y sabiendo que en los momentos de mayor inacción á primera vista analizaba hechos, pesaba conjeturas y planeaba medios de ataque, de tal manera que la reflexión se disfrazaba de instinto y hacía suponer acción repentina lo que era meditado obrar; conociendo todo esto, repito, compadecí al dependiente de Wilson; la red se le iba ciñendo, cruel é irrompible al cuerpo.

Al salir del concierto, Holmes me tendió la mano, exclamando:

—Adiós, Watson; tengo mucho que hacer y me falta tiempo. ¿Nos podremos ver esta noche?

—¿Por qué no?

—¿Estaréis libre?

—Enteramente.

—Bueno, pues á las diez os espero en casa. No dejéis de traer un revolver, porque quizá os haga falta.

—¿Tan peligrosa ha de ser la expedición?

—No poco. Ese hombre es de mucho cuidado. Adiós. No faltaréis, ¿eh?

Y Holmes me estrechó fuertemente la mano

sonrió con su eterna sonrisa enigmática, y desapareció entre la muchedumbre que salía del teatro tarareando la última pieza de concierto.

II

A las diez menos cuarto llegué á Baker Street. A la puerta aguardaban dos carruajes. Al subir la escalera oí las voces de varias personas.

Cuando entré en el cuarto de Holmes encontré á mi amigo conversando animadamente con dos individuos. Era uno de ellos Peter Jones, el conocido agente de policía; y el otro, alto y delgado, de semblante pálido y extraña indumentaria, me era enteramente desconocido.

—Ea, ya estamos todos—dijo Holmes tan pronto me vió, y cogiendo de la percha el morral de caza.—Me parece, amigo Watson, que vos y el señor Jones de Scotland Yard, os conocéis de antiguo, ¿verdad?

Jones y yo nos inclinamos sonriendo.

—Bueno; en tal caso, tengo el gusto de presentaros al señor Meryweather que nos acompañará en nuestra expedición.

—Ya veis, querido doctor—repuso Jones, sonriendo,—que vamos de caza. El señor Meryweather es un excelente perro ; respecto á mí no me suelo quedar atrás.

—Sin embargo—murmuró lúgubrementemente el señor Meryweather,—creo que vamos á dar un paso en falso.

—Yo creo todo lo contrario—replicó el policía poniéndose serio.—El señor Holmes á pesar de su monomanía deductiva y su pasión por lo extraordinario, es un hombre de gran talento y que se engaña muy pocas veces.

—No digo que no—dijo el otro, encogiéndose de hombros,—pero me habéis hecho faltar por la primera vez, desde hace veintisiete años. á mi partida de wihst.

—No tendréis por qué arrepentiros—intervino Holmes ;—puesto que en la partida de esta noche os ganaréis, señor Meryweather, treinta mil libras, y vos, amigo Jones, un individuo á quien teníais muchos deseos de poner la mano encima.

—Ya lo creo ; como que se trata nada menos que del celeberrimo John Clay, ladrón, asesino, falsificador y no sé cuantas *honorables profesiones* más. A pesar de su juventud, señor Meryweather, es un hombre muy peligroso. Es nieto de un duque auténtico, y se educó en las Uni-

versidades de Eton y de Oxford. Es audaz como pocos y listo como nadie. Desde hace mucho tiempo le estamos persiguiendo sin conseguir atraparle nunca. Veremos á ver si ahora tenemos más suerte.

—Pues me parece que esta noche tendréis el gusto de estrecharle la mano—exclamó Holmes seriamente.

El señor Meryweather observó el reloj y dijo secamente :

—Las diez :

—Sí ; ya es hora. Vos, Jones y el señor Meryweather, subiréis en el primer coche. Watson y yo os seguiremos en el otro.

Durante el camino Holmes no pronunció una sola palabra, limitándose á tararear entre dientes algunas de las piezas oídas aquella tarde. Cruzamos un interminable laberinto de calles oscuras y estrechas, y al desembocar en Fasingdong Street, Holmes rompió el silencio :

—Ya hemos llegado casi.

—¿Y quién es ese Meryweather?—interrogué.

—El director de una casa de banca. En cuanto á Jones ya lo conocéis : algo bruto ; pero con la bravura de un *bouledogne* y la terquedad de un cangrejo cuando sujeta á alguien. Además... Pero ya hemos llegado.

Los dos coches se habían parado en la misma calle donde estuvimos por la tarde.

Los despedimos y el señor Meryweather nos guió por un pasillo obscurísimo hasta una puerta de servicio que, al abrirse, dejó ver otro corredor y una puerta de hierro. La abrió y bajamos por una escalera de caracol hasta tropezar con una verja maciza y tupida.

Allí se paró el señor Meryweather para encender una linterna, á la luz de la cual nos internamos por un sombrío y húmedo corredor. Al final franqueamos una puerta y nos encontramos en una gran cueva llena de cajas de caudales.

En cuanto entramos, Holmes suplicó al señor Meryweather que se sentara en una caja, y auxiliado con la linterna y la lupa, empezó á examinar con atención los intersticios de las piedras. Pasados unos momentos, se levantó bruscamente y dijo:

—Tenemos una hora por delante, puesto que no se atreverán á hacer nada hasta que esté dormido ese estúpido prestamista. Supongo, doctor, que habréis adivinado ya para que hemos venido á esta cueva. Estamos en los sótanos de una de las principales casas de banca de Londres, y de la cual es presidente del Consejo de Administración el señor Meryweather, aquí presente.

Ahora nos falta saber por qué han elegido precisamente esta cueva y no otra de la misma casa.

—Sin duda alguna—intervino el señor Meryweather,—porque este es el depósito del oro francés. Aquí habrá unos treinta mil napoleones, producto de un empréstito verificado con el Banco de Francia. Hemos recibido algunos anónimos participándonos que se intentaba dar un golpe y, la verdad, estamos algo intranquilos.

—Es para estarlo—añadió Holmes.—Ahora vamos á prepararnos. Dentro de poco comenzarán las hostilidades y es necesario que no nos cojan desprevenidos. Tened la bondad de cerrar esa linterna.

—¿Y nos vamos á quedar á oscuras?—gimió Meryweather.

—No hay otro remedio. El menor rayo de luz podría comprometerlo todo. Además, debemos tomar posiciones, porque, no obstante tener sobre ellos la ventaja de la sorpresa, se trata de unos individuos capaces de todo. Yo voy á colocarme detrás de esta caja; vos, doctor, ahí; aquí á mi lado, el señor Meryweather. ¡Ah! Watson, tened preparado el revólver, y si os atacan disparad sin escrúpulo alguno.

Obedecemos las órdenes de Holmes, y un ins-

tante después reinaba en la cueva profunda obscuridad; una obscuridad no muy angustiosa, porque el olor de metal recalentado nos hacía comprender que la linterna estaba dispuesta á darnos luz cuando quisiéramos.

—¿Habéis hecho lo que os encargué, Jones?
—susurró Holmes.

—Sí; perded cuidado. He puesto tres agentes en la puerta de la tienda y no se escapará ni una rata.

Reinó un silencio completo. Los minutos se me hacían siglos; las sienes me latían fuertemente; una singular comezón me estremecía todo el cuerpo; abría mucho los ojos, queriendo disipar las tinieblas. Al cabo de unos minutos logré distinguir la respiración ruidosa de Jones, del débil alentar de Meryweather y del suave y tranquilo de Holmes.

De improviso apareció un rayo de luz en el suelo entre la unión de dos piedras, para desaparecer en seguida. Un instante después, sin ruido, sin violencia alguna, el rayo se hizo más ancho y apareció una mano fina y blanca, casi mano de mujer, que se agitó un momento y desapareció, quedando solamente la cinta luminosa.

En seguida una de las losas se levantó con leve ruido, apareció un boquete y surgió la luz

de una linterna. Luego apareció la cara de un joven pálido, después unas manos, que se afianzaron para ayudar la salida del cuerpo; los hombros, los brazos, el busto, una pierna, la otra. Ya enteramente fuera se inclinó sobre el agujero y hundió el brazo en él, murmurando:

—Vamos, arriba. Todo marcha bien.

En el agujero apareció una cabeza de cabellos rojos. En aquel instante un grito de angustia se estrelló contra las cajas.

—¡Dios! ¡Estamos perdidos! ¡Ayudadme, Arckibal, ayudadme!

Sherlock Holmes había salido del escondite y sujetado al intruso por el cuello. La cabeza roja había desaparecido rápidamente. Un momento brilló el cañón de un revólver; pero un puñetazo de Holmes le hizo rodar por el suelo.

—Es inútil, querido Jhon Clay—dijo melosamente mi compañero.—Os ha llegado la hora.

—Ya lo veo—exclamó el bandido con la mayor sangre fría.—Menos mal que se ha salvado el otro.

—Tampoco. Será detenido en la puerta.

—¿Sí? Pues os felicito. Veo que habéis sabido disponerlo todo con entera perfección.

—Yo también os felicito—replicó Holmes.—La invención de las «Cabezas Rojas» demuestra verdadero ingenio.

El bandido inclinóse ceremoniosamente.
—Vaya, basta de tonterías—exclamó brutalmente Jones.—Vengan las manos para ponerlas estas pulseras.

—A ver cómo me tratáis, ¿eh?—exclamó sonriendo Clay, mientras las esposas se cerraban sobre sus puños.—Ya sabéis que tengo sangre real en las venas. No os olvidéis de darme tratamiento.

—En ese caso—repuso irónicamente Jones, —¿desea Vuestra Alteza que tomemos un coche para llevarle á la cárcel?

—Mejor será—dijo Clay alegremente.

Y después de saludarnos con una ceremoniosa y aristocrática inclinación de cabeza, echó á andar en dirección de la puerta seguido del policía.

Meryweather, Holmes y yo salimos detrás de ellos comentando lo bien que había concluido la sorpresa.

III

Al siguiente día, sentados Holmes y yo ante unos vasos de *whisky and soda*, hablábamos acerca de lo ocurrido, y Sherlock, con su verbo fácil y coherente, me explicó cómo pudo descubrir los proyectos de Clay:

—Ya habéis visto, amigo Watson, que el objeto de ese famoso anuncio de la «Asociación de las Cabezas Rojas» y la extraordinaria copia de la *Enciclopedia*, no tenían otro objeto que alejar de su casa al prestamista, poniéndole el inquitante cebo de las cuatro libras semanales. Desde el primer instante comprendí que esta colocación era un pretexto para hacerle salir á Wilson de su casa y que el dependiente tenía inte-

rés en quedarse en ella, pues se conformaba con ganar la mitad del sueldo ordinario.

—¿Pero cómo pudisteis adivinar lo que se proponían?

—Primero pensé en una intriga amorosa; pero hube de desechar esta idea en cuanto supe que no había mujer alguna en la casa. Pensé entonces en un robo, pero la insignificancia del capital del señor Wilson no justificaba los gastos muy crecidos y los peligros que arriesgaban el falso testamentario de Hopkins y el dependiente Spaulding. Cavilando, cavilando, me fijé en la desmedida afición de este último á la fotografía y en las muchas horas que pasaba encerrado en la cueva. En seguida comprendí que se trataba de un hombre bastante listo, y que aquellas encerronas no podían tener otro objeto que agujerear la pared para comunicarse con el sótano de alguna casa vecina.

Recordaréis que os propuse pasar por delante de la tienda del prestamista. Allí recordaréis que golpeé el suelo con el bastón para calcular hacia qué lado correspondían los sótanos. Después llamé á la puerta, y al salir el dependiente miré á sus pantalones antes que á su cara. Si hubiérais hecho como yo, habríais visto que el pantalón manchado y rozado en las rodillas revelaban un trabajo insistente y misterioso.

Para saber qué clase de trabajo era éste, dí la vuelta á la calle y vi que una importante casa de banca de la *City* se hallaba unida á la casa de Wilson. Ya no necesité más datos; avisé á Jones, de Scotland Yard y al presidente del Consejo de administración señor Meryweather, y los tres, en compañía del doctor Watson, sorprendimos á los ladrones en el crítico momento en que se disponían á cobrarse de todos sus trabajos y dispendios.

—Bueno; ¿pero cómo sabíais que anoche mismo iban á dar el golpe?

—Muy sencillo. El cierre de la *oficina* y la disolución de la sociedad demostraban con toda certeza que ya no era necesaria la ausencia de Wilson y que ya estaba hecho el túnel. Si además agregamos la conveniencia de obrar lo más pronto posible y el ser sábado ayer, lo cual les daba dos días para escapar, veréis que mi suposición era bastante lógica.

—En efecto—exclamé.—¡Es asombroso! No se os pasó inadvertido el menor detalle.

Holmes bostezó:

—¡Bah! Esto es que me he robado algunas horas de aburrimiento. Mi vida sólo es un eterno esfuerzo contra la monotonía. Soy un hombre eternamente aburrido.